

Olía a flores de su tierra

Susana Beatriz Masci

Olía a flores de su tierra

 *ediciones de las tres lagunas*

© Copyright 2018 Susana Beatríz Masci

"Olía a flores de su tierra"

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

ISBN: 978–987–656–XXX–X

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción, almacenamiento o transmisión parcial o total de esta obra por cualquier medio mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia u otro procedimiento establecido o a establecerse, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.



Corrección a cargo del autor

Imagen de tapa: Parroquia de Sta. Sofía d'Epiro (Archivo Histórico)

Ediciones de las Tres Lagunas

España 68 – Telefax 54 236 – 4631017 // 154 648213

Junín (6000) – Pcia. de Buenos Aires – Argentina

E-mail: ediciones@delastreslagunas.com.ar

www.delastreslagunas.com.ar

Impreso en el mes de Mayo de 2018 en Junín Bs. As.

A mi amada y dulce Amparo, porque en ella se sintetizan todos mis amores, a vos Daniel. Y a mis hijos Nicolás, Agustina, Guillermina y Enzo, porque con ellos intenté escribir mi mejor historia.

*"Más allá del mar habrá un lugar
donde el sol cada mañana brille más
forjarán mi destino
las piedras del camino
lo que nos es querido
siempre queda atrás..."*

Nino Bravo

Santa Sofía d'Epiro,
Provincia de Cosenza,
Calabria (Italia)

***“Un día me di cuenta que habías entrado en mi vida
desde ese momento no pude dejar de pensarte.”***

Escribió con tinta y con alma veinte días después...

La pasión contenida durante casi dos años desde su llegada a Santa Sofía d'Epiro desbordó aquella tarde encendida, sobre un colchón de hojas otoñales, bajo el árbol frondoso al final del jardín.

Aturdidos, apasionados, sedientos, con el sonido de la hojarasca resquebrajándose bajo sus cuerpos, se amaron...

Capítulo I

El otro lado del mundo

Corría finales de mil ochocientos ochenta y cuatro cuando nació Franchesco Vincenzo, hijo de Franchesco y María Úrsula. Eran tiempos de enormes dificultades para los sureños, gente curtida de luchas cotidianas, de esperanzas abiertas a mañanas mejores, de templanza con sueños o sin ellos, porque había que salir adelante como fuera, allí donde las hambrunas asolaban impiadosas el cuerpo y la razón y el mundo era un lugar tan precioso como hostil, tan intenso de sentires, rebeldías y odios, como de riquezas o miserias pudiera llegar un hombre a experimentar y conocer.

—¿Qué será de ti mi dulce niño, que en tu hora de nacer se precipitan sobre nosotros tan grandes amenazas? —pensó el padre al verlo por vez primera.

—¿Qué, si la tierra se ha vuelto como piedra estéril que yace como muerta bajo el sol de cada día? —continuó divagando dentro de los rincones más inquietos e imperceptibles de su alma.

La flamante madre, ajena a la gravedad de las circunstancias, agradeció a sus santos por el alivio en sus dolores de parto y sus temores de muerte en su novena luna. Sólo percibir el tibio y agradable aroma de ese cuerpecito frágil junto al suyo, selló en sí un pacto de amor insondable y para siempre.

La tierra que habitaban se había vuelto improductiva de tanto haberse sometido a la siembra continua, y a ello se sumaba la baja posibilidad de aquellos hombres y mujeres cansados y sudorosos, de poder colocar sus magras

producciones, dado que la mayoría de los campesinos se dedicaban a los mismos cultivos. Los crecientes contratiempos y adversidades se veían acentuados por la escasez de tierras libres, consecuencia directa del incremento poblacional de aquellos años.

Nubarrones oscuros y borrascosos, manchones de amenazas funestas y temibles, se cernían desde los cielos y los aposentos de los dioses –sordos al clamor de tanta humanidad doliente– sobre los destinos de los fatigados labriegos del sur.

A pocas semanas de nacido el niño, y a la luz de que los horizontes futuros parecían asegurar alarmas y sobresaltos en aumento, el padre tomó la determinación.

–Nos vamos María Úrsula –manifestó Franchesco, agitando nerviosamente sus manos en el aire. Dio unos pasos fieros que le pesaban como carros en derredor de la mesa de noble madera que él mismo había construido. Volviéndose hundió su mirada en la de su mujer, sintió una densa humedad que le inundaba los ojos, lágrimas espesas y amargas resultantes de su imposibilidad por no poder ofrecer una mejor vida a su familia, el dolor de tener que dejar todo lo que pocos años atrás, él había creído que tanto prometía y el temor de verse urgido a tomar una decisión impensada otrora, cuando Italia en su corazón, parecía florecer por igual para todos.

–¡Mañana mismo! –agregó Franchesco cayendo de cuclillas sobre si mismo, cubriéndose el rostro con ambas manos para contener el llanto atormentado que lo ahogaba por dentro, mientras ella con el niño en brazos se le aproximó y bajando una mano le acarició el cabello, con ternura infinita, mientras sostenía al pequeño con lo poco que de fuerzas le quedaba. La criatura percibió el clima doloroso que invadía su hogar. Las emociones y pesadumbres de ambos padres penetraban el aire y las paredes, traspasaban las telas y los muebles e impregnaban el todo como millones de cuchillos

minúsculos y envenenados. De ello devino romper en un llanto desconsolado que no era hambre. Claro que no era hambre por Dios y la Virgen de la Piedad.

Franchesco se incorporó y muy juntos, abrazados los tres, finalmente se permitieron llorar en silencio. La congoja y la zozobra de ese día les apretaba y les partía los corazones. Corazones de sueños, de miedos, de fríos, de esperanzas. ¿Qué no habría de caber allí sino esperanzas? Sin esperanzas las fatigas y los desvelos de aquel par de almas azoradas caerían en las tinieblas del espanto o el infortunio de la muerte. Había que levantarse como fuera. El Señor de los Milagros tenía que escucharlos. O no. El buen Dios estaba sordo. También estaba ciego. Pero sin otro supremo a quién ponerle una súplica, no quedaba más que acudir a su divina omnipotencia para poder atravesar los embates del azar, la ventura o el destino.

—Que la gracia de la Virgen y el Buen Niño se hagan con nosotros —rezó ella.

Transcurridos unos instantes dieron rienda suelta a su desasosiego tratando de ponerlo en palabras.

—Lo hemos intentado todo, Dios es testigo —reflexionó Franchesco apenado, aturdido, impotente, como tratando de convencerse a sí mismo que ya nada quedaba por hacer allí.

—Recuerdo cuando me hablaste de la enfermedad de tu madre —respondió su mujer. Eras tan solo un niño pequeño y lograste sobreponerte a ese dolor. Superaremos esto juntos.

—Nunca lo he superado del todo mujer. —dijo con tristeza— Veía a mi madre morir pero no quería darme cuenta. Un día ya no estuvo más en la casa. Se había ido dijeron mi padre y mis hermanos mayores.

—¡Llévenme con ella! —grité y lloré como un marrano. ¡Llévenme con la *mía mamma*! Sólo tenía siete años. No me dejaron verla, decían que la enfermedad era contagiosa. Tisis. Lo decían en voz baja, como si tan sólo la mención de su

nombre pudiera matarnos a todos. La última vez que la vi se tapaba el rostro con un pañuelo, tenía los ojos enrojecidos y no dejaba de toser. Mi padre la detuvo cuando ella quiso abrazarme y la escuché decir mi nombre con el llanto quebrándole la voz. Aún la escucho repitiendo mi nombre una y otra vez. Después sólo se escuchó su llanto. Al fin eran lamentos apagados junto con aquella tos maldita que no le daba paz. Me quedé pegado contra la pared dónde me encontraba y estuve así un largo rato. Recuerdo mis ojos muy abiertos viendo el pasillo que llevaba al dormitorio de mi madre. Pero no fui por ella. No pude aferrarme a su cuello y quedarme tendido a su lado tal como lo deseaba. Algo dentro de mí sentía que no volvería a verla. Quería correr por ella y en cambio permanecí tieso, inmóvil, paralizado con un nudo en la garganta que me impidió hablar. Y después nada. No estaba más. Se había ido. Quemaron su ropa. Pusieron incienso en su habitación y dejaron la puerta cerrada con llaves.

—No me lo habías contado Franchesco —balbuceó ella en un susurro. Dijiste que la enfermedad se la había llevado. Después dibujaste una sonrisa y cambiaste el tema de la conversación. Creí que eras un niño muy fuerte. Perdóname por habértelo recordado. Pensé que así como saliste de aquella trampa del destino siendo un niño tan pequeño, ahora también podremos salir juntos de esta. Lo siento —dijo con un hilo de voz.

Franchesco la miró fijamente y guardó silencio por unos instantes, luego prosiguió.

—De niño caminaba por el cementerio buscando un milagro que me la devolviera. Recuerdo una fría tarde de otoño. Yo andaba pisoteando las hojas caídas crujientes y secas bajo mis pies apretando con furia mis puños cerrados. El aire y la brisa helada me golpeaban el rostro y mis lágrimas, a poco, se cristalizaban como minúsculos cubos de hielo adheridos a mi

piel. En un momento me pareció escuchar su voz. Era verdaderamente la suave voz de mi madre.

—Déjame descansar en paz hijo mío, ya no llores por mí.

La voz se oía claramente, no sentí ningún temor, era ella quien me hablaba. Me acerqué a su tumba y me quedé largo rato viendo su nombre grabado en la piedra:

Bianca Filippi de Di Mastro Pietro.

Esposa y Madre

Falleció a los 31 años de edad.

Ese día lloré más que nunca. No quería irme y dejarla sola. No quería irme sin ella. Finalmente grité su nombre para que se despertara y volviera conmigo. En mi casa ni mi padre ni mis hermanos, nadie sabía que yo visitaba su tumba.

Por la noche vino a mí. No fue un sueño. Se sentó a mi lado vestida completamente de blanco. Olía a flores pero no sabía precisar qué flores eran. Me tomó las manos entre las suyas. Me dijo que sabía cuánto la amaba y cuánto la extrañaba. Acarició mi rostro y me abrazó cantando una canción de cuna. Me besó en la frente y me dormí en sus brazos. Al despertar el día siguiente ya no estaba ahí. No se lo conté nunca a nadie. Después de aquello pasó mucho tiempo hasta que volví a su tumba para llevarle flores blancas. El color de sus vestidos la noche que vino a mí para despedirse —terminó diciendo con las facciones demacradas por el doloroso recuerdo.

El gran palacete ahora olía a desierto y a nada. El mismo que había sido su hogar, impregnado de aroma de violetas y habitado como edén y jardín perpetuo se desvanecía como se desvanece la niebla en una mañana de otoño cuando asoman con fuerza los rayos de sol.

—¿Qué más queda por hacer aquí mujer? Dime qué piensas —preguntó al cabo de un tiempo de emociones densas y

un silencio pronunciado.

Por única respuesta María Úrsula negó con un gesto de incertidumbre y compuso una mirada suplicante, depositando en su esposo la responsabilidad de decidir por los tres.

—Está hecho, partiremos en cuanto acabe con el papeleo y lo que sea que haya que hacer para salir de esta miseria.

La sopa servida como cena aquella noche era poco más que algo de agua caliente con una pobre porción de zapallo. El último trozo del último zapallo de la bolsa. Ni pan duro quedaba. Y hasta el agua sacada del pozo había perdido su frescor.

Francesco miró su plato con hambre y desánimo, levantó la vista y vio una lágrima rodando sobre el rostro de su esposa.

—*iSporcizia di miseria!* —exclamó y sorbió su porción lentamente y a desgano.

—Hice lo que pude, ya no quedan alimentos —sollozaba la joven mujer mientras intentaba tragar una cucharada tras otra, de aquel plato, que era la peor muestra de la estrechez que soportaban. Sentía calambres de hambre en el estómago. Y el hijo exigía su leche.

Después de levantar la mesa, la madre se dispuso a amamantar al pequeño dirigiendo y sosteniendo la mirada en ese espejo divino que resultaban sus ojos nuevos de toda visión, ojos de poco tiempo de vida y vistas, ojos que mañana merecerían captar árboles frutales cargados hasta doblarse o tierras floreciendo frutos abundantes. Acarició el fino cabello del que inocente y ajeno a la dura realidad que los circundaba, se alimentaba del manantial materno con fuerza voraz.

Una perla de agua y sal brotó de los ojos de la madre y tras ella muchas más. Lloró queda y callada, sola. Afuera Francesco reprimía la rabia y el agotamiento mientras buscaba en el frío de la noche algo de alivio a su pesar. Era un frío

afilado por los cristales incipientes sobre los charcos de agua dibujados en el suelo, que en el siguiente amanecer serían una escarcha compacta.

–iNon é possibile Madonna Santa! –argumentaba para sí paseando la vista en la lejanía, dónde las luces de las lámparas encendidas en las moradas de sus vecinos campesinos le parecían lágrimas de fuego suspendidas por doquier.

El REGINA MARGHERITA de 3.577 toneladas, zarpó del Puerto de Génova el 26 de enero de mil ochocientos ochenta y cinco hacia Sudamérica. Se trataba de un trasatlántico de lujo, que contaba con setecientos camarotes de tercera clase para los inmigrantes, al igual que la mayoría de los barcos a vapor de aquel tiempo, ya que el propio gobierno italiano se aseguraba que parte de su población lograra emigrar, para descomprimir la caótica situación que atravesaba.

Una de las primeras mañanas de aquella travesía los esposos se encontraron cerca de los sanitarios y tan sólo verse, sus miradas se encendieron.

–¿Cómo lo estas llevando mujer? ¿Cómo se porta el *bambino*?

–Sabes, me siento descompuesta desde que hemos partido. Lo poco que puedo comer me cae mal. Las otras mujeres están igual que yo. La mar no es cosa para *ragazzas*. Los movimientos del barco me tienen a mal traer, apenas si puedo digerir bocado. El niño se prende al pecho y yo siento una sed que me quema la boca. Mis compañeras de camarote son buena gente y han desechado algunas ropas gastadas que traían consigo, me las han dado para cambiarlo cuando se ensucia. Me apena porque sé que me brindan más de lo que pueden. Son sus únicas pertenencias, sus humildes trastos. Mi madre me dio todo lo que había en el baúl de la casa pero temo que no alcance...

El silbato de un oficial los obligó a interrumpir la conversación. Se aferraron las manos por un momento y se despidieron.

El pesado y lento vapor siguió su curso de sur a sur dejando una estela de espuma, que también parecía arrastrar consigo el profundo dolor de muchas almas silenciosas allí aprisionadas.

Las vidas de los inmigrantes parecían signadas por toda clase de incomodidad. Eran viajeros de tercera clase y tenían vedados muchos de los privilegios que los militares, religiosos, abogados, hacendados o comerciantes que viajaban en el mismo barco poseían desde el mismo momento de haber ascendido al mismo, pero con un boleto de primera.

—Llegaremos al amanecer —le comunicó Franchesco a su esposa después de cincuenta días de travesía.

—¡Gracias a Dios, a la Virgen y a Santa Sofía! ¡Jesús, José y María! —exclamó ella abrazándolo. Se hizo la señal de la cruz y se aferró con más fuerzas a su rosario de pequeñas cuentas de madera, que por cierto la acompañó incesantemente enredado por tres vueltas en la muñeca de su brazo izquierdo, del lado del corazón, como un talismán para ella, para su hijo y para Franchesco. Cuando sólo quedaba una noche por llegar a suelo firme, se atrevió a soltarlo de su apriete y desgranarlo para rezar los cincuenta Ave María, los cinco Padrenuestro y el Gloria.

Ella apenas había logrado sobrellevar el viaje, ya que entre los movimientos del oleaje que no le quitaban las náuseas, la pavora que el océano le representaba y el malestar cargado del lloriqueo continuo del pequeño Franchesco Vincenzo, sumado a que habían soportado varios días y noches de tormentas en alta mar, prolongando la travesía estimada en cuarenta y cinco días al partir, componían un cuadro de miedo más poderoso que el del mismo infierno.

–Jamás podré regresar a la Italia, no me atreveré a pisar nunca otro barco después de este viaje –dijo negando con la cabeza, pero al ver la mirada severa de Franchesco desaprobando el comentario, agregó:

–Tienes razón, por abrazar una vez más a mi madre lo haría.

–¡Claro que lo haremos mujer! ¡Regresaremos a nuestro pueblo, a nuestro hogar, a nuestros vecinos. No hay mal que dure cien años, verás que no.

–No se Franchesco, has visto lo mal que están las cosas allá. Nadie de los que han partido regresó. Sabes lo mucho que me alegraría criar al *bambino* en mi tierra, nuestra tierra, junto a mi madre, mis vecinas y parientes. ¿Cómo iba yo a pensar que un día como si nada, habría de marcharme del lugar dónde he nacido?

Diálogos de este tenor eran recurrentes entre la mayoría de aquellos sufrientes viajeros.

Ya en sí, haberse internado en la negrura de las aguas profundas, cual si se tratase de fauces gigantescas y hambrientas, le había costado más de cincuenta pesadillas, tan solo de contar al menos una por cada noche. La mayoría de las noches hubo más de una. Damas vestidas de negro más delgadas que una daga y de larguísimas cabelleras brillantes y azabaches, procedentes del abismo inconsciente, que apenas ella conciliaba el sueño le llegaban inoportunas de visita y danzaban enredadas como en una espiral, elevándose y volviéndose hacia ella como brujas de uñas filosas y ojos vacíos. A veces las desgraciadas se reían de manera horripilante y María Úrsula se despertaba con el respiro agitado y el camión mojado de sudor.

La mayor parte de aquellos días transcurrieron bajo un cielo de brumas y neblinas. Los pocos y contados días de sol la muchedumbre se había agolpado en la cubierta como para

hacerse de algo de luz en medio de aquellos horizontes hechizados de fantasmas, de voces marinas atronadoras y remotas, de tempestades temerarias, de naufragios del alma de muchos de ellos, de tesoros perdidos como sueños bajo las aguas oscuras y de vientos prometedores que no podían dejar de soplar en los recónditos lugares de la consciencia con la que esos inmigrantes habían embarcado.

Si no era con la ilusión de concebir nuevas oportunidades para sus vidas, entonces, ¿Para qué dejar la tierra dónde se había nacido? ¡Santa *Madonna*!

La pesadilla de aquella travesía por altamar contó con otros terribles ingredientes como lo fueron las precarias condiciones de higiene para los pasajeros de la tercera clase, la comida escasa y de mala calidad y el frío y calor excesivos, sin términos medios según las latitudes atravesadas.

Entre los años 1.870 y 1.920 alrededor del cincuenta por ciento del total de los inmigrantes llegado al país austral provenía del sur de Italia expulsado por las condiciones de pobreza.

Las comunidades más grandes se establecieron en la provincia de Buenos Aires, pero también lo hicieron en Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba, La Pampa, Tucumán, Santiago del Estero y Corrientes.

El Hotel de Inmigrantes se construyó con subvenciones gubernamentales en terrenos anexos al Puerto de Buenos Aires, no obstante, ante la llegada de semejante masa humana no había capacidad para dar albergue a tantos cientos de ellos, lo cual daba oportunidad que al descenso, muchos inmigrantes fueran interceptados por potenciales contratistas que les ofrecían puestos de trabajo en las más variadas labores.

Para el ojo avezado de estos contratistas, una familia joven como la de Franchesco y María Úrsula, con un pequeño hijo en brazos y un baúl a cuestas como única fortuna, se

convertía en su primer objetivo. Tan sólo había que abordarlos y acompañarlos a cumplimentar los trámites de rigor y allí mismo cargarlos las más de las veces en un sulky hacia un destino prometedor: techo, comida y paga.

La pareja era justo lo que se necesitaba. Un matrimonio, ella para la cocina y él para...

El patrón no había completado la frase cuando hizo el encargo y el hombre no preguntó.

Cargaron el pesado baúl viejo y desgastado, subieron los hombres y Franchesco ofreció ayuda a su mujer para que hiciera lo propio. Apretadísimos, dado que el carro tirado por un pobre caballo dorado alazán, estaba preparado para transportar solo dos personas con comodidad, emprendieron el lento viaje adentrándose por un camino polvoriento y agreste, dejando atrás el olor a mar. Internándose hacia el interior de la provincia de Buenos Aires los recién llegados se sorprendieron por la verde llanura vastísima que se perdía en el horizonte, tan diferente de los terrenos rocosos que ellos conocían, de aquellas preciosas elevaciones que en primavera se vestían de flores multicolores y las verdes campiñas que se abrían camino con dificultad entre las ondulaciones pedregosas.

—¿Se tarda mucho tiempo en llegar? —preguntó Franchesco al emisario del patrón, mientras sus ojos absorbían el paisaje.

—Unos tres días —respondió aquel y agregó.

—Hay buena gente campo adentro, gente de pocas palabras, gente sencilla y trabajadora. Pero siempre tendrá que estar atento. No todos son blancas palomas. También anda rondando un gavián de la peor calaña. Usted solo se dará cuenta. Por ahora no puedo decirle más, Ande con cuidado, haga su trabajo, ponga atención para no sufrir algún tropezón.

—*iGrazie, grazie!* —enfaticó Franchesco mientras su mente se apropiaba de las palabras que acababa de oír y el aguijón de

la desconfianza se le enterraba debajo de la piel, mucho más hondo y profundo de lo que el mismo era capaz de darse cuenta.

–*Gracias mi Dios porque hemos pisado tierra* –agradecía María Úrsula, absorta en sus propios pensamientos, sin poner atención a la conversación de los hombres. Ella había vivido aquella experiencia con espanto y terror, ilusionándose con encontrar en este nuevo mundo la felicidad que anhelaba recuperar con su amado. El aire olía fresco y limpio. Incluso el olor del ganado aseguraba una plataforma terrosa bajo el carro y ello le resultaba agradable, confortándola en la paz de pisar suelo firme. Muy distinto del olor a mar que se le había impregnado en las ventanas nasales y a veces parecía cerrarle los pulmones obligándola a pedir aire con grandes bocanadas.

No podía imaginar las nuevas adversidades que tendrían que enfrentar. Tampoco quería pensar en ellas, en este momento la vida parecía recomenzar como renacen las flores en cada primavera y ella deseaba desesperadamente creer que su sueño, el sueño de ambos, podría hacerse realidad. Trabajar a la par de Franchesco, mejorar su situación y tal vez más adelante convertirse en propietarios de unas parcelas de tierra, sueño que en Italia se les había hecho trizas al tener que abandonar todas sus posesiones.

Llegaron a destino, la estancia *La Perdida* ubicada al norte de Pergamino, al cabo de tres días de viaje (las malas lenguas aseguraban que el nombre dado a la estancia era el homenaje final del viejo León Pérez a su amada, que había quedado en España cuando este tentó suerte en América, de ahí el apelativo: *La Perdida*). Estaban extenuados, mal comidos, con aspecto demacrado, sucios pero con el alma agradecida.

Les asignaron una piecita con poco y nada de ventilación al final de un pasillo de otras tantas habitaciones, la casita de los peones le llamaban al chorizo habitacional según escuchó

María Úrsula al decir del contratista.

Se trataba de una edificación de varias piecitas juntas, con un corredor techado, un pequeño ventanuco en cada una de ellas y poco más que nada en su interior. En el pequeño habitáculo que les proporcionaron se veía un pobre camastro desvencijado contra la pared del fondo, un colchón viejo y húmedo, una pequeña mesa y un banco de madera. Olía a una mezcla indescifrable de aromas, producto del encierro de varios meses. Al abrirse la puerta les invadió un sopor que les llegó como una nube. Los envolvió y embriagó de algún modo embotando sus sentidos. Ambos se miraron y en su mirada se amaron.

Las paredes de adobe habían sido blanqueadas a la cal en algún momento pero el paso del tiempo había dejado su huella en forma de lámparas deformes ensombrecidas, desdibujadas. Huellas que eran testigos mudos, silenciosos de las vivencias de anteriores moradores. El piso era de ladrillos. María Úrsula pudo ver en su mente las mejoras que ella podría hacer para que esa *stanza* luciera como un hogar, un mantel, flores sobre la mesa.

Unos cacharros de cocina en una cajuela completaban las pobres pertenencias del lugar, que no obstante a la pareja les resultaban suficientes para recomenzar sus vidas con cierta intimidad.

Señalando un vasijo de proporciones considerables con agua hirviendo sobre los leños al final del pasillo, el capataz les comunicó que era responsabilidad de todos los peones mantenerlo siempre lleno, al mismo tiempo que les indicó donde se encontraba el agua limpia para su reposición.

También disponían de una bomba de agua elevadora manual de hierro fundido, con un piletón al pie. Una exquisita novedad para la época.

Alejadas unos treinta metros se encontraban las letrinas

de uso compartido.

Ya era casi noche cerrada. El capataz les informó que al toque de la campana serían presentados al resto de la peonada y compartirían la cena. Al día siguiente conocerían al patrón, el señor José León Pérez.

—A las seis de la mañana cuando amanece, a usted Franchesco lo quiero en los corrales después del desayuno — dijo.

Dirigiéndose a ella agregó:

—Usted doña, mañana empieza en la cocina, a ver si se trae algo bueno de la Italia. Al cocinero lo necesitamos en los corrales ahora que es tiempo de parición.

Ambos agradecieron y el capataz los dejó solos.

Aquellos hombres conocerían de la mano de María Úrsula el antipasto, la *focaccia*, el *calzone*, la *lasaña*, los *macarrones* y un *stracotto* incomparables, aunque la carne asada seguiría siendo siempre el plato preferido. El tiempo de aquellos prodigios en la cocina, acabaría de una manera infausta y temeraria. Pero no nos adelantemos aún a los acontecimientos.

Ellos aprovecharon el poco tiempo que les quedaba para usar los precarios sanitarios, asearse, cambiar de ropa y atender al niño, todo a la tenue luz de una lámpara de aceite que parecía dibujar sombras en movimiento con sus destellos.

—Acompáñame Franchesco, necesito ir a los sanitarios, toma por favor al niño.

—Claro mujer, vamos. Venga con su padre *bambino*. Tranquila. Todo estará bien, te lo prometo. Aquí comenzaremos una vida nueva, mucho mejor que la que hemos dejado en la Italia — decía mientras tomaba al pequeño en sus brazos.

El estado de los excusados le pareció espantoso. Trató de no respirar para no tragarse el mal olor. Las moscas apenas si se movían del tragaluz. Su presencia no había sido suficiente

para ahuyentarlas. Pensó en aprovechar la abundancia de agua hirviendo a todas horas, de la que les habló el capataz, para echar con azufre diariamente en el piso de ladrillos. En el centro del mismo, solo se veía un pozo mugriento y eso era todo.

En la alcoba se las arreglaron con una palangana y una jarra que les prestó otro peón de la estancia para higienizarse.

Apenas alcanzaron a terminar de alistarse y escucharon el tañir de la campana.

Carne hervida, papas, zapallo, choclo y zanahorias fueron manjares para ellos, acompañado de agua fresca y frutas estacionales del monte lindero, el cual constituía la típica plantación como sello de toda estancia que se preciara de tal por aquellos años.

La vajilla consistía en platos enlozados color verde agua, jarros de igual materia que se utilizaban para beber el agua fresca o el mate cocido y cubiertos de bronce que daban un sabor peculiar a los alimentos, dejando un regusto inconfundible. Por su estado parecía que nunca habían sido nuevos, aunque ciertamente habían conocido tiempos y mesas mejores.

Hechas las presentaciones ocuparon lugares en los bancos de unos dos metros, dispuestos a cada lado de la mesa vestida con mantel de hule a cuadros en tonos verdes y azules. Fue la primera y única vez que ella compartió esa mesa como comensal, dado que en los días por venir ella misma sería quien sirviera la cena y quedaría para lo último después de retirarse todos los hombres. De hecho se sintió turbada, avergonzada y ajena en esa mesa ocupada por desconocidos y humildes jornaleros cansados y hambrientos después de la faena diaria, que no obstante, se comportaron como reales caballeros al cuidarse de no emitir ni un solo exabrupto en presencia de la dama.

El hambre voraz que sentía María Úrsula no le impidió mostrar buenas maneras y guardar modales, aunque de buena gana se habría llenado la boca a dos manos, abarrotándose para desquitarse de tanta hambruna.

Él, en cambio, al igual que los otros hombres, comió sin tanta ceremonia, repitió su porción, acompañó su cena con buen pan y se pasó la manga de la camisa por la comisura de la boca para limpiarse.

Después de una cena que a ellos les pareció digna de los dioses con todo lo que habían penado en los últimos tiempos, por fin disponían del tan anhelado momento de intimidad.

Acomodaron al niño en el suelo, sobre una piel de corderito que encontraron en el camastro, una enagua que la madre sacó del baúl hizo las veces de suave sabanita, olía a flores de su tierra porque ella había guardado unos pequeños atados dentro de él, y ahora secos despedían su perfume. Hacía mucho calor, corría finales de febrero y la humedad de la llanura pampeana les resultaba pesada. El pequeño dormía profundo. En el interior de un cacharro pusieron algo de carbón e hierbas humeantes para ahuyentar los mosquitos.

Desde que partieron de Italia habían dormido en camarotes separados por disposición del Capitán que no quería enredos en su barco, ni aunque los casados llevaran libreta y papeles con firmas y sellos de siete colores. Hombres por un lado y mujeres y niños por otro, ya que en un itinerario anterior había acontecido un duelo por un conflicto de polleras entre beodos y uno debió ser arrojado al mar después de perder la vida en la contienda.

Luego siguió el periplo de tres días hacia el interior de la provincia de Buenos Aires.

¿Cuánto hacía que sus corazones y sus cuerpos pedían ese encuentro?

Se abrazaron como si fuera la primera vez.

“El amor es un humo que sale del vaho de los suspiros; al disiparse, es un fuego que chispea en los ojos de los amantes; al ser sofocado, un mar nutrido por las lágrimas de aquellos; ¿qué más es? Una locura muy sensata, una hiel que ahoga, una dulzura.” Eterno, eterno Shakespeare.

Cada instante fue de plenitud. Plenitud que por un nuevo capricho del destino no volverían a vivir. Por largo tiempo.

Antes que se escuchara el canto de los gallos estaban despiertos, no había despuntado el alba y las emociones de la noche vivida, el lecho compartido por fin, las esperanzas puestas en lo inmediato y lo mediato los tenían ansiosos e insomnes.

Ella amamantó al bebé hablándole, mirándolo, sonriendo, el pequeño correspondía sus miradas con ese hilo de oro invisible pero tangible que une a madres e hijos desde tiempos inmemoriales.

Contando con agua tibia y limpia pudo higienizarlo y lavar sus ropitas. La mañana se presentaba límpida y una brisa fresca traía el olor de la pradera.

Se vistieron y antes del toque de la campana se dirigieron a la cocina comedor. Allí estaban ya el capataz (de quién más adelante conoceremos el nombre, dado que son muy intrincados algunos caminos en esta historia que intento relatar y el nombre que por ahora me reservo guarda un inmenso secreto). Lo acompañaban don Tulio –el cocinero– y los otros hombres prestos a desayunar para comenzar un nuevo día de trabajo a sol, fatiga y campo.

–*Buongiorno!* Saludaron ambos, acompañando la palabra con gestos corporales.

Francesco lo hizo muy suelto de cuerpo, abriéndose paso y mirando a todos con franqueza. Ella en cambio, con reserva y timidez, cabeza gacha detrás suyo, apenas paseando la mirada por fracción de segundos sobre el grupo.

–*Buongiorno!* Respondieron unos dando acogida y parabién a los recién llegados.

–¡Buenas y Santas! Dijo un muchachón inmaduro y alegre, a modo de recibimiento cristiano haciendo aspavientos.

Algunos, los menos, ignoraron el saludo porque un sentimiento de encono contra los inmigrantes crecía en ellos.

–Estos muertos de hambre –rumorearon por lo bajo, echando vistazos de reojo.

Las miradas casi inevitablemente fueron a dar en ella por mas disimulo que algunos intentaron.

Habían llevado la piel de corderito y vieron con sorpresa y agrado una cunita en el rincón de la sala que el capataz había hecho traer para el niño. Aunque al acomodarlo en la misma el crio berreó a pulmón abierto, no quedaba otra que dejarlo llorar hasta que se calmara solo. El trabajo esperaba y punto. El padre a los corrales, la madre a la cocina.

Don Tulio le enseñó a ella a preparar el mate cocido con leche, dado que aún no conocía siquiera la yerba.

–Acá tiene todo lo que necesite. Ollas, cucharón, colador, tazas, cubiertos –nombraba y señalaba cada pieza.

–¿Sabe usar la cocina a leña? –al tiempo que hablaba le enseñaba, demostrando su experiencia y ganando la confianza de la novata del lugar. Don Tulio se sentía satisfecho porque le hubieran dado un reemplazo en la cocina y lo enviaran a los corrales a trabajar con los otros hombres.

El cocinero había dispuesto sobre la mesa dos canastos con galleta de varios días, cortó buenas rebanadas y las untó con mermeladas. –La' untura debe estar lista pa' que no se pierda mucho tiempo durante el desayuno –dijo con tono pausado–. No más de 10 minutos y cada uno tendrá que salir pa' su trabajo.

El hombre cano, bastante entrado en años y bonachón como un niño, resultó ser un gran maestro para ella por sus

condiciones naturales de conversación. Su sonrisa desdentada y limpia reflejaba la que debió ser la misma cara más de siete décadas antes. Un pimiento sería menos rojo que sus mejillas surcadas de finas arrugas. Su postura corva revelaba una vida de trabajos pesados, de fatigas indecibles y penosas.

En los corrales estaba su lugar, aunque la buena de doña Catalina Susana haya pensado un día, que la cocina era el lugar adecuado para un hombre que estuvo desde su niñez al servicio de la familia. Del tiempo en que vivían su esposo y sus suegros. La cocina lo libraría de las intemperies, de las heladas, de los soles ardientes, de los vientos pampeanos, de las tempestades según la dama. Él, sin embargo, prefería todo eso y morir trabajando como un hombre, tal como siempre lo había hecho, antes que sentirse menos, en un *lavoro* para el que no había nacido.

Aquellos horizontes camperos, señor lector, guardaban secretos terribles que unos pocos conocían y que a lo largo de esta historia les iré desvelando.

Secretos perversos. Engaños tremendos como sepulcros profundos escondidos en el fondo de un bosque impenetrable que tal vez nunca llegarían a ver la luz... o acaso si... Pero que marcaron los destinos de gentes inocentes en direcciones opuestas a sus astros o estrellas naturales.

Bajo distinto techo

Estaban en el jolgorio del desayuno ya todos los hombres, aprontándose para el comienzo de la nueva jornada laboral, siempre dura y pesada.

Franchesco observaba mucho y hablaba poco. Presentía que algo podía andar mal. Recordaba como agujijones aun, las palabras del hombre en el carro, el día que llegaron.

—Es porque nos han pasado tantas cosas —pensó. Es eso lo que me tiene loco —se dijo a sí mismo. Ya no debo preocuparme, las cosas van a estar bien. Todo va a estar bien, sí señor.

Esos eran sus pensamientos cuando hizo su entrada en la sala el patrón, el señor José León Pérez. Los rostros cambiaron por completo sus semblantes, el silencio se hizo del lugar, a un gesto suyo terminaron el desayuno. En dos minutos no quedaba ninguno en la sala, ni el viejo cocinero, ni el capataz siquiera.

No hubo presentaciones, solo quedaron el joven matrimonio con su hijo y el patrón.

Este miró a la mujer de una manera penetrante, la observó de arriba a abajo sin disimulo, complacido, mudo, temerario. Lentamente cambió la dirección de su mirada hacia Franchesco. No extendió la mano. El aire parecía cortarse con una daga. El niño rompió en llanto, la madre se apresuró a levantarlo y apretarlo contra su pecho tratando de calmarlo. El patrón se dirigió a su nuevo empleado con voz soberbia e imperativa.

—Usted viene conmigo —lo necesito en la otra estancia.

—Y usted mujer tenga listo el almuerzo para los hombres, que los necesito bien comidos. Limpie y lave ya lo que estos han dejado.

—¡Despídase de su mujer hombre! No sabemos cuándo podremos estar de vuelta, pero tenga por seguro que será un buen tiempo, en *La Emma* necesito un conocedor para hacer la huerta, los campos están sembrados y los corrales revientan de tantas cabezas que se cuentan, el monte frutal tiene toda clase de plantaciones, pero no hay quien se ocupe de las hortalizas, usted viene de Italia y ha de conocer sobre labranzas seguramente.

—Señor disculpe usted. ¡No voy a dejar mi mujer! ¡Juntos hemos llegado, juntos nos vamos, no quiero dejarla sola!

No pudo seguir hablando, la voz del patrón los paralizó a ambos.

—¡Cállese la boca, suba a mi coche, acá mando yo y nadie se atreve a discutir mis órdenes! ¡Recién llegado y con pretensiones! ¿Qué se cree? ¡Ande!

Inquieta ante el panorama que se les presentaba y temiendo cualquier cosa, María Úrsula despidió con un beso en la mejilla a su esposo y le dijo con voz temblorosa —Ve tranquilo, paciencia, Dios te acompañe.

Franchesco nunca supo porqué obedeció, porqué no se rebeló, si habían arriesgado la vida en la travesía por mar, cómo era posible que ahora un hombre que ostentaba poder pudiera amilanarlos de esa manera. Pero la realidad es que estaban desamparados a su suerte y entregados. Había que aguantar. No podían quedarse a la intemperie ni a la deriva con un niño pequeño.

—Comience usted con los almácigos de tomates, acelga, apio, lechuga, perejil, zanahorias y zapallitos, hombre, que ya va siendo fin de verano y principio de otoño y necesito un hombre con experiencia y conocimiento —dijo casi sin respirar y

de manera enérgica y avasallante, mientras conducía—. Y nadie mejor que un tano para esa labor —remató.

Pero a estas alturas Franchesco desconfiaba hasta del aire que respiraba. Algo no encajaba.

Esperaba que el auto se detuviese para dejar aclarado el punto y poder despedirse del patrón y del puesto en *La Perdida*. Ya no quería ni pensaba trabajar allí, ni tampoco en *La Emma*.

Sin embargo antes de lo previsto llegaron a la estancia. No era tan lejos. Tal vez no pasaría mucho tiempo y las cosas viraran a su favor —pensó. Quizá el patrón realmente confiaba que él pudiera servirle para la huerta y de veras él sabía muy bien cómo utilizar aquellas herramientas de mano. Picos, azadas, palas, rastrillos. Invadido por un sentimiento de resignación, embotado por el calor reinante, asolado por la realidad, descendió del coche sintiendo que su sangre ya no hervía de furia y descontento como lo había percibido antes, y a paso seguro y firme siguió al patrón hasta los establos donde Franchesco pudo observar cuatro hermosos caballos, y en un cuarto contiguo José León Pérez le indicó que se guardaban las herramientas.

—¡Sígame, hombre, venga!

A poco de andar le mostró las parcelas destinadas a la huerta, muy próximas a la edificación principal, donde habitaba su anciana madre. Ella gustaba de las hortalizas frescas pero desde que se había marchado el anterior encargado, el vergel se había ido perdiendo y se encontraba tapado por la maleza que en verano había invadido el terreno.

—He pensado mal, este hombre necesita quien sepa hacer el trabajo, se ve que no ha conseguido quien lo haga. Le demostraré que no se ha equivocado conmigo.

Desmalezar las parcelas aunque solo, fue tarea rápida para un hombre joven, que conocía perfectamente el manejo de aquellas herramientas con las que en Santa Sofía d'Epiro tanto

había trabajado, como si esas fueran parte de sí mismo, tal una extensión de sus propios miembros. No obstante el calor le agotaba mientras el sudor bañaba su cuerpo y las ampollas en las manos le ardían como fuego, pues durante la travesía no las había usado para labores pesadas y desacostumbrada ahora, la piel restablecida pronto se laceraba.

María Úrsula por su parte, trataba de no pensar ni desanimarse. Tenía que ocuparse de todo lo que demandaba la cocina y atender al bebé, amamantarlo, hablarle, cantarle, cambiarlo, lavar los pañales y hacerse de trapos limpios para que la piel del niño no se escaldara.

El capataz, hombre comprensivo y sensible, le había dado permiso para que seleccionara lo que le fuera útil de aquello que se encontraba en un viejo baúl, en un cuarto que hacía las veces de depósito. Eran ropas en desuso que él trajo consigo y no utilizaba.

Contar con agua hirviendo a toda hora era una enorme ventaja para el lavado de los pañales y muy especialmente para entibiarla con hojas de malva y luego con ella lavar al niño.

En lo sucesivo, cada día echaría varios baldazos de agua hirviendo en los excusados, tal como había pensado al llegar. También allí dejaría un cacharro con carbón y flores humeantes para espantar los insectos y perfumar el servicio.

—Cosa de mujeres —rumoreaban los hombres entre sí, pero aprobaban con agrado las buenas nuevas.

—Y es más sano para todos —concluían. Las moscas y las inmundicias atraen toda clase de pestes.

—Esta noche además de carbón e hierbas para espantar los mosquitos, pondré hojas de eucaliptos en un cacharro con agua hirviendo para perfumar la alcoba. Cuando Franchesco vuelva, todo estará impregnado —fantaseaba.

Ya había visto los enormes eucaliptos bordeando el camino de entrada a la estancia y le complacía la idea de aspirar

tan agradable aroma en la intimidad.

La abundancia de alimentos en la despensa contigua a la cocina le permitiría hacer prodigios para la mesa de los hombres, la combinación de carnes, harinas, hortalizas, legumbres, quesos, le aseguraba la preparación de exquisiteces. Le gustaba la cocina, sobre todo cuando no debía preocuparse por la escasez de otrora.

Hacia el fin de semana ella se adaptaba a la nueva vida poniendo su mejor voluntad y empeño para conseguirlo. Aquel día amaneció gris y los nubarrones acerados en el cielo anunciaban lluvias. Era domingo y hubo por almuerzo tallarines amasados con la receta materna de Maru y un estofado de carne.

Completaba el menú una compota de ciruelas que había preparado a primera hora, después del desayuno, para que estuviera fría al mediodía.

En *La Perdida* contaban con refrigerador. Este era una especie de contenedor al que se le debía introducir unas barras de hielo por las mañanas. El patrón las traía del pueblo cada semana. Al mantenerse juntas no se derretían en el frescor del sótano. Además disponían de las fresqueras, que consistían en un espacio abierto debajo de las ventanas de la cocina, protegido por una malla metálica para que no entraran moscas ni otros insectos.

La mesa bien servida, las paneras, el agua y los cubiertos dispuestos de manera sencilla y prolija y por sobre todo, los sabores riquísimos, le hicieron ganarse el aplauso del capataz y los peones. Aquellos eran hombres humildes y agradecidos, también se mostraban sumamente respetuosos con ella y pronto ganarían cariño por el pequeño. Incluso los que al principio habían visto con malos ojos el arribo de estos inmigrantes, comenzaban a valorar rápidamente esa presencia humilde y silenciosa que les prodigaba con su trabajo placeres

al paladar.

Ellos no tenían permitido beber alcohol durante el día y contaban con un domingo de descanso al mes, para eso debían turnarse de modo que los trabajos debían cumplimentarse a diario, aunque lloviera, tronara, o el sol partiera la tierra. Ciertamente se las arreglaban para terminar algo más temprano que los días de la semana y todos contaban con una hora libre antes de la puesta del sol.

Por la tarde ella se arrodilló bajo la cruz de la pequeña capilla en la misma estancia. Llevaba al bebé en sus brazos y rezaba en voz alta para que el niño también aprendiese a hacerlo.

Aquella era una bonita construcción con techo a dos aguas, el campanario sobre la cúspide, un portón de madera maciza de dos hojas y paredes blancas opacadas por el tiempo, tanto en el exterior como en el interior. Unas pocas filas de bancos, el altar desnudo y el Cristo sobre el madero.

No tenía ventanas laterales para que nada distrajera la atención de quién entrara a encontrarse con el Señor. La había mandado a construir doña Pilar, abuela del patrón. Allí se habían casado los hijos de aquella, entre ellos don Luis José León Pérez con doña Catalina Susana Porcel y Ojeda, padres de José León Pérez, algunos parientes y hasta alguna que otra pareja de peones en otro tiempo.

“La separación es tan dulce pena que diré buenas noches hasta que amanezca, cuando tu vengas”. Ella almacenaba en su corazón las frases más célebres de Romeo y Julieta que Franchesco le había recitado un millón de veces.

Hizo sus oraciones y dio gracias por el pan, el techo, el suelo firme y tantas bendiciones que sentía sobre su vida. También pidió protección para los días por venir. Prometió traer flores esa misma tarde y colocarlas sobre el altar, ritual que repetiría cada domingo. Las flores en su tierra siempre se

usaban en las celebraciones o fiestas. Incluso dar o recibir flores ya tenía su propia significación. Si eran rojas la relación entre quién las ofrecía y quién las recibía era secreta, si eran amarillas trasuntaban celos y por ende nadie las regalaba, para no poner en evidencia sus sentires o emociones más íntimas.

Antes que cayera la tarde se aseguró el ramo de flores silvestres que nacían en cantidad y variedad y bordeaban la entrada, a pocos metros de los eucaliptos, dónde la sombra de aquellos no alcanzaba a detener los rayos del sol. Armó dos ramos, uno bien grande con margaritas blancas para el altar, otro más pequeño y multicolor para la piecita. También cortó unas ramas de eucaliptos para perfumar los ambientes, pensando en la alcoba en especial, pero también el pasillo y la cocina, aunque esta última ya de por sí tenía su propia liga de aromas.

Escuchaba a los peones con interés por aprender la lengua, muchos hablaban una mezcla ítalo española y ella aprendía rápido, por cuanto la necesidad la obligaba. En el *REGINA MARGHERITA* había puesto mucha atención, sabiendo que al arribo sería imperioso poder comunicase. Franchesco también había hecho importantes adelantos en el barco conectándose con todo hombre que hablara el idioma de la tierra a la que se dirigían y demás está decir que los dos se habían puesto de acuerdo al respecto. María Úrsula evocaba...

—Mujer presta atención a la lengua, no podremos salir adelante si no entendemos el español.

—No sé si pueda Franchesco, no sé. Pero lo intentaré, tenlo por seguro. Tú me conoces.

—¡Claro que sí puedes *principessa*! ¡Claro que sí! Siempre te has salido con la tuya, como cuando te llevaste a vivir los niños de la calle a las habitaciones de tu casa. ¡*Mamma mía*!

Ella había sonreído sintiendo un gran gozo, al recordar aquel lejano episodio.

Los hombres hablaron del arroyo Pergamino. Dijeron que una porción atravesaba las tierras del patrón.

Los domingos terminaban los trabajos más temprano y algunos se iban al pueblo montados a caballo, otros visitaban sus mujeres, novias o amantes. Algunos hacían rondas para tomar mate y ellos mismos amasaban y cocinaban tortas fritas bajo el corredor que compartían. El mate se cebaba a la sombra del paraíso más grande, árbol ubicado a mitad de camino entre la casa principal y las casitas y se sentaban en el suelo o sobre unos troncos gruesos, cortados a unos treinta centímetros de la base, que se usaban como bancos bajos.

Nacida en aquella tierra que semejava una bota rodeada de aguas azules se disponía para ver el arroyo. El viaje por mar había concluido y ahora le atraía la idea que se le había metido en la cabeza, quizá para despejarse un poco. Pensaba en Franchesco. Tomó al niño y caminó hacia las orillas del arroyo serpenteante. Mientras allí se dirigía y desde lejos, el patrón la observaba.

Corpulento, atractivo, de mirada penetrante, insolente. Era un cuarentón que mantenía una relación de varios años con Marcelina López, la costurera del pueblo a quien él no amaba. La tenía como una distracción para cuando se le antojaba divertirse, nada serio para él, aunque ella le toleraba cualquier cosa, con la esperanza de ser su mujer legítima alguna vez.

Algunas habladurías lo señalaban como el responsable de una violación, el ultraje contra una joven de menos de veinte años de edad, pero nadie lo decía abiertamente y el juez de paz nunca lo había investigado ni tampoco querría hacerlo, jamás hubo una denuncia por algo que ni siquiera tipificaba como delito y no quería por enemigo al todopoderoso y temible León Pérez. Una historia como la que le achacaban al hombre era la fiel copia y relato de otra que había ocurrido nueve meses antes que él naciera.

Secretos terribles. Secretos perversos.

–Dicen que una mañana atacó a la más chica de los Páez.

–Sí señor, eso dicen. No se supo más de ella. Nadie sabe dónde está la pobrecita. ¡Mire que era linda la piba!

–La madre de la chica anda como alma en pena. No se la vio más tampoco. La visitan algunas parientes pero nadie dice nada.

–Escuché que la metieron a monja. ¿Qué padre se aguanta una deshonra así, carajo?

–Vaya uno a saber la verdad mire usted. Todos hablan pero nadie sabe bien. Yo tampoco sé muy bien. Uno repite lo que escucha. ¿Qué se yo?

Así hablaban los lugareños. Siempre a media voz. Siempre a media luz. Siempre a escondidas.

No fuera ser que el propio León Pérez los escuchara y le diera por cobrarse el mismo de aquellas “calumnias inventadas por todos esos ignorantes y charlatanes”.

Si hasta algunos creían escuchar en las noches de luna llena el aullido de una bestia. Decían que por ahí se andaba escondiendo el mismo diablo.

De la presencia de almas en pena nadie tenía dudas. Se las podía ver a campo abierto en medio de las noches cerradas, con sus fosforescencias titilantes, brillantes y malditas.

Los hombres apenas si se atrevían. Las mujeres directamente se negaban a transitar en carros, coches o caballos esas llanuras habitadas por las ánimas durante las noches.

Dos alumbramientos

Su primer día en aquella estancia Franchesco se sentía extraviado y perdido ante la nueva situación que estaba viviendo, no era lo que él deseó cuando se vio empujado a dejar su lugar, su mundo, pero ciertamente tampoco podía tener pretensiones, como había sentenciado José León Pérez.

Hacia las dos de la tarde de ese día llevaba desmalezado el terreno, una media quinta dentro de las varias hectáreas de *La Emma*. Restaba rastrillar la tierra, dejar a un lado los rollos o fardos de excedentes, que seguramente terminarían en las caballerizas una vez que estuvieran secos. Debía marcar los surcos, eso le llevaría buena parte del resto del día.

Doña Catalina Susana Porcel y Ojeda viuda de León Pérez era una anciana agradable, de contextura media, que esa tarde se paseaba con una pamela por los alrededores de la casa, porque el calor agobiante no le ayudaba a tomarse una siesta, prefería encontrar algo del fresco bajo la perfumada sombra de los árboles.

—¡Buenas tardes joven! ¿Qué hace trabajando con este calor y al rayo del sol? ¿Lo conozco? ¿Cuál es su nombre? ¿De dónde viene?

Con este interrogatorio ella se presentó y comenzó una relación amistosa entre la señora madre del patrón y el joven tano.

Apoyándose con ambas manos sobre el cabo del rastrillo respondió lo mejor que pudo, a la vez que se sacaba el sombrero por cortesía frente a la mujer y se secaba la

transpiración del rostro con la manga, dejando a un lado la herramienta.

—Vamos, vamos deje eso ya para mañana querido, por hoy es suficiente y además hace demasiado calor. Hoy no corre ninguna brisa. Va a insolarse si sigue aquí. Siga trabajando mañana temprano, con la fresca.

El tano carraspeó, estaba realmente exhausto con semejante día y con todo el laboreo que había estado realizando. No obstante refirió que eran órdenes del patrón.

—Ah, el patrón. No querido no se preocupe, en esta casa mi palabra es santa y no se discute. Mi hijo es un poco cascarrabias, yo lo sé, pero nunca se atreve contra mí. Si le digo que basta por hoy es basta y aquí termina su día de trabajo. ¡Válgame Dios!

Desorientado Franchesco agradeció la licencia otorgada por la señora y caminó hacia las caballerizas. En realidad allí no tenía ningún lugar asignado para habitar y no sabía muy bien dónde dirigirse.

En el aire se oían, chillando y aleteando, toda clase de insectos de los que atraen las tormentas de verano.

Los pájaros surcaban los cielos buscando refugio en las arboledas, del horno recalcitrante en que se había convertido la tarde.

El verano estaba pariendo un sol de fuego.

Perpleja doña Catalina Susana Porcel y Ojeda se lo quedó mirando. Luego lo siguió sin que él se diera cuenta. Le vio refrescarse la cara y el cabello con el agua del vertedero. Le vio beber agua que tomaba del cuenco de sus manos. Le vio luego recostarse sobre un montón de pajas. Ella se inquietó.

—¿Joven usted almorzó? —preguntó sin dejar de mirarlo, al tiempo que se le acercaba.

—No señora. No se preocupe.

—¡Ah no! ¡No m'hijito.

Lo repitió porque Franchesco ensimismado en sus pensamientos, parecía no escucharla.

–Son casi las cuatro de la tarde, venga conmigo!

–Estoy bien señora, no se preocupe –insistió avergonzado.

–¡Cómo quiere que no me preocupe, con semejante día y con el trabajo que estuvo haciendo! ¡Que me siga le digo! –y lo sorprendió tomándolo por un brazo y llevándolo con ella.

Doña Catalina Susana Porcel y Ojeda lo trató humanamente, mandó que le sirvieran el almuerzo en la cocina de servicio y luego ella en persona le señaló la habitación que él iba a ocupar. Mucho mejor que la piecita en *La Perdida* pensó para sus adentros, pero sin ellos, sin su mujer ni su hijo.

En la parte trasera de la propiedad principal podía visualizarse una construcción similar a las casitas de *La Perdida*, no obstante las habitaciones eran más amplias, contaban con ventanas que permitían el ingreso de los rayos del sol y una mejor ventilación. Era notoria la presencia de mujeres allí. Estaban la señora Porcel y Ojeda Vda. de León Pérez, Ofelia –su dama de compañía– y las encargadas del servicio doméstico. El lugar estaba mucho mejor conservado. Las flores bordeaban los empedrados. El aroma a menta procedente de unos macetones aportaba lo suyo.

Si a Franchesco los sentidos le hacían presentes el olor y la imagen de su mujer y su hijo allí, era entonces que en el lugar había algo de encanto, algo de magia, algo de Dios. Sin embargo los ventarrones en medio de la tormenta, con el sol comenzando a ocultarse tras las nubes negras en esa mar de calor y fuego, teñían el horizonte mezcla de carbón y oro, con pinceladas inquietantes y feroces.

Pero antes de continuar con este relato, debo poner al lector en conocimiento de una tragedia lejana en el tiempo, pero presente y actual por sus secuelas en relación a sus

protagonistas y a los destinos de quienes nacieron entonces. Y de quienes sobrevivieron aquellos horrores.

La fatídica madrugada que Micaela Paz, la criada de doña Catalina se alejó para dar de comer a las gallinas, tal como lo hacía a diario, y fue abordada por un extraño estaba muy lejos en el tiempo. El ataque fue consumado sin miramientos a las súplicas de la pobre chica que no contaba con más que catorce años de edad.

Lo agreste del lugar dónde se perdieron los sueños de novia que llenaban su espíritu, concordaba con la desgraciada realidad que se le hizo presente, las espinas, las piedras, los arbustos que fueron testigos mudos del hecho, se le quedaron metidos hasta lo más hondo de su ser. Espinas, piedras.

Ello había acontecido cuarenta y dos años atrás. Del ultraje sobrevino un embarazo que Micaela Paz supo ocultar a fuerza de una escasa y mala alimentación y la faja impiadosa con la que envolvía su vientre sometiéndose hasta el dolor. Por esos días doña Catalina Susana también esperaba su primer hijo, lo esperaba con enorme ilusión, enamorada ya de la vida que se gestaba dentro de sí, anhelaba la hora bendita de atesorar entre sus brazos ese amado bebé. Personalmente preparaba el ajuar, tejía puntillas en crochet para las sabanitas y las otras prendas, bordaba y cosía.

Cuando nació el primer hijo de la señora de la casa ayudada por su criada Micaela Paz y la comadrona del pueblo y después de un parto largo y doloroso, la mujer sonrió al ver que su hijo llevaba las marcas del padre en el pequeño y frágil cuerpecito. Señas muy particulares. Un angioma con la forma de una frutilla sobre el hombro izquierdo y dos dedos pegados en el pie del mismo lado. Y le pareció que algo más. El color de sus ojos que se tornasolaban.

Pero el recién nacido era eso, un recién nacido y sus ojos podían cambiar de color.

Horas después del parto, doña Catalina Susana Porcel y Ojeda cayó en un estado de inconsciencia y estuvo con fiebres y alucinaciones casi cuarenta días, debatiéndose entre la vida y la muerte. El recién nacido fue criado por Micaela Paz hasta que...

Exactamente veintiocho días después del nacimiento de José León Pérez, a mitad de la noche, Micaela Paz rompió fuente y en la más completa soledad tuvo a su propio hijo. Un oscuro y negrísimo pensamiento había tomado forma en su mente. Ella no quería al hijo de la vergüenza. Cambiaría a los niños. La enfermedad de la madre le había permitido a ella ocuparse del legítimo León Pérez. Su madre no podría darse cuenta de nada, ni siquiera sabía cómo era el niño.

Cuando doña Catalina Susana Porcel y Ojeda sostuvo a su hijo por primera vez sintió una extraña sensación que le recorrió el cuerpo y el alma. Llevaba cuarenta días de nacido y se veía tan chiquito, tan pequeño, *tan cambiado*. No era esa la imagen del bebé recién nacido que guardaba en su memoria, ni el color de la piel, ni la carita, pero por el hecho de que ella no lo había amamantado, eso ya era en sí, razón más que suficiente para que el bebé no hubiese crecido mucho. Para colmo tampoco se lo llevaban por temor que se contagiara de su fiebre y mal estado.

La criatura creció entre brazos y almohadones alejados dentro de la casa, bañado por el sol que atravesaba los cristales de las ventanas del salón principal, distante varios largos pasos del dormitorio donde se restablecía su madre.

El padre estaba ausente desde hacía varios meses, era común que él pasara mucho tiempo lejos del hogar atendiendo sus negocios en otras provincias del país. Él tampoco conocía a José.

Cuando la madre vio sin ropas al chiquito, completamente desnudo para darle un baño, el angioma se había borrado y los dedos de los pies se habían separado. ¡El

angioma se había borrado y los deditos de los pies se habían separado!

¿El angioma se había borrado? ¿Los deditos de los pies se habían separado? Eso es lo que ella creyó ingenua e inocentemente.

Aves oscuras batieron alas en un vuelo lúgubre. La madre alcanzo a verlas pero no les dio importancia, algo sin embargo le empañó la alegría y no supo explicarse porque.

—¡Micaela! ¡Micaela! ¡Ven pronto!

Su sorpresa no le permitía pensar. ¿Era un milagro? ¿Qué había pasado con su hijo? Ella había visto las señas particulares, de eso estaba segura.

—¡Micaela! ¡Micaela! apúrate por favor!

Dado que Micaela no respondía, invadida por una terrible ansiedad, bañó al niño con premura, lo envolvió en ropas livianas y salió enloquecida a compartir con las mujeres de la casa lo que acababa de descubrir.

—¡Micaela! ¡Micaela! ¡Micaela! ¡Micaela! siguió bramando.

Se le acercaron la cocinera y las mucamas:

—Perdón señora. A Micaela la hemos buscado pero no hemos podido encontrarla. Desde hace varios días no sabemos dónde se ha metido esa chica —dijo la cocinera con la vista baja, mientras se restregaba nerviosamente las manos mitad heladas, mitad transpiradas.

—Nosotras hemos atendido al niño estos últimos días —agregó.

La mujer alcanzó a ver un bicho cascarudo renegrido que caminaba despacio por el suelo y le dio un pisotón despiadado de puro loca que se sentía por tener que ser ella quien informe la desaparición de Micaela.

Afuera los perros no cesaban de ladrar.

Y el aire olía a trampa.

La señora contó a las mujeres lo que había pasado, se

hizo un silencio que no podía ser llenado con palabras porque ninguna sabía muy bien de qué se trataba. Todas se santiguaron en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La madre pensaba en un milagro, la cocinera estaba pasmada de susto, la mucama creía que la señora estaba loca.

Las domésticas se retiraron arrastrando los pies que les pesaban sin saber muy bien si eso era cosa de mandinga, la luz mala o que misterio y cada una por su lado se dedicó a los rezos y a las promesas para la redención de sus culpas. Después de aquello nadie abría la boca, los balbuceos daban prueba de las oraciones e invocaciones que cada una elevaba por su lado. Nadie tampoco se acordaba de Micaela.

A ésta posteriormente la buscaron durante días.

En aquellas soledades y distancias enormes era inimaginable saber dónde estaba.

Mientras que, el día de su partida, Micaela oyó el traqueteo de un carro que se aproximaba desde la lejanía, venía levantando polvareda desde el oeste, zona donde estaba el poblado que luego sería Leandro N. Alem, pequeña localidad distante unos cien kilómetros del paraje dónde se encontraban, cerca de la estancia *La Emma*, transportando un matrimonio

La infeliz se les apareció de la nada a los viajeros, después de estar oculta dos días entre las malezas, bebiendo agua y algunas provisiones que tuvo la precaución de llevar en una bolsa de cuero. También había previsto la alimentación del inocente que había arrancado del seno de su hogar. Leche y frutas que en su ignorancia ofreció al niño hambriento, sucio y lloroso.

Vale decir que algunas tribus primitivas aún hoy alimentan con frutas a los niños de muy poco tiempo de vida.

Los viajeros detuvieron la marcha al verla. Una mujer con un niño haciendo toda clase de señas. Les pidió que por favor la llevaran hasta el poblado, les dijo que estaba sola y que el

chiquito necesitaba un doctor porque *andaba enfermito*.

Así lo hicieron dejándola a las puertas de la Iglesia donde imploró auxilio y amparo. Mintió que sus padres habían muerto y que ella estaba al cuidado de su hermanito.

El Padre Marcos la ubicó con una familia de comerciantes de ramos generales y colgó un pequeño cordón y cruz de madera en el cuello del chiquito intentando ofrecer protección del Cielo a esas almas errantes. Sabiendo de la religiosidad de aquella gente que no había logrado tener hijos, pese haberlo intentado para dar fe de su virilidad el hombre, y saciar su anhelo maternal la esposa, el cura bautizó al niño.

Los protectores eligieron llamar Marcos al bebé en honor del padrecito. No habiendo sido posible sacarla del mutismo en el que se refugió, a ella la llamaron Milagrito, por ser la portadora del milagro de un niño en la casa. Unos meses más tarde ella daría cuenta de su apellido y el niño se llamaría Marcos Juan Gabriel Paz.

Nunca lograron sacarle más palabras, de dónde venía, cómo había llegado, dónde trabajaban sus padres. Al matrimonio sin hijos no le importó demasiado saber. Se encariñaron con los dos, al tiempo que Milagrito les resultaba de gran ayuda en las tareas domésticas.

El hecho que el chiquito tuviera juntos dos dedos de su pie izquierdo enterneceba muy especialmente a doña María. *Encima sus padres habían fallecido.*

El Padre Marcos visitaba la casa para saber cómo iban las cosas.

Doña Catalina Susana Porcel y Ojeda supo sobre la muerte de su esposo a causa de un ataque repentino al corazón, varias semanas después del fallecimiento. El desdichado hombre murió sin conocer a su hijo.

Este se encontraba muy lejos de la residencia. Le dieron cristiana sepultura en Entre Ríos, una provincia productora de

ganado, como Buenos Aires, que se veía seriamente perjudicada por la política de Rosas, quien no permitía la libre navegación de los ríos y frenaba el comercio y los desarrollos provinciales. León Pérez trataba de resolver cuestiones relacionadas con sus posesiones en aquella provincia cuándo le sorprendió la muerte.

Doña Catalina Susana jamás frecuentaba aquellos lugares dónde fue a parar Micaela –*Milagrito*– Concurría para sus confesiones y compras exactamente al otro lado del mapa. Así transcurrió toda una vida sin saber el destino y la suerte corridas por su hijo, hasta que...

Capítulo IV

El acecho

—Hoy hace un mes que no veo a Franchesco —pensó María Úrsula bañada por dentro con la luz del amor.

—Es domingo y tal vez pueda venir a vernos —se ilusionó y no pudo dejar de pensarlo como demasiado cielo, demasiado tierra, demasiado bosque, demasiado sol.

Ven a mi mar de abrazos amado mío. Llévame a tu río de palabras dulces. Ven.

Durante la treintena de días había hecho prodigios en la cocina. Se sentía muy bien porque atendió oportunamente los desayunos, los almuerzos y las cenas.

Cuidó a su hijito que crecía evidenciando adelantos y aprendizajes y ello le permitía explotar de íntimo orgullo. Compensaba en parte la otra ausencia.

Sembró semillas que trajo de su tierra pensando que en la estación por florecer le traerían las brisas de su campiña, (flores como lavandas, geranios, margaritas, agapantos, lirios, jazmines, y madreselvas que son comunes en las praderas mediterráneas), y hasta recibió la paga semanal por su labor, a un promedio de ochenta centavos por día que había logrado ahorrar íntegramente.

Se sentía ansiosa por contarle a Franchesco que había oído hablar de ciertas leyes de colonización, que en la provincia de Santa Fe hasta ofrecían unos boletos de compra-venta listos para ser completados con los datos de los futuros propietarios con la simple entrega de una pequeña fortuna, que ellos podrían reunir con unos meses de ahorro. Imaginaba lo que le

diría:

¡Con muy poco dinero hasta podremos adquirir algunas chacras!

Si podemos reunir el ahorro de algunos meses estaremos en condiciones de...

Sus ilusiones la extraviaban en las esperanzas mas auspiciosas, en la danza de la buenaventura y la abundancia que desde su añorada Italia habían venido a buscar a este terruño nuevo. Sueños de un lugar impoluto de pertenencia para los tres.

Ella conocía el procedimiento por el cual era posible obtener una loción corporal con alcohol blanco y jazmín del cielo. Lluvias copiosas de exuberante jazmín azulino cubrían las paredes del frente de la estancia principal.

Ya contaba con su fragancia personal, también lo lograría con lilas y violetas silvestres. Los perfumes tenían un valor altísimo en las tiendas, no obstante a Franchesco ese aroma tan peculiar le tumbaba los sentidos, olía a ella.

Ensimismada en sus pensamientos y dejándose llevar a otros lugares y tiempos donde el pasado y el futuro se volvían casi tangibles, los imaginaba y los recreaba en su alma. Miraba sin ver las aguas del arroyo, como todos los domingos al atardecer. Un remanso antes de preparar y servir la cena para todos, pero no para él. Su corazón se oprimía.

No percibió la cercanía del patrón que estaba demasiado próximo, al acecho.

En tanto Franchesco que se había ganado el cariño de doña Catalina Susana, conversaba con ella animadamente. Esta, encantada con el verdor que se insinuaba a través de los pequeños brotes y plantines, no dejaba pasar oportunidad de agradecer por aquel pequeño paraíso.

—¿Vino solo a la Argentina m'hijo? —preguntó tratando de encontrarle la mirada, la cual Franchesco parecía perder en la

distancia.

–Vine con mi mujer y mi hijo –respondió sin dejar de ver un lejano punto imaginario.

–¿Dónde están ellos? –preguntó entre inquieta y sorprendida, transformando su rostro apacible en uno curioso y extrañado que acentuaba sus surcos y pliegues. Acompañaba los gestos de su cara con leves movimientos del cuerpo, como si se hamacara suavemente.

–Ellos están en la estancia *La Perdida* señora –lo dijo sosteniendo la mirada lejana. Luego la miró a los ojos y entre ellos se estrechó el vínculo naciente de manera natural. El la veía cual su madre perdida en la infancia. Ella por su parte le veía como un hombre que sin pedir nada se hacía destinatario de un sentir íntimo y materno, que le nacía del corazón profundo.

–¡Por el amor de Dios hombre! –agregó –Tome mi caballo azabache ya mismo, vaya a verla, hoy es domingo, ya hablaré con mi hijo para solucionar que usted y su esposa vivan bajo el mismo techo. Mi esposo pasaba largas temporadas fuera de la casa, lo recuerdo muy bien, y eso no es bueno, no señor.

–¿Cuál es el nombre de su mujer? ¿Y el de su hijo? Usted no me lo ha dicho ¿Verdad? –le inquirió tomándose el mentón y mirándole con ojos interrogantes y agudos.

–Su nombre es María Úrsula –Es la mujer más bonita y romántica que he conocido. También es la más fuerte. Hemos pasado muchas cosas difíciles...El niño lleva el nombre de Franchesco Vincenzo...

No alcanzó a terminar de hablar y ella lo interrumpió para enfatizar sus propios dichos.

–Bien, bien, ya me aseguraré que usted y ella vivan bajo el mismo techo. No pierda más tiempo, apúrese, póngase buen mozo y vaya a verla, hágame caso.

La tormenta que se avecinaba amenazaba precipitarse

torrencial. Los colores del cielo anunciaban relámpagos furiosos. El calor del aire quitaba el aliento y embotaba los sentidos. Ráfagas de vientos comenzaban a concatenarse cada vez más próximas unas con otras. Las hojas del suelo eran arrastradas como un río.

Con premura y agradeciendo a la buena anciana, se retiró a su habitación. Contaba con elementos básicos para la higiene que doña Catalina Susana le había proporcionado a su llegada, como también una camisa blanca y una bombacha gaucha de color negro que él había reservado para la ocasión, tanto también para ir adoptando la vestimenta de los lugareños.

Completaba el atuendo un pañuelo perfumado al cuello, una faja negra de telar con guardas pampa en color blanco, y alpargatas negras.

Tomó el camino ancho hacia la estancia *La Perdida*. Llevaba un torbellino de emociones dentro suyo. Una urgencia irrefrenable se apoderó de él. Deseaba sortear la distancia que lo separaba de su mujer a la velocidad del rayo. Y el polvo del camino le envolvía y se le pegaba en la piel húmeda de transpiración. El respiro parecía ahogarle y el choque del cuerpo contra el aire, le semejaba penetrar el espacio, contra todas las leyes de la naturaleza.

El caballo se tornaba iracundo e inquieto. Presagiaba las inclemencias inminentes del tiempo. Olisqueaba el aire y corcoveaba dando relinchos violentos.

Como usted sabrá estimado lector, estos majestuosos animales poseen un sentido muy desarrollado para percibir su entorno natural. El caballo estaba sencillamente asustado. Tenía las crines erizadas como púas.

Remolinos de tierra se desplazaban en paralelo contra ellos, como una desagradable compañía del camino. Franchesco era un cúmulo de ansiedad. El caballo un manojo de nervios.

Al llegar ató el caballo en el palenque y se dirigió a la

piecita. Dada la hora y la feroz tempestad que se avecinaba estimó que su mujer e hijo estarían descansando en la quietud y refugio de aquellas pobres paredes.

Los primeros gotones pesados de agua comenzaron a caer espaciados dibujando pozos minúsculos en el polvo suelto del terreno.

Ellos no estaban ahí. Un Silencio pesado reinaba en el lugar. Como una carga de plomo sobre los hombros y el espíritu del hombre se abrió paso la soledad, que de pronto parecía volverse tan, tan inmensa como la misma llanura infinita.

Deambuló con la esperanza de tropezar y verlos en cualquier de repente, arrollado por una ansiedad incontrolable que confundía su razón, pero no fue así. Preguntó por ellos a un peón que encontró al andar y éste le dijo que la buscara cuesta abajo, a orillas del arroyo.

—Ella con el niño va todos los domingos para allá —dijo señalando el suave desnivel planicie abajo, donde se apreciaba un hilo azul que serpenteaba en medio del verde profundo que llenaba la vista, salpicado de árboles frondosos y arbustos amarillos y secos, cubiertos de espinas quebradizas como agujas de oro.

Franchesco agradeció al paisano y se despidió aturdido. Desató el caballo que continuaba mostrándose impaciente y allí se dirigió caminando a paso presuroso con el animal tomado por la rienda. Los resoplidos del animal lo angustiaban aún más, transmitiéndole una desazón inexplicable.

Las gotas de agua cayendo del cielo iban en aumento. El calor seguía apretando la respiración. El cielo cobraba todos los colores del fuego en un espejo gigantesco de luces. Los truenos bramaban sonidos y destellos de una tempestad rabiosa de fines de verano. El suelo vibraba en una armonía consonante con todo lo demás, jadeando penosamente, para acabar por

derramar al fin, la negra y pesada cortina de aguas.

María Úrsula trémula e inquieta ante el panorama dantesco que presentaba la naturaleza, se aprestaba a tomar al niño y salir urgentemente en busca de refugio. Alguien la detuvo atenazando su cuerpo con una fuerza implacable y absoluta. Una fuerza muy poderosa que la paralizó.

Francesco no esperaba ver lo que sus ojos vieron.

—¡El patrón y mi mujer! ¡No es posible! ¡No puede ser cierto!

Su llegada se dio en el preciso momento que el niño dormitaba sobre la piel de corderito, ajeno al padecer e infortunio que estaba por atravesar las vidas y los destinos de sus progenitores.

Ella había sido asaltada por la espalda.

El patrón la sujetaba por la cintura y sorprendiéndola sin darle tiempo a nada la rodeó, la dobló bajo su torso y arremetió brutalmente sobre sus labios.

Fue esa la imagen que él vio. El instante mortal para ella y para Francesco.

Fracción de segundos que Francesco vivió en cámara lenta como si sucedieran mil años. Fracción de segundos que marcarían su futuro de manera atroz. Dolor metiéndose en su sangre como veneno mordaz e hiriente, inoculado por los colmillos de un reptil antiguo y milenario, que transformó su sangre en un tóxico insoportable y fatal.

Y la lluvia, cristal de aguas blancas y finas, amenazando con hacerse copiosa, abundante, invasora. Y el calor, fuego invisible que todo lo devora, alterando la lucidez y la razón.

Alguien desde lejos lo vio todo. Alguien que observaba el asecho. Asecho que Francesco ignoraba e ignoró, porque el pensamiento claro y luminoso, había sido oscurecido y apagado por un solo soplo letal.

Fracción de segundos que María Úrsula vivió en cámara

lenta como si fuesen mil años.

Fracción de segundos antes de recuperar la conciencia y la razón: *Defenderme*.

Francesco saltó sobre el caballo y lo espoléó incitándolo a correr. Este se encabritó, relinchó y salió como impulsado por un rayo camino del retorno, por la misma senda que instantes antes habían recorrido a paso rápido para llegar.

Él no vio la brutalidad de la bestia humana. Él no vio la forma como ella se defendió ni la fuerza que le brotó de lo más profundo del ser, para resistir contra aquel embate feroz provocado por un hombre perverso, ordinario y maloliente.

Él no percibió la fragancia de jazmines que era suya, que ella usaba esperando verlo para seducirlo, para encenderlo, para amarlo.

Él no vio la estampida del agresor ante la presencia y posterior escape del jinete, que en pocos segundos se encontraba lejos, huyendo del horror a la velocidad de la luz.

Para el agresor, Francesco –el jinete– se convertía en un potencial testigo no esperado. Abandonó la escena del ataque como atravesado por diez puñales, sabía lo que se murmuraba sobre él, no podía equivocarse, no podía dejar huellas de algo tan atroz, algo que hablaba de una herencia genética en su sangre, aunque eso ni él mismo lo sabía, porque él era un León Pérez a los ojos del mundo entero, a los ojos de la ley y a los ojos de su propia madre.

Francesco acababa de salvar a su mujer del vil ataque que un hombre de bajos instintos venía alimentando contra ella y para su mezquina satisfacción. Lo hizo sin saberlo ni preverlo, y por pura gracia de la hora quieta y suspendida en el instante del inicio y fin del bajo abordaje, pero haberla salvado tuvo el altísimo precio de su corazón destrozado, la confianza perdida y la deshonra ganada.

No olvide estimado lector, que un hecho de semejante

gravedad y naturaleza para los alrededores de los años 1890, es decir para finales del siglo XIX, no admitía otra calificación que no fuese deshonra.

Era de noche cuando Franchesco dejó el azabache en los establos.

–Dejaré la ropa en la caja –se dijo.

Se encontraba hambriento, destrozado y sin norte.

Con lo puesto como única riqueza, con la misma ropa desgredada que se había quitado antes de salir hacia la estancia *La Perdida* partió bajo un manto de nubes plomizas, guiado por la tenue luz de una luna escondida, mientras las fauces de una noche tormentosa como su alma parecían devorarlo.

–¿Qué nos está pasando? ¿Por qué te encuentro en otros brazos? ¿Es lo que he visto? Si, he visto claramente. ¿Cómo es posible? ¡Putá madre! Debí quedarme y pedir explicaciones. No, habría sido demasiado humillante.

Abrumado con esos pensamientos y con las fuerzas del cólera en sus venas, el amanecer lo encontró varias leguas lejos de las estancias.

El viento de fin de verano o principio de otoño que se había desatado horas antes castigaba todo a su paso, dejando la huella más siniestra que se pudiera pensar. Árboles arrancados de raíz, ramas atravesando los caminos, chapas procedentes de sabe Dios donde. La lluvia que se había precipitado densa, profusa y torrencial poco le importó, el agua no podía hacerle daño, sus ojos también eran como ríos desbordados. El puñal clavado hondo no remitía el dolor lacerante de su ser.

Leguas atrás en la estancia *La Perdida* también había arreciado la tormenta, María Úrsula, sintió frío, un frío que la inquietó y le caló profundo en lo más íntimo de sí.

–Siento tristeza... ¡Cuánta tristeza! ¡No tengo miedo pero esto

no es justo, estás lejos de mí! Estoy sola... ¡El patrón! ¡Debo cuidarme del patrón! ¿Franchesco dónde estás? ¡Ven por mí te lo ruego! Necesito estar contigo. No me dejes sola aquí. Soy fuerte y se defenderme pero no merezco el peso de esta soledad...Mataré a ese hombre si vuelve a tocarme...

Obligada a preparar y servir la cena, había tratado de disipar sus pensamientos.

El llanto del hijo clamando alimento concentró su atención fugazmente. Intentó tranquilizarse para amamantarlo pero no pudo lograrlo. Sin duda transmitió su malestar al bebé, porque este tampoco dejó de llorar. Buscaba el pezón materno con desesperación pero al prenderse no encontraba placer ni satisfacción a su demanda.

Le habló al chiquito con ternura pero sus propias lágrimas, perlas saladas y amargas, eran un freno para la calma y con voz temblorosa, en un llanto silencioso le rogó al hijo algo de paz. Lejos de calmarse, el niño lloró haciéndose oír hasta los confines de la tierra.

Con los ojos arrasados por el llanto preparó la cena. –Es la cebolla –se excusó frente al capataz. Este negó con la cabeza pero nada dijo.

Cumplió como una autómatas con sus obligaciones, con el alma rota. Por la ventana de la cocina le pareció ver en la profunda oscuridad de la noche, una gota de sangre corriendo por el cristal mojado. Un trueno fiero la sobresaltó suspendiendo sus latidos. El cielo se iluminó en rayos refulgentes y eléctricos. Temerarios. La temperatura había descendido varios grados.

Y el niño bramó una vez más, anclado en llanto.

En esas dolorosas circunstancias se retiró bajo la lluvia, aterida de frío, con el crío en brazos, protegiéndolo con ropas y trapos, presa de una gran furia porque el monstruo en forma de hombre se le apareciera por la noche. Acomodó al niño en el

camastro exasperada y aseguró la entrada con una tranca pesada. Su irritación y enfado eran más profundos que su pena. Se quitó con rabia la ropa mojada, se secó el cuerpo y el cabello deslizándolo sobre su piel desnuda. Apagó la lámpara y amamantó a su hijo. Finalmente se adormeció abrazándolo. No dejó de diluviar durante toda la noche. Noche de aguas negras, relámpagos brillantes y truenos ensordecedores.

La mañana siguiente, torturada de ira en el lecho de su corazón, habiendo dormido poco y mal, buscó con que protegerse de la lluvia helada para llegar hasta la cocina con el chiquito. Debía cumplir con sus quehaceres. ¡Qué carga tan pesada en ese escenario!

Entró a la cocina con los pies empapados y el agua subiéndole hasta las rodillas. Se descalzó, se secó un poco, se envolvió los pies con tela de arpillera, puso a secar sus sandalias cerca de la cocina a leña. El capataz le inspiraba confianza, era un hombre que se ganaba el respeto de todos, su valía humana lo ponía al frente de los demás no por la autoridad que le otorgaba su puesto, sino por su trato y honestidad.

Él ya estaba en la cocina, siempre el primero, eso le daría en adelante a María Úrsula una fuente extra de seguridad y protección, aunque estaba tan colérica contra aquel estúpido hombre (el patrón) que se sentía arrollada por un veneno capaz de llevarle a matar. Los muchos pesares de los últimos tiempos habían hecho de su persona un arsenal de pólvora lista a estallar en cualquier momento.

Ahora señores he de referirles el nombre del capataz: éste se llamaba Marcos, llevaba al cuello un pequeño crucifijo de madera enlazado a un fino cordón de cuero. Era un hombre de esos que no bien uno los conoce sabe que en ellos se puede confiar como en un padre o un hermano.

—Buen día don Marcos...

–Buen día María Úrsula –dijo –¿Cómo le amanece?

–¡Mire qué tormenta! ¿Qué me dice? ¡Vea como me he mojado, estoy empapada y muerta de frío! ¡Por Dios! –exclamaba mientras se envolvía los pies.

No quería exponer sus emociones más íntimas y trataba de hablar con naturalidad simulando que la lluvia en sí era todo un problema. La verdad era que la lluvia en comparación no le importaba para nada, demasiados eran su dolor y su enojo como para estar preocupada por tamaña nimiedad.

–Séquese, atienda a su hijo. Yo le busco un par de botas que le vayan bien. El año pasado hubo un joven trabajando aquí. Dejó sus botas. A usted pueden servirle.

Buscó en la despensa contigua y volvió con el par de botas.

Ella colocó al niño en la cuna y lo hamacó suavemente. Lo había amantado en la cama antes de salir de la pequeña alcoba y el bebé se durmió.

–Tenga, aquí tiene. Úselas siempre que haga falta como si fueran tuyas. Ahora en otoño llegan muchos días de lluvia. Empieza a llover y no quiere parar. No sé si en Italia ha de ser igual...

Sólo oír el nombre de su terruño sintió humedecerse los ojos y dejó de escucharlo.

–Gracias don Marcos –dijo con voz apagada.

Marcos miró hacia afuera por la ventana y vio una lluvia densa que le trajo un pensamiento inquietante. Ese pensamiento se le quedaría grabado en la mente durante mucho tiempo...

María Úrsula se puso el par de botas, el ambiente interior estaba seco y agradable gracias a la cocina a leña.

Preparó el desayuno a tiempo para dar el toque de campana puntualmente.

Mientras tanto estimado lector, sepa que León Pérez se había refugiado en lo de Marcelina López.

No quería verle la cara a la mujer que despertaba su lascivia en la estancia *La Perdida*, ni tampoco deseaba volver a la estancia *La Emma* y encontrarse con su madre.

Algo dentro suyo le inquietaba, tal como si su madre pudiera saber el acto salvaje que había estado a punto de cometer, tal como si su madre pudiera adivinar que unos años atrás él había desgraciado a una joven virgen por la fuerza.

—¿Te quedarás muchos días querido? Sabes, soy toda tuya, además con esta lluvia... —lo dijo usando un tono meloso que a él le repugnaba.

También le repugnaban su aliento y su compañía. Era un sádico que gozaba haciéndola llorar e implorarle que no se fuera.

A ella podía golpearla cuanto quisiera. La lastimaba de todas las maneras posibles, marcaba su piel, la humillaba en cada embestida, le decía palabras hirientes, la llamaba tonta y puta. Ella gemía y lloraba la mayor parte del tiempo pero cuando él se disponía marcharse, se arrodillaba para rogarle que se quede.

—¡Estúpida mujer! — se reía y la dejaba hecha un atado de harapos.

Esa noche le arrancó la ropa, la empujó en la cama, actuó sin preámbulos, sin caricias ni besos, con desprecio y con rabia, tal su naturaleza. Pero a la muy infeliz le gustaba así. O se había acostumbrado a tal desfachatez y destrato, a fuerza de esperar que un día él la llevara al altar.

Diez días que para ella fueron como una luna de miel y para León Pérez algo así como un escape y la oportunidad de descargar la ira y el odio que alimentaban su persona.

La dejó una madrugada sin despedirse. Cuando Marcelina López despertó supo que una vez más el sueño se había

terminado. Las campanitas habían dado las doce y ella había vuelto a perder su zapatito de cristal.

—Otra vez me ha usado —pensó. Me toma y me deja. Viene cuándo quiere. Se va cuándo le place. Me hace su mujer ¿Qué quiere este hombre? ¿Qué soy para él? ¿Por qué no me pide en matrimonio? ¡Si supiera que ya he cosido mi vestido de novia!

Hacía muchos años que su vestido blanco dormía un sueño apacible dentro de una caja forrada con paño azul.

León Pérez se fue derecho a la estancia *La Emma*, le faltó coraje para ir a *La Perdida*.

—Si veo a esa mujer me vuelvo loco, no respondo de mi, puedo hacer una barbaridad adelante de cualquiera y voy a terminar entre rejas —se dijo a si mismo.

La retirada fue una tregua también para María Úrsula. Ella aún esperaba a su esposo y se refugiaba en el amparo y seguridad que le daba saber cerca a don Marcos. Cada día que pasaba le agradecía a Dios que ese hombre estuviera allí para protegerla del monstruo que podía aparecer en cualquier momento. Todavía no conocía la razón por la cual Franchesco no venía por ella.

Mi generosidad es tan ilimitada como el mar, mi amor tan profundo. Cuanto más te doy más tengo, pues ambos son infinitos. Eterno, eterno Shakespeare.

Iluminaban aquellos recitados en su memoria, las mieles amargas de tan duras noches. De tan duros días. De tantas soledades.

Llegada a la estancia La Laura

Cubierto de aguas de pies a cabeza avistó la tranquera. Las primeras luces del día lo encontraron en ese punto remoto. Se adentró por la avenida interior que conducía a la construcción principal. Una calle menor atravesaba el camino formando una T. Su cruce daba con una portezuela baja que cerraba el cerco de ligustros. Antes de golpear las manos alcanzó a divisar el pinar imponente, detrás de la casona de planta cuadrangular.

A su llamado y bajo una lluvia tenaz atendió la dueña de casa, doña Dolores, extraordinaria mujer de contextura pequeña, modales afables, profunda religiosidad y devoción a los desposeídos.

Nadie que pasara por allí con alguna necesidad se iría con las manos vacías, siempre se daba albergue a los trotamundos.

Ella quedaba a cargo de esa propiedad, herencia de su familia paterna, cuando su esposo atendía los negocios familiares en Buenos Aires.

—¡Dios sea loado! Buen día si es que se puede decir buen día con semejante temporal. Veo que busca refugio señor.

Ella se protegía con una capa debajo del porche e invitaba al forastero que se aproxime con gestos de llamada para poder escucharlo. Corazonada de encontrarse frente a un hombre necesitado de amparo.

—¡Disculpe señora! —exclamó Franchesco en un español precario.

—¡Busco trabajo, lo que sea, anduve toda la noche y el

camino me trajo hasta aquí.

Hablaban a los gritos, desde cierta distancia, ella bajo el porche gesticulaba a la vez que lo interrogaba y trataba de entenderlo. Los relámpagos seguidos de truenos y la lluvia borboteando a torrentes hacía compleja aquella comunicación.

Franchesco permanecía detrás de la portezuela, a unos tres metros de la propietaria. Esta se encontraba siempre al tanto de todo lo que ahí sucediera.

El capataz interrumpió el diálogo, recién llegado montando a caballo, abriéndose camino por otra callejuela interna de la propiedad, procedente del este, del lado en que se encontraba el caserío de la peonada y comprendiendo el cuadro se dirigió a la patrona.

—Quédese tranquila doña Dolores, vaya nomás, yo me ocupo —y girando su rostro hacia Franchesco le dijo:

—Sígame —e hizo un ademán con su cabeza, indicando a dónde se dirigían.

La señora se internó en la casona, agradeciendo al encargado. Pidió una bendición para ese pobre Cristo y para todos los trotamundos que en un amanecer como ese, no tuviesen un lugar donde recalar a reponerse con algo caliente. Se persignó y se quedó viendo el cuadro tras los cristales de la puerta ventana.

Las comodidades del caserío eran muy superiores a las que conoció en las estancias *La Perdida* y *La Emma*, no sólo contaban con habitaciones más amplias, sino también tenían una sala principal para compartir juegos de naipes, rondas de mate o fogones de canto y guitarra por las noches.

Un corredor perimetral de buena construcción nucleaba todas las dependencias, con tapialados y ventanales abiertos.

Franchesco se cambió la ropa por una muda seca y limpia, desayunó y contó parte de su historia. Necesitaba desahogarse, sacar afuera algo de ese volcán que hervía dentro

suyo, amenazando convertirse en una erupción de proporciones siderales si no lograba contenerse.

—Está en *La Laura* amigo, desembuche que acá no somos palomas.

Se sentía solo y esos hombres desconocidos de pronto se le hacían amigables y le daban la confianza que necesitaba para ganar algo de alivio. Después de un breve silencio habló bajo la atenta escucha de los otros.

Al cabo de un rato, tras su relato se hizo un silencio pesado. Sólo se escuchaba el sonido trepidante de la lluvia que borboteaba sobre el techado de chapa.

Los hombres acababan su mate cocido, paladeaban la galleta untada con manteca casera y mermeladas, o se servían otro jarro. Disponían de tiempo porque la lluvia no cesaba.

El cocinero espolvoreó harina sobre el mesón y empezó con el ritual de la masa para las tortas fritas, infaltables para un día como aquel.

Cambiaron de tema para superar la incomodidad que de súbito los había alcanzado a todos como una quemazón inoportuna, a fuerza de algunas bromas.

Para Franchesco el infierno se había abierto bajo sus pies.

Los días transcurrieron con pesar y desolación, era el primero en comenzar la rutina, el último en abandonar su jornada diaria, hacía lo imposible por evitar pensar, —*cuánto mas ocupado mejor*— se decía.

Las noches eran amargas, densas, daba vueltas, transpiraba, tomaba frío, se quemaba por dentro. No dejaba de pensar, no paraba de pensar, su mente lo llevaba al pasado. El presente lo estaba destrozando sin piedad.

María Úrsula, Maru.

Cuatro años antes, en Santa Sofía d'Epiro...

Franchesco contaba con veinticuatro años de edad. Procedente del norte de Italia, llegó con los bolsillos llenos de moneda fuerte que su padre le había dado como adelanto de su herencia. Pensaba adquirir tantos terrenos como le fuera posible para ponerlos a trabajar. Al norte se cultivaban cereales en abundancia, dando lugar a la producción de toneladas de harina por año, y consecuentemente la elaboración de pastas frescas en las cocinas familiares era lo habitual. Las mujeres se pasaban recetas increíbles de salsas y platos, aunque algunas se guardaban algunos secretos que nunca revelaban, con el fin de competir a cual tenía mejor mano para la masa, o simplemente por puro ego.

—Esto es el sur —se dijo.

Era mayo, mediados de la primavera europea, y el aire del mediterráneo por la mañana traía su propia brisa. Se sentía completamente optimista, a la vez que se contagiaba del clima festivo que se apreciaba en las calles.

Las niñas llevaban pañuelos tricolores en verde, blanco y rojo, camisas blancas y polleras acampanadas. Maru bajaba de la montaña del brazo de su madre, detrás venían tres niños que unos meses atrás habían recogido de la *strada* en estado de total abandono. Los habían ubicado en las *abitazioni* desocupadas de la casa porque Maru compadecida de ellos le había implorado a su madre no dejarlos seguir en la calle para vivir de la mendicidad sufriendo desprotección y desprecio.

—Madre te lo pido con respeto, pero mi ruego no admite una respuesta negativa. Los niños vivirán en nuestra casa— había dicho a su madre con determinación entonces.

La delicadeza de su apariencia, su palidez y sus rasgos finos, contrastaban con su espíritu enérgico y decidido.

Ella llevaba una preciosa sonrisa en su rostro oval de tez

muy blanca, salpicada de algunas pequeñísimas pecas rosadas. Los ojos parecían transparentar un alma delicada y frágil. Eran sus ojos o era la forma como parecía refugiarse en su madre, moldeándose de costado hacia ella, tal como si pidiese que nunca las separasen. A él le inspiró algo parecido a la ternura, pero tal vez le inspiró algo más profundo y no supo darse cuenta qué era, no en ese momento.

De buena gana les hubiera interceptado el paso para ofrecerles compañía pero desistió de una idea tan osada siendo un desconocido para ellas.

Estaba sentado bajo un árbol frondoso. Ese día el sol bañaba las colinas y las casas de piedras dispersas entre calles angostas y serpenteantes.

No sabía con certeza dónde se dirigía, tenía salud, dinero y tiempo para estudiar sus posibilidades, pero quiso saber más de ella, como movido por una fuerza desconocida las vio pasar y nada más eso, dejó transcurrir unos pocos momentos, se puso en pie simulando buscar algo en sus bolsillos, se despeinó el pelo con una mano y comenzó a caminar en la misma dirección que las mujeres, escoltadas por los tres niños.

Al cabo de unos quince minutos la imagen de la catedral construida sobre piedras, que emergió a su vista lo conmocionó sobremanera por su exquisita sencillez. La arquitectura bizantina era la estrella en casi todas las iglesias de Italia y no debería haberse sorprendido puesto que ya tenía en su retina magníficas e imponentes construcciones de antiquísima data, pero no pudo evitar sentir que le faltaba el aliento y exhalar una expresión de asombro ante esa cálida visión.

—¡Santa Madonna qué arquitectura tan sencilla y pintoresca! — se dijo.

Misteriosa, construida y revestida en piedra, no pudo menos que caminar sin control de su persona y adentrarse tras las mujeres que sin saberlo ellas, hasta allí lo habían conducido.

Se sintió verdaderamente sobrecogido en aquel lugar casi íntimo.

Ellas se arrodillaron y los niños –Leonardo, Gino y Doménico– también.

Él se mantuvo de pie.

Maru daba gracias a Dios por tener ya los niños en casa, recordando el dolor que sintió cuándo los había visto tan pequeños y desamparados en la *strada*.

–Madre por misericordia de Cristo llevémoslos con nosotras te lo ruego –había enfatizado mientras los veía pedir limosna–. Tenemos sobradas comodidades en la casa como para que estos niños vivan de esta manera. No podré tener paz sabiendo que ellos duermen a la intemperie.

Había sentido empatía por ellos de tan solo imaginar lo duro y difícil que sería vivir en esas condiciones miserables que los *bambinos* comunicaban con sus miradas suplicantes y brillosas.

–No me pidas eso hija, sabes que desde que murió tu padre no cuento con los ingresos suficientes. Piensa que tus hermanos no lo aprobarán.

–¡Por favor madre, te lo suplico, en casa han quedado las *abitaciones* de mis hermanos mayores, yo te ayudaré con la pasta seca que le vendemos a doña Josefina en su almacén, me quedará una hora más cada noche o el tiempo que sea necesario para ayudarte! Te lo pido con respeto, pero mi ruego no admite una respuesta negativa. Los niños vivirán en nuestra casa. No es posible que siendo tan pequeños...

–¡Maru me dejas sin palabras, a veces pareces mayor que yo con tus ideas! Prometo que lo hablaré con Dante, sabes que tu hermano está muy ofuscado con todo esto del reino unido de Italia y las miserias que ello ha traído a esta parte del país. Él también es sentimental y tal vez se apiade y comprenda que podemos dar albergue a estas criaturas de Dios. Por cierto

Maru, en mi *cuore* también queda amor para dar y me sentiría mejor si Dante aprueba tu idea.

–¡Gracias madre! prometo pagar con mi trabajo el pan que ellos se lleven a la boca y lo haré con mucho gusto.

Con esos recuerdos elevaba sus plegarias al Altísimo.

Los pobladores comenzaban a congregarse. Era mayo, día de la festividad de San Atanasio el Grande, Patrono del poblado. Las diez campanadas marcaron el inicio de la celebración solemne.

En primer lugar entraron los niños monaguillos (los pequeños monjes), el primero de la hilera llevaba la Santa Biblia en alto. Lo seguían media docena de niños más pequeños. Detrás encabezaba la procesión el Obispo que portaba un Crucifijo y lo secundaban otros Sacerdotes Ministros y Apóstoles que cantaban y recitaban la misa en latín.

Los laicos imitaban a los Sacerdotes o eran inducidos por los gestos de éstos a ponerse de pie, sentarse o arrodillarse. La mayor parte del tiempo debían permanecer arrodillados.

Al término el Obispo bendijo a los congregados y los despidió en la Paz del Señor.

A la salida del templo la banda de músicos del pueblo formó un cordón haciendo sonar sus estridentes instrumentos y el gentío comenzó a dar rienda suelta a sus ánimos con tarantellas y otros bailes típicos. La tarantella es una danza que tomó su nombre en el medioevo, cuando los recolectores de hortalizas que eran mordidos por arañas venenosas –tarántulas según se creía y de allí el nombre– se veían obligados a sacudirse de mil maneras para expulsar la ponzoña, (con el tiempo se supo que la tarántula de la región no es venenosa).

En medio de toda esa gente danzando frenéticamente, prendiéndose de las manos y dando choques a uno y otro lado, con los colores verde, blanco y rojo destacándose en todas las direcciones, Franchesco perdió de vista a la joven que lo había

cautivado y que había despertado en él, ese impulso inexplicable y desconocido de ir tras ella.

Cuando la festividad centrada en las danzas al aire libre, fue dando paso a otras actividades más tranquilas, los lugareños se fueron agrupando sobre el césped de los parques linderos. Lo hacían por separado, hombres y mujeres. Los niños correteaban por doquier bajo el cuidado colectivo de las madres, hermanas o tías.

Franchesco comenzó a moverse, observando con disimulo entre los grupos de las damas, para dar con ella y verla, finalmente, en medio de ese enjambre humano.

Rogó porqué la orquesta no reiniciara los acordes que pudieran dar lugar a otros bailes, temía perderla de vista nuevamente. Sin embargo contra lo que él deseaba, instrumentos y palmas comenzaron a ensordecerlo y antes de darse cuenta, un par de manos atrapó las suyas y lo arrastraron al centro de las pistas improvisadas. Brazos de gentes desconocidas se enredaron con los suyos por derecha e izquierda y en un instante lo tenían danzando, con sus tradicionales patadas a uno y otro lado de manera conjunta. Los hombres de brazete avanzaban hacia las solteras, que agrupadas de igual modo, retrocedían o avanzaban hacia ellos, en un juego de provocación y escape, golpeando las panderetas en sus hombros y caderas.

Claro que a él ese juego le gustaba y mucho, la *ragazza* que lo había atrapado no le sacaba los ojos de encima y no perdía oportunidad de rozarlo en cuanto podía. Quedó aprisionado en ese alegre devenir de cuerpos cimbreantes hasta que la joven mujer le aferró las manos y lo quitó de allí apartándolo por completo, a la carrera, perdiendo ella en el escape la pandereta y el decoro.

Aunque un poco sorprendido se vio compelido a seguirle el tren hasta que exhaustos por la corrida se dejaron caer a la

sombra de la catedral por la parte trasera y ella lo condujo a una especie de escondite entre columnas y paredes, donde acabaron teniendo sexo libre, –*Cual total herejía por el lugar impropio* –pensó en algún momento Franchesco.

El sabía de su ascendiente hacia las mujeres. Sus rasgos atractivos y varoniles, la piel bronceada en los últimos días de verano, sus ojos penetrantes, el cabello lacio y rubio y una anatomía poderosa, de espaldas anchas y cintura pequeña, sumado fundamentalmente a todo ello, una actitud cautivante, capaz de confundir a muchas, tanto provocativo como inocente (mitad demonio, mitad ángel le había dicho una *donna*) eran un cóctel mortal para más de una.

Se relacionó con cuántas quiso desde sus 14 años. Se inició a la usanza de sus congéneres en el pueblo, con la cortesana mas renombraba en las artes del sexo, a quien llamaban La Mesalina, recordando las incontables infidelidades y los numerosos amantes de la Mesalina, esposa del antiguo emperador Claudio. La experiencia le resultó desagradable y repulsiva, no obstante era riguroso pasar por esa situación para sacar chapa de hombre hecho y derecho y como todo muchacho viril, acertó pasar por las manos expertas de la susodicha, para salir campante a la calle y recibir la ovación de los muchachos mayores que él, que lo levantaron en andas y lo pasearon por las callecitas más transitadas de su poblado en el Véneto.

Al respecto recordemos que por esos años Italia soportaba un doloroso proceso de unificación, Víctor Manuel II en alianza con Otto von Bismarck, ministro presidente de Prusia, lograron anexar el Véneto en 1.866, que hasta entonces era controlado por Austria.

Retomando el hilo de nuestra historia, les cuento que después de la Mesalina, siguieron mujeres que él eligió y mujeres que lo eligieron a él. Ninguna relación lo

suficientemente seria, que lo hubiera llevado a las glorias y los deleites del amor.

Lo ocurrido tras los paredones de la catedral sería una anécdota más, para agregar a sus memorias u olvidar tan pronto y fugazmente como el vuelo de una mariposa.

La *ragazza* (sumamente atractiva y muy segura de sí, con excelentes formas, voluptuosa e iluminada por unos ojos negros de mirada terriblemente seductora) no pensaba lo mismo, ese hombre la había atraído particularmente. Para ella no sería una anécdota más.

Él en cambio ya solo y acallados los ánimos del gentío recuperó el recuerdo de la chiquilla qué por la mañana le despertó emociones desconocidas, mezcla de deseos y ternuras e impulsos de sobreprotección y ganas de conocerla.

Trató de orientarse hasta encontrar el punto por dónde la vio bajar y comenzó a ascender cuesta arriba con la esperanza de hallar algo que lo condujera directo hacia ella, pero ¿Qué?

De camino por la calle *Contrada Arlino* vio un hotel acogedor, el *Vía Reggia* y decidió hospedarse.

Tomó un baño y al cerrar los ojos le pareció verla. Deseó saber su nombre. —¿Dónde estás?, ¿Dónde?, ¿Quién eres?, ¿Por qué me has impactado así?, ¿Por qué mi necesidad de protegerte?, ¿De qué?, ¿Qué extraño sentimiento se ha hecho vívido dentro de mí, sin siquiera conocerte? Lo tuyo para conmigo es una fuerza invisible que me tiene enlazado a ti.

Recreaba en su mente la forma como la joven parecía apoyarse —moldearse— sobre el cuerpo de su madre y él se estremecía en una sonrisa plena.

Revivió un sin fin de veces la imagen que tanto lo atrajo, que le traspasó la piel y que se le metió en las venas, en los pensamientos, y en lo más profundo y recóndito de su ser.

Un día me di cuenta que habías entrado en mi vida, desde ese

momento no pude dejar de pensarte escribió con tinta y con alma veinte días después.

Una mañana mientras desayunaba, ocurrieron varios pequeños milagros:

El primero de ellos fue que la vio pasar tomada del brazo de su madre, el corazón se le desbocó, dejó la mesa y salió a la calle. Los niños las acompañaban (él creyó que eran los hermanos menores).

El segundo pequeño y gran milagro fue que las miradas de los dos se encontraron y una corriente invisible como tejida por hilos de plata, pareció conectarlos.

El tercer pequeño milagro fue interceptar al grupo haciendo una reverencia cuál si estuviera en presencia de una reina, una princesa y tres principitos, inclinando la parte superior de su cuerpo y retirando la pierna derecha de modo que la arrastró por el suelo, extendiendo su mano izquierda, saludando con una exclamación:

–iBuongiorno signora, buongiorno ragazza, buongiorno bambini!

El cuarto pequeño milagro fue la risita cómplice de todos, el nuevo cruce de miradas profundas entre los dos y la sensación mutua de conocerse.

El quinto pequeño milagro fue que la madre aceptó que los acompañase.

Ya había comenzado el otoño con sus vientos amarillos, pero el alma de Franchesco se sentía cual si fuese perfumada primavera.

–Me llamo Franchesco Di Mastro Pietro señoras –se presentó, sonriendo.

–Encantada –saludó Pabla, la madre, con gesto solemne.

–Hace algo más de veinte días que he llegado del Véneto y me encuentro subyugado y enamorado de estos parajes...

–Nos apellidamos Di Rozzi –interrumpió locuaz la señora

mayor.

–Es un gran placer conocerles.

–Ella es mi hija María Úrsula. Le llamamos Maru –agregó con una enorme sonrisa y mayor orgullo que no disimulaba. Era evidente que su hija era su más grande tesoro y su más acabada completud como madre después de haber criado seis hijos varones mayores.

–Ay madre, madre, deja que el señor pueda hablar por favor, no le interrumpas –terció Maru al tiempo que soltaba una risita nerviosa.

–A los niños los hemos recogido de la calle y ahora son parte del clan Di Rozzi –continuó Pabla, ignorando el comentario de la hija.

Esa circunstancia conmovió y agradó a Franchesco sin imaginar que la ideóloga de una obra de misericordia semejante había sido ella justamente, la niña de rasgos trazados a fino pincel.

–He llegado al poblado el día de las festividades patronales.

–¡Nuestro San Atanasio Il Grande! –volvió a interrumpir la madre–. ¡Nuestro Santo Patrono queridísimo!

La charlatanería de la madre parecía de nunca acabar, pero eso lo complacía sobremanera porque le permitía tenerla cerca por fin y era su oportunidad de conocerla, razón por la cual se había quedado enraizado en Santa Sofía d'Epiro.

Como resultado de tanta *conversazione* pudo saber que Maru había sido la mediadora en favor de los niños, lo cual le mostraba de ella un alma cristalina como el agua de un manantial y lo conmovía profundamente. Cada palabra que la madre ponía en su boca para hablar de Maru le tocaba las fibras más íntimas.

Luego vinieron trivialidades al sonsonete de la *signora*, quién no perdió ocasión de sonsacarle información que iba

mucho mas allá de lo superficial. Ella no era tonta y había captado desde el primer momento el interés manifiesto del muchacho hacia su hija, por lo tanto quería asegurarse que no se tratara de un mal partido –máxime cuando el sur venía sufriendo una estrepitosa caída económica y su reciente viudez la tenía con el Jesús en la boca sobre el futuro familiar.

Cuando llegaron a la casa donde iban de visitas, la casa de la tía Victoria, Francesco ya se había ganado la aceptación de Pabla, la atención de Maru y la curiosidad de los niños.

Sabía donde vivían y prometió pasar a ver esas tierras que estaban a la venta colina arriba, cerca de la propiedad Di Rozzi.

Todo ha sido un conjuro del destino, verte, prendarme de ti, seguirte a todas partes, buscar tu compañía, conocerte, querer amarte siempre. No he visto antes mirada más preciosa que la tuya. Ni he sentido gozo mayor que el de tu voz cerca de mí. Tu sonrisa me ha encadenado locamente.

¿Qué daría por una noche envolviéndote en mis brazos? ¿Qué daría por una vida entera junto a ti?, escribiría luego.

Attracción mutua. Evocaciones

Franchesco apretó el puño, lo levantó y lo sacudió con sentimiento de triunfo, sintiéndose feliz.

En casa de la tía Victoria –hermana de la viuda Di Rozzi– los niños fueron convidados con dulces y jugaron en los *giardinis*, mientras la conversación de las mujeres giró en torno al encantador visitante de Santa Sofía d'Epiro interesado en comprar tierras en la región.

–¿Y qué te ha parecido a ti, Maru? –preguntó la tía.

Maru se encogió de hombros, sin decir palabra. Fastidiada.

–¡Vamos Maru, responde! ¿Qué te ha parecido el muchacho? –inquirió la madre.

–¿Es que te han comido la lengua los ratones? Dinos si te ha parecido apuesto al menos niña –insistió la tía.

–No me gusta lo que están pensando –dijo. No lo conozco, no sé nada de él, tengo 14 años pero me doy cuenta que ya quisieran verme comprometida con el primer desconocido que ostente un buen pasar. Perdóname madre y tú también tía, perdóname... pero no estoy interesada en seguir con esta conversación. Les ruego comprendan lo que les estoy diciendo. ¿Dónde están mis primas? Preferiría caminar con ellas y conversar en el jardín mientras ustedes discuten sus asuntos.

–Búscalas en sus habitaciones, conoces la casa, no hace falta que yo te acompañe –respondió la tía mientras guiñaba un ojo a Pabla dando a entender que no tenía caso insistir acerca del forastero por el momento.

Maru se alejó de las mujeres mayores en busca de sus primas pero de pronto se sintió confundida, al caer en la cuenta que estaba pensando en él. Tampoco era fácil saltar del mundo real al mundo de las princesas de los cuentos. No sólo él le había agradado, sino que la había inquietado, dejándole el corazón invadido de emociones desconocidas, el cuerpo alivianado, con la sensación de flotar en un sueño y la mente inundada de su luz, su alegría y su imán irresistible.

Contaba con pocos años de edad, pero los suficientes para sentir bullir su sangre en las venas. Ciertamente su desarrollo físico iba acompañado de los cambios propios de una niña transformándose en una flor primorosa a los ojos de los demás.

Al reunirse con sus primas se abrazaron y besaron, y juntas salieron a pasear por el jardín conversando alegremente, dado que desde muy pequeñas compartían momentos de juegos y conocían sus intimidades. Se contaban lo que pensaban y lo que les pasaba a cada una. Gracias a ellas Maru fue conociendo los secretos de su cuerpo en esa etapa de su vida.

—¿Ya tienes la regla primita? —preguntó Priscila—. Sabes que es algo que nos sucede a todas. Cuidado, que no se te acerquen mucho los hombres porque puedes quedarte embarazada. Aunque tampoco conoces más hombres que tus hermanos...

La ocasión se prestaba para contar que acababa de conocer uno muy interesante pero guardó silencio al respecto. No les habló del muchacho.

Al cabo de un rato se reunieron con Pabla y Victoria para tomar el té. Las mayores seguían platicando sobre los problemas de la economía y los malabares que tenían que hacer para salir adelante.

Finalmente se despidieron y tomaron el camino del

regreso. No se mencionó el nombre de Franchesco dado que Pabla conocía muy bien a su hija. Mientras los niños correteaban y arrojaban piedras por el sendero, ellas conversaban animadamente, pero Maru no podía evitar un pensamiento que comenzaba a invadir su espacio interior y su mundo más íntimo: Franchesco.

Sus sueños esa primera noche lo tuvieron presente en la forma de distintos animales hermosos: un perro de pelaje dorado y un caballo blanco. Ella quería alcanzarlos, pero debía correr para lograrlo. El perro de pelaje dorado se perdía de vista. Al darse la vuelta lo tenía detrás suyo. Despertó de sus sueños. Cayó en otros sueños profundos. Paseaba sobre el lomo del caballo blanco. Cruzaban praderas a pasos veloces, caían y rodaban. Despertó aturdida pensando en él. Quería verlo, escucharlo, saberlo cerca. Se preguntó que significarían esos extraños sueños.

Ayer no sabía que este hombre existía. Hoy este hombre completaba cada lugar de su alma, estaba en sus pensamientos, en sus deseos y en un despertar secreto de impulsos nuevos.

Tras la muerte de su padre los hermanos llevaron el control de sus tierras, se vieron obligados a malvender la mayor parte de las propiedades que los Di Rozzi habían ostentado por generaciones. Las ganancias no alcanzaban para solventar su mantenimiento, la producción era cada vez más escasa.

Los tres mayores buscaron mejorar su situación en el norte de Italia donde la revolución industrial acaecida en las décadas anteriores que fue dando lugar a nuevas clases sociales como el proletariado –compuesto por los campesinos pobres– y la burguesía –representada por la población acomodada– había impactado a su favor. El norte comenzaba a beneficiarse, el sur se empobrecía.

–*Buongiorno. ¿Cómo estas hija?*

–Madre me siento confundida. No tengo deseos de

hablar, te ruego me comprendas.

La madre miró a su hija, se tomó el mentón, quedó en silencio, luego habló.

—Tú no me engañas hija. El muchacho te ha gustado. Sé que no quieres hablar, que es pronto, que no lo conocemos, que soy una mujer ansiosa y entrometida. No lo niego, soy así no puedo evitarlo. Pero puedo darme cuenta qué el joven te ha gustado. Puedes hablarlo conmigo si quieres. Lo sabes.

—¿Piensas que vendrá para ver las tierras de don Fortunatto?

—Vendrá —dijo—. Estoy tan segura de eso como que me llamo Pabla. Vendrá y buscará excusas para seguir viniendo. Vendrá.

—¿Por qué piensas que buscará excusas?

—Porqué no querrá mostrar sus intenciones en forma apresurada, tu le gustas. Pensará que a tus hermanos y a mí pueda no agradarnos su urgencia, imagínate, ya estás en edad de merecer pero un caballero debe guardar las formas, debe tomar cierto tiempo antes de declararse seriamente interesado en una muchacha.

—No sé madre. Creo que nos estamos apresurando. No quiero seguir hablando de alguien que tal vez nunca volvamos a ver. Puede que yo no le guste o ya no quiera conocerme.

—¡Ah! —desechó la idea, hizo un ademán sacudiendo hacia atrás una de sus manos en alto, a la altura de su propio rostro—. Eso no es posible, ni lo pienses querida, tu le has gustado, eso a mí no se me escapa.

—¡Madre! —de pronto Maru comenzó a sollozar y se aferró a ella—. ¡Tengo miedo!

—¿Miedo?, ¿Miedo de qué *bambina*?, ¡Nada es más lindo que tener 14 años de edad, ser una niña bonita y...

La madre se interrumpió para agregar

—¡Me casé con tu padre cuando tenía 13! ¡Para cuando

tenía tu edad yo estaba cerca de dar a luz a tu hermano Fredo! ¡Y eso sí que me daba miedo! ¡Alumbrar un hijo me daba miedo y he tenido siete contigo!

De pronto la hija se volvió más realista que la madre, más lúcida, más perspicaz. Su tono de voz fue sombrío.

—Madre...yo he escuchado las conversaciones de mis hermanos. Ellos dicen que las cosas van mal, que la tierra no da, que el sur se muere. ¿Qué pasará con nosotros?

—Calla niña, por amor de Dios no vuelvas a decir algo así. Tus hermanos exageran. Además una mujer no debe preocuparse por esas cuestiones. Esos son temas de hombres. Tú has visto que yo los escucho pero callo, no digo nada. Las cosas se pondrán bien. Y deja que te cuente un secreto:

Yo creo aquí en mi pecho —golpeaba con el puño cerrado sobre su propio corazón y repetía —creo que tus hermanos no saben hacer buenos negocios, tu padre los hacía muy bien y ellos confiaban en él, por eso no aprendieron, crecieron a la sombra del viejo y resultaron ser unos pelandruses. El señor Franchesco parece ser de quienes saben hacer buenos negocios Maru, ven sígueme.

Maru se levantó de su silla y siguió a su madre, quién dirigiéndose al jardín trasero buscó una flor roja, una rosa roja, la cortó y la dio a su niña con el gesto de quien hace una declaración solemne y trascendente, los ojos muy abiertos, la voz un susurro: tu padre me regaló una rosa roja cuándo me besó la primera vez, me pidió que guardara el secreto, tu sabes que una flor de este color significa que hay un secreto entre quién la ofrece y quién la recibe. Me dijo que mientras supiera guardar un secreto sería muy feliz. Pues ahora yo te contaré mi secreto y tú lo guardarás. No siempre me he sentido feliz. Muchas veces tuve miedo, como tu ahora, pero quise fervorosamente que mi familia lo fuera, y para que mi familia pudiera ser feliz yo tenía que mostrarme feliz y es lo que hice.

Ya nada puede cambiarme. ¡Al mal tiempo buena cara! ¡Olvida las conversaciones de tus hermanos, aparta esos negros pensamientos y dibuja tu preciosa sonrisa todos los días! Y esa será siempre tu receta de la felicidad.

Las dos se abrazaron muy fuerte, se besaron a ambos lados de la cara disponiéndose a comenzar con sus tareas del hogar, cocinar, lavar la ropa, cuándo escucharon que al frente de la casa golpeaban las manos.

—*Buongiorno! ibuongiorno!* —saludaba alegremente Franchesco, transmitiendo con la voz y los gestos, su contento. Su sonrisa encadenaba el alma de su destinataria, él lucía verdaderamente cautivante, llevaba camisa blanca y pantalón claro, el contraste de su piel dorada, sus ojos tan profundos y azules ¡y esa mueca!

—*¡Qué preciosidad! ¡Él es una obra maestra de la naturaleza! ¡Es hermoso! Hermoso.*

Ella misma se escandalizó de sus propios pensamientos.

Él pareció leerle la consciencia, supo que la había impresionado. Pudo imaginar a Cupido y ver el lado izquierdo de Maru borboteando su sangre, el corazón de la niña abierto por el dardo certero del ángel regordete.

Las mujeres acudieron hasta el portal para saludarlo. Franchesco se mostró encantado y refirió que se dirigía a conocer las tierras que don Fortunatto tenía a la venta.

Sabía que las cosas no andaban bien en el sur, su naturaleza optimista (como resultado de quien naciera en cuna de oro) y su atracción por María Úrsula, lo cegaron.

Pocos días después pagó una pequeña fortuna por las tierras de don Fortunatto, tierras ya improductivas por la siembra continua y solada por la miseria que se venía cerniendo sobre los cielos de aquellas latitudes. Un ave negra aleteó cuando se ultimaron los papeleos. Franchesco vio el batir de aquellas alas oscuras y un mal presagio se le cruzó por

la mente, pero rápido sacudió la cabeza, se enredó el pelo con la mano y lo sacudió al viento, quizá intentando alejar ese hechizo, echó la cabeza hacia atrás, respiró hondo y sonrió – *tonterías*– se dijo.

A poco de haber concretado la onerosa paga, saludó al Juez de Paz y a don Fortunatto (quién acababa de hacer el mejor negocio de toda su vida con la venta de esos suelos). Después de un fuerte apretón de manos a cada uno, le palmeó la espalda al vendedor y con el boleto de compra de los terrenos se dirigió a la propiedad Di Rozzi.

El llevaba tres meses desde su llegada a Santa Sofía, golpeó las manos tal como era su costumbre y saludó con la jovialidad y simpatía que lo caracterizaban. Desde su primera visita a la casa había vuelto cada día, acogido por la madre de la joven como si su casa fuese visitada por el mismísimo rey Víctor Manuel II, primer rey de Italia, hijo primogénito de Carlos Alberto I, rey de Piamonte–Cerdeña y de María Teresa de Habsburgo.

Sus visitas eran breves, a veces les aceptaba una limonada o un té, intercambiaban algunas pocas palabras, Pabla le ponía al tanto de las novedades del lugar y él le preguntaba sobre cuestiones de su interés relacionadas especialmente con las labranzas.

Las miradas entre los jóvenes hablaban su propio lenguaje pero él no se adelantaba. Un manto de silencio cerrado cubría esos momentos irrepetibles y únicos.

Antes que nada quería hablar con Dante.

Aquel día las mujeres salieron al pórtico como de costumbre. Pabla no disimulaba su interés de que el muchacho se convirtiera en su yerno en tan breve tiempo como fuera posible. Eso era algo que rayaba con lo repugnante pero se licenciaba por el interés cierto y genuino que su hija alimentaba hacia Franchesco.

—Acompañenme y no hagan preguntas —les dijo.

Él había concretado la compra de un coche antes de finiquitar los asuntos de los terrenos y las sorprendió sin previo aviso:

—Suban —invitó— y abrió la portezuela, pasando primera la madre y luego la hija. El asiento delantero estaba diseñado para llevar tres ocupantes, por lo tanto quedaron ubicados Franchesco, Pabla y Maru.

El sonsonete de Pabla era particularmente insoportable ese día, tal era su propia euforia, no obstante la algarabía de los tres, todo lo atenuaba. El paisaje otoñal en Santa Sofía era de una belleza singular, con los follajes arbóreos cubiertos de una mezcla de colores amarillos, marrones y rojizos. Las colinas y sus ondulaciones presentaban una variedad extraordinaria de tonalidades, cual si por allí se hubiesen deslizado las acuarelas de los máximos exponentes del arte renacentista: Da Vinci, Miguel Angel o Boticelli.

El primer destino del paseo fue la Catedral, aquella que lo había admirado y maravillado el día que vio a Maru por primera vez y a su arribo detuvo el coche, bajó para abrir la portezuela a sus acompañantes, ofreciendo su mano a las damas para ayudarlas a descender.

Maru se sentía confundida, ilusionada y curiosa. Perpleja presintiendo que este sería un día trascendente para ellos dos.

Se dirigieron a la nave central, ellas se arrodillaron en los bancos de atrás para hacer sus oraciones mientras él, con una de sus manos tomándose el mentón y la otra detrás de su espalda hacía un pequeño recorrido por las estaciones de la pasión del Señor.

—Vengan, quiero mostrarles algo —les dijo— y las condujo hasta la primera fila de bancos. Allí señaló el altar sonriendo.

—Desde aquí se ve muy bonito pero falta algo muy importante, faltamos Maru y yo frente al sacerdote,

contrayendo nupcias –bromeó.

Maru sintió que una especie de electricidad recorría su piel, a la vez que sus piernas temblaron y su corazón dio un vuelco que le quitó el respiro por un momento. Su ritmo respiratorio se aceleró. Sus ventanas nasales se dilataron. Olió un perfume bellísimo procedente de un ramo de jazmines. Por un instante creyó que perdía el equilibrio y podía caer desvanecida. Enamorada.

Para romper la tensión creada por él mismo, Franchesco ensayó algunas otras bromas y las tomó a cada una por un lado, arrastrándolas fuera.

Pabla, satisfecha por los dichos en tono de bromas, pero dichos al fin, intentó encontrar la mirada de Maru, pero ésta la evitó.

El paseo se completó recorriendo los pueblos cercanos de Luzzi y Aciri, tan bellos y majestuosos en su postal de otoño como la misma Santa Sofía. Tras una breve parada para cenar en una hostería campestre donde les ofrecieron, lo que se dijo ser, la mejor pasta de la Calabria, iniciaron el retorno. Las agujas del reloj indicaban las 7 PM y ya había oscurecido. Unas horas más tarde llegaban a la propiedad Di Rozzi.

Antes de despedirse Franchesco deslizó algunas cuestiones:

–Dígame Pabla ¿Cuándo puedo encontrar a los hermanos de Maru? ¿Cuándo podría hablar con Dante? ¿Dante es el mayor de los que están aquí en el sur, verdad? ¿Fredo, el mayor, estará ausente por mucho tiempo, cierto?

Ante las preguntas que el muchacho largó como un derrotero, Pabla no pudiendo contenerse afirmó que para lo que fuese que él quisiera hablar con sus hijos, no hacía falta demorar o esperarlos, y que ella misma se encontraba con toda la potestad para tomar decisiones en la casa.

–Lo que sea que usted quiera hablar, háblelo conmigo

Franhesco –dijo muy suelta.

Franchesco carraspeó dubitativo, y considerando que debía pedir a la joven en compromiso a sus hermanos varones, y si fuera posible, al mayor de todos ellos, dijo:

–Esperaré Pabla –y miró a Maru, quién con sus ojos verdes y su blanca piel llena de pequeñísimas pecas, le devolvió una mirada angelical y diabólica que le alteró todos los sentidos y lo excitó sobremanera. Besó a ambas y partió.

Nada les dijo acerca de la compra de tierras que había concretado, sin embargo al día siguiente Pabla supo hacerse de esa información por otros medios.

–¡Franchesco ha comprado las tierras de don Fortunatto Maru! El propio don Fortunatto me lo ha dicho esta mañana , es que ha pasado para mudar algunos muebles y se detuvo a saludarme, dejó saludos para ti y tus hermanos, dice que se va para el norte, que aquí ya no tiene nada que hacer.

–Así que será nuestro vecino madre, eso me alegra mucho. ¡Qué linda noticia!

–Lo invitaremos a almorzar este domingo. Seguramente Dante viene también –agregó la madre.

Siete largos meses. Evocaciones

En el sur hacía buen tiempo ya que habían descubierto, que la masa podía prepararse y dejarse secar, lo hacían para no perder la harina almacenada (que podía echarse a perder por la humedad, el moho o los gorgojos) Ellos –los sureños– fueron quienes inventaron por necesidad la *pasta seca* por entonces despreciada por los del norte, ya que la consideraban comida de pobretones.

Leonardo, de ocho años de edad, Gino de siete y Doménico de seis, la mayoría de las veces acompañaban a los hombres en los trabajos del campo porque les agradaba sentirse útiles y aprender los oficios del campo.

Esa tarde Maru lavaba la ropa mientras la madre se dedicaba a la preparación de la masa.

Estaba sumergida en sus pensamientos y en sus fantasías cuando le pareció ver algo que la dejó tiesa de terror: una culebra se arrastraba enervándose en su misma dirección. Ella sentía un miedo incontrolable hacia aquella criatura. Cerca de sus pies un pequeño pichón de paloma que aún no sabía volar era la presa, lo que ella vio fue el preciso momento fatal del ataque, por eso vio al reptil alzar su cabeza y lanzarse sobre la indefensa ave.

Abrió la boca para gritar pero no pudo hacerlo. Una mano se apoyó delicadamente sobre su hombro, volteó y vio a Franchesco a su lado, de notable mayor estatura física que ella, observándola con gesto serio.

La mano que había tocado su hombro ahora subía hasta su cara, la tomaba con la otra mano también y le daba un primer beso suave, de terciopelo, de amor contenido que se tornaba apasionado, febril, hondo, profundo.

Ella, inexperta, estrenaba todas juntas las sensaciones físicas y emocionales que se despertaban en tropel dentro de sí, que la estaban llevando desde sus fantasías más inocentes y mágicas a un terreno real mucho más peligroso y desconocido –que le descubría algo de sí que ella misma desconocía: su madurez sexual. El ardor de sus manos recorriendo el otro cuerpo, el cambio de ritmo en la respiración, la aceleración de los latidos, la pérdida de la noción del lugar y del tiempo y el abandono de todo su ser en la dimensión del otro. Su entrega en ese beso fue total. Su cuerpo le pedía continuar, su mente le gritaba ¡detente!

Él, que había explorado y saboreado los placeres del cuerpo en la intimidad, junto con otras amantes, creyó conocer todas las glorias reservadas a los dioses junto a ella porque la experiencia se tornaba suprema e incomparable, por la circunstancia única de sentirse enamorado.

Deseaba avanzar con ese primer beso hasta la cima del encuentro entre dos enamorados, hasta dónde la pasión y la carne fundiéndose los llevaran a componer un solo cuerpo, pero no, aún no. Allí un colchón de hojas otoñales se hubiese transformado en paraíso.

–Vamos termina con el lío de ropas Maru y entremos –dijo. Aflojó los brazos con los que un instante antes, la tenía aprisionada contra sí, respiró profundo para tomar el control de la situación y levemente, algo más relajado, la miró de tal modo que un rayo fugaz pareció atravesarla.

–Tienes razón, he de apurarme ya –dijo Maru

sosteniéndole la mirada y perdiendo su capacidad de escapar del hechizo de aquellos ojos azules que la subyugaban.

Terminó con la friga sobre la tabla, realizó el enjuague y escurrió las prendas, luego las tendió oliendo a flores, al sol.

–¿Temes a las culebras Maru? –le dijo con una sonrisa encantadora, dadas la ternura y el fuego que ella le despertaba.

–¡Me inspiran terror Franchesco! ¡Siento horror sólo de saber que están ocultas, viéndome! Tengo coraje para enfrentar muchas situaciones, pero las serpientes me aterran, me paralizan, no puedo controlar el miedo que siento al verlas.

–Son inofensivas –le dijo– y le tomó una mano naturalmente, mientras se dirigían al interior de la vivienda. Maru no sabía cómo debía proceder, sentía placer por ese contacto pero no quería que él la viera como una chica poco juiciosa.

Antes de ingresar Franchesco la sorprendió deteniendo sus pasos y rodeando nuevamente su cintura y su cuerpo como lo había hecho momentos antes. No pudo evitar el deseo de besarla con toda la fuerza de su pasión contenida, a solas, lo cual era bastante difícil, ya que Pabla no los dejaba solos, no por sus convicciones sino por guardar las apariencias. No fuera que el muchacho se espantara creyendo que eran gente indecente.

La besó de manera obscena sin percatarse de la presencia de Dante que avanzaba con los ojos inyectados de furia y los puños cerrados hasta dar con ellos en el rostro de Franchesco, quién desestabilizado por el impacto estuvo a punto de caer y no pudo evitar que fuese Maru quién acabara en el suelo.

Al trompazo siguió una cadena de gritos e insultos por parte de Dante hacia Franchesco quién no atinaba a nada, sabiendo que su situación era indefendible por más

explicaciones que él quisiera ofrecer.

A empellones lo sacó a la calle, haciendo oídos sordos al llanto y súplicas de Maru y a los intentos desesperados de su madre por tranquilizarlo. Dante se volvió aún furioso y propinando un feroz cachetazo a su hermana la llevó dentro, a la rastra. Pabla con gesto suplicante no podía detenerlo. Franchesco sabía que era impropio adentrarse en una propiedad dónde acababan de expulsarlo. Decidió quedarse y esperar el tiempo que fuese necesario para dar sus explicaciones, descontando que Pabla sería para él su mejor abogada.

Serían siete largos meses de espera. Dante había impuesto su autoridad sobre las mujeres de la casa prohibiendo a Maru salir si no era para escuchar misa y siempre acompañada de Pabla. Señaló la fecha de cumpleaños de su hermana –los quince– para que Franchesco pudiese visitarla una vez por semana, una hora cada domingo.

–¡Es un ricachón del norte carajo, en esta casa siempre se ha respetado el nombre de Giuseppe Garibaldi! ¡Por culpa de los del norte se encuentra preso! ¿Qué se te ha ocurrido dejarte besar como una cualquiera sin mi consentimiento? –tronaba.

Maru no cesaba de llorar y Pabla se sentía incapaz de balbucear una oración completa ante el enojo desmedido de Dante.

Los niños permanecieron quietos y mudos en un rincón de la cocina, los ojos como platos, tomados de la mano y con la respiración tan agitada que les enrojeció los pálidos rostros.

–Si la quiere la esperará –terminó sentenciando enajenado.

A Franchesco le dio un trato excesivamente hostil al referirle su decisión por la deshonor de un beso robado a su

hermana, hostilidad que jamás remitió.

Ante la intransigencia de Dante, el muchacho aceptó las condiciones, que por otra parte eran las únicas posibilidades que le quedaban si de verdad quería convertir a Maru en su esposa, allí no se jugaba, las cosas eran blanco o negro, y él eligió apostar al blanco.

Había tomado posesión de la vivienda adquirida, una residencia importante con características palaciegas, que contaba con planta baja, primero y segundo piso, y una alcoba de dimensiones importantes en el tercero. Estaba rodeada de columnas, ventanas y un pórtico a cada lado de su estructura cuadrangular, rodeada por jardines y empedrados sinuosos.

La hiedra verde y profusa subía por la construcción y se enredaba en los balcones, componiendo un cuadro casi mágico por el contraste del bonito paisaje natural y la bella casona de piedra. El atardecer pintaba el horizonte con los colores del fuego y los árboles desnudos se reflejaban inquietos, en las aguas tranquilas que las lluvias de la primavera habían dejado anegadas por doquier.

El país estaba sufriendo enormes tensiones entre el norte y el sur, con serio riesgo de estallidos sociales y guerras civiles por lo que el espíritu de religiosidad y la honra eran sagrados. Se depositaba en Dios la fe y la esperanza que los gobiernos terrenos no ofrecían. En tanto el líder sureño, Giuseppe Garibaldi, respetado por su honorabilidad en todo el mundo, había sido arrestado en 1862 acusado de conspirar contra el rey, generando este hecho controversia y preocupación a nivel internacional. Ello fue decisivo para terminar de dividir el norte y el sur y el recelo entre unos y otros pareció inextinguible durante décadas.

Franchesco notaba con preocupación lo improductiva

que resultaba la tierra comprada, no obstante tenía gente trabajando los suelos, sembrando y resembrando, regando, abonando, empleando todas las técnicas conocidas hasta entonces, incluso ensayando algunos métodos de fertilidad, protegiendo con ahínco los pocos espacios donde asomaban algunos brotes raquíuticos.

Pasaba sus días con tales pensamientos ocupando su mente y tratando de convencerse que todo podría encausarse y mejorar. Por las noches sus preocupaciones se centraban tanto en el problema de los suelos, como en la necesidad que sentía por saber de ella.

En la penumbra de su alcoba, recostado y cansado, la veía como nunca la había visto. La veía tal como la deseaba, desnuda y tendida en su cama, enredada en su cuerpo, cubierta por sus besos, como mariposas de luz sobre la suave y tersa piel.

Sñar era el escape contra tanta adversidad que día tras día se acentuaba.

En la noche mágica, oscura y cerrada, un cuerpo femenino yacía sobre el suyo. Lo tangible de su piel al tacto, el ímpetu de esa preciosidad de curvas y elevaciones sobre sí, nombrándolo, traspasaba las fronteras y los límites de la imaginación, en una dimensión corpórea y desconocida. Incluso desnuda y a oscuras parecía voluptuosa —engaños de mi imaginación pensó—.

—¿Estoy soñando o...? —se preguntó un segundo antes de tomar consciencia que ella realmente estaba allí en medio de la noche, desnudándose en su cama.

Franchesco se había adormecido, estaba perdiendo la capacidad de dormir profundo pese a su juventud por la enorme carga de presiones que lo estaban agobiando. Había

cerrado los ojos una hora antes aproximadamente. Sus pensamientos habían sido la mezcla y la sumatoria de todo aquello que quisiera ver resolviéndose y que por el contrario cada día parecía más difícil.

Las tierras no parecían tierras por su incapacidad de germinar vida, los espíritus humanos estaban alterados y cualquier nimiedad los exacerbaba, tal lo que aconteciera con Dante cuando los encontró robándose un beso. La espera hasta el cumpleaños de Maru se hacía insoportable.

–¡Maru por Dios! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo llegaste?

–Shhh calla, no hables, no preguntes –dijo ella, con voz susurrada, casi desconocida para él, tapándole los labios con un dedo.

Franchesco se incorporó en la cama con intención de encender un candil pero ella se lo impidió revelando una audacia e ímpetu sexual que él no podía siquiera imaginar de su parte.

Imposible sacarle una palabra. Antes del amanecer, en plena noche, cuando él logró dormirse después de un festín inagotable de placer, ella se escabulló y desapareció silenciosamente. Al despertar ya no tenía ninguna certeza de lo que había sucedido esa noche en su cama, no sabía si había sido un sueño demasiado real o una realidad de hondo ensueño.

A la mañana siguiente se sintió borracho de euforia cuándo vio que Pabla y Maru llegaban hasta su propiedad acompañadas de Dante. ¿Los habían descubierto o qué?

Se preparó mentalmente para cualquier cosa, pero nada de eso que pensaba se confirmaba con los motivos ni los ánimos de los visitantes. Venían para invitarlo al cumpleaños que sería el domingo en la *tenuta* Di Rozzi. Sería una

celebración familiar, donde estarían los hermanos de Maru y sus prometidas, al igual que la tía Victoria y sus hijas.

Pabla tenía suficiente pasta seca reservada como para alimentar a un batallón de hombres y el pato guisado sería su especialidad para acompañar los platos.

Los últimos días estaría abocada a la preparación de pasteles. El vino italiano (que era lo más exquisito, compitiendo en calidad tan solo con el vino español) corría por cuenta de los hermanos de la homenajeada. La ocasión justificaba el esfuerzo económico que ello representaba.

Por fin habían transcurrido aquellos sórdidos y angustiosos siete meses de espera y podría comenzar a correr la cuenta regresiva para finalizar esa etapa de prohibiciones impuestas por Dante. Las mismas no hicieron más que profundizar el deseo de aquel par de almas por encontrarse.

La ragazza... Ese hombre la había atraído particularmente. Evocaciones

La mañana del domingo Maru despertó –como la Bella Durmiente– con la ilusión de acabar con la tortura de no poder ver al muchacho que se había metido en su *cuore* sin pedirle permiso... es más ese día justa y precisamente volvería a verlo en su almuerzo de *compleanno*.

Se dio un baño de tina y usó un sencillo vestido de lino blanco con detalles de puntillas de hilo en el cuello alto y en los puños.

Un lazo rosado le marcaba la pequeña cintura, realzando sus pechos nacientes. Un moño importante por detrás de la cintura era el acabado perfecto del diseño confeccionado por la tía Victoria. Los zapatitos habían sido forrados con el raso que la tía había utilizado para el lazo del moño.

El peinado marcaba una línea al costado izquierdo, llevando la cabellera hacia el lado derecho que le caía suelto sobre los hombros. La línea era sujetada por una delicada horquilla con un pequeño ramito de jazmín blanco sobre su costado. Unas ondas preciosas le fueron acentuadas con la tijera caliente. De ello se había ocupado su prima Priscila.

Finalmente se perfumó con la loción personal que ella había aprendido a preparar con alcohol blanco y jazmín, con las indicaciones que le había transmitido la abuela Úrsula.

Al llegar Franchesco portando un ramo de rosas blancas, ella se estremeció de felicidad. No pudiendo contenerse corrió a recibirlo pese la mirada severa de Dante y las risas cómplices del resto de los invitados, excepto Priscila, que ciega de envidia la odió y se arrepintió de haberla ayudado con el peinado que la mostraba aún más bonita.

Priscila era la prometida de Dante –además de su prima hermana– pero no sentía gran cosa por él, quién encima cada día se mostraba más antipático e insoportable con los odios naciendo en la convulsionada Italia. Ella temía perder ocasiones de divertimento con un compañero tan aburrido y hosco.

El noviazgo había comenzado como un juego de niños, contaban con la misma edad, competían cuándo más chicos y se buscaban en la pubertad de manera preferencial.

Sus madres afirmaban que eran el uno para el otro y ellos mismos empezaron a creerlo y a decirse novios.

Los invitados fueron ocupando sus lugares acompañados por los tres niños. El día anterior Pabla les había indicado cómo se ubicarían:

Dante sentado en la cabecera contra la pared del fondo, presidiría la reunión en ausencia del padre. Los otros dos hermanos que permanecían en la propiedad, Augusto y César, a los lados.

Los mayores que habían partido buscando nuevos aires y destinos no se encontraban presentes pero habían enviado una suma de dinero y una carta con don Fortunatto, quién permanentemente iba y venía de norte a sur y se había convertido en el recadero de confianza para ellos.

Pabla del lado derecho junto a Augusto y Maru del lado izquierdo junto a César, luego se ubicó al resto de la familia y demás invitados. La tía Victoria fue ubicada junto a Pabla para no perder ocasión de charla, por supuesto.

A Franchesco que había manifestado a Dante sus serias

intenciones para con Maru lo halagaron ubicándolo en el otro extremo de la mesa principal. Ello significaba por parte de la familia de la niña una enorme muestra de buena voluntad y aprobación en su calidad de pretendiente.

El servicio quedó a cargo de las hijas de la tía Victoria, Priscila y Martina y los niños ayudarían en tareas menores, dado que el servicio doméstico había sido despedido tras la muerte de Di Rozzi padre, al disminuir los ingresos familiares. Demás está decir que Pabla pronto se sumaría a la tarea de atender, supervisar y dar órdenes. Después de todo esa era su casa y su cocina y tratándose del cumpleaños de quince de su única hija mujer, su *bambina*, no quería dejar nada librado al azar.

El menú

Entrada: L'antipasto
(platillos de pequeñas exquisiteces agridulces)

El plato primo: Lasañas.

El plato segundo Guisado de pato
Stracotto de carne

El contorno: Ensaladas de verduras crudas
Zetas cocidas

Dolce: Pastel, pasta frolla, profiteroles.

Bebidas: Vinos
Jugo de manzana
Jugo de naranja
Licor de menta

Pan saborizado con nueces, panettone con pasas y almendras y pan sin sal.

En este punto le cuento estimado lector, que la pasta nunca constituía en sí el plato central. Generalmente iba como primer plato seguida de otros a base de carnes.

Pabla había puesto en esa celebración buena parte de los ahorros que le quedaban pensando que si el padre de la niña aún viviera no hubiese hecho menos que eso, además de que se negaba a reconocer lo que la realidad indicaba, que las cosas en el sur iban para peor cada día que pasaba.

La carta de Fredo

Piemonte, mes de julio de 1.881

A mi apreciada madre Pabla y mi muy amada hermana Maru:

Les hago llegar estas líneas deseando que a su recibo se encuentren muy bien de salud y de ánimos, quedando mis hermanos Justo y Priscio de igual modo.

Demás está decir cuánto nos hubiese gustado estar allí para abrazarlas en esta fecha tan cara a nuestros corazones, pero como ya saben nos han contratado en la empresa naviera Príncipe di Piemonti y no tenemos permiso para ausentarnos ningún día. Eso significaría la pérdida de nuestros puestos de trabajo. Aquí hay numerosa mano de obra que se ofrece y la paga es muy buena, por eso no estamos en condiciones de arriesgarnos a perderlo.

Trabajamos unas diez horas cada día y al llegar la noche solo pensamos en una cena decente y en un buen descanso, porque a la mañana siguiente hay que estar lúcidos y despejados, puesto que las máquinas que atendemos no nos permiten distracciones, un error humano puede precipitar un desastre, cualquier clase de accidente para los operarios y pérdidas para la empresa que no nos perdonarían.

La semana pasada un hombre que se distrajo perdió un brazo y también el empleo, no supimos que ha sido de él, pero seguramente nada bueno le ha deparado el destino.

Pensamos quedarnos aquí todo el tiempo que sea posible para hacer el ahorro que nos hemos propuesto con el fin de llevar industrias para el sur con mis hermanos.

Atento estas cuestiones que nos mantienen alejados por la fuerza, me despido con un abrazo caluroso y sentido, haciendo

llegar a mi madre todo el amor de mi alma y a mi pequeña hermana tantísimo auguri y buon compleanno.

Firmado Fredo

P.D. Mis hermanos Justo y Priscio envían sus saludos y encargan a mi madre y a mis hermanos Dante y demás que cuiden bien a nuestra hermana.

La mesa principal y la mesa agregada a la par, en la amplia sala del comedor estaban vestidas con manteles blancos de damasco de lino que habían sido bordados en otro tiempo, por las habilidosas manos de la madre, la tía y la abuela. Las servilletas estaban dobladas con forma de cisnes a los lados de la vajilla de porcelana italiana, herencia de la familia Di Rozzi por la vía paterna.

El ramo de rosas blancas –presente de Franchesco– fue colocado por Pabla en el florero de cerámica rosada que tenía una pintura en miniatura con la imagen de un caballero arrodillado a los pies de su dama, sobre la repisa de mármol de carrara de las canteras de los Alpes Apuanos, junto al gran espejo oval, al lado de la ventana principal que daba al jardín del frente.

Cuando Priscila y Martina se aprestaron a comenzar el servicio, a Franchesco se le atragantó su propia saliva, hecho que pasó desapercibido para todos los presentes excepto para Priscila. Los comensales e invitados recibieron con aplausos los primeros platos.

Priscila –la *ragazza* que lo había llevado a la parte trasera de la catedral en las festividades patronales del año anterior estaba allí, con los mismos ojos seductores, su rostro muy atractivo y sus formas tan voluptuosas– y antes que él pudiera reponerse de la sorpresa ella le susurró al oído:

–Hola rey, detrás de la catedral ha sido bonito, pero en tu cama me ha gustado más.

Franchesco dio un respingo en la silla e hizo como que tosía para simular calma, aunque se daba cuenta que su ritmo respiratorio se había alterado y que el corazón casi le había jugado un parate.

Repasó en su mente las palabras de la ragazza –“*Hola rey, detrás de la catedral ha sido bonito, pero en tu cama me ha gustado más*”.

–¡*Madonna!* ¿Qué locura es esta? ¿Qué dice esta mujer? ¡Va a matarme de un infarto!

No terminaba de recuperarse, de hecho sabía que para él la fiesta estaba arruinada antes de comenzar, sobre todo por lo que ella le había dicho, dejando ya en claro que no había sido el cuerpo de Maru sino el suyo, el de esa perfecta desconocida de quién ni siquiera el nombre sabía, el que tanto goce y disfrute le había dado en su propia cama. En eso se le acercó Dante y para rematar el mal trago, éste le dijo ajeno a todo:

–Franchesco, disculpe no me he dado cuenta de presentarle a mi prometida, mi prima hermana Priscila.

–Mucho gusto señorita –dijo a la vez que se ponía de pie y extendía su mano hacia la mujer ya casi medio muerto de tanta sorpresa, una tras otra, todas juntas. ¡Carajo! pensó enloquecido y notando que su cara se tornaba de color morado, se sintió descompuesto.

La ragazza sonrió de un modo que él no supo discernir si era burla, ironía, gozo o qué. Le pareció que el murmullo de las distintas voces que lo rodeaban se apagaba, como si esas voces provinieran de muy lejanas fuentes y una sola voz tronara dentro de su cabeza a punto de estallarle: *Hola rey, detrás de la catedral ha sido bonito, pero en tu cama me ha gustado más*.

–Esto no puede ser cierto –se dijo y escuchó las dos campanadas de la tarde.

Todos los convidados se mostraban felices, miró a su preciosa Maru y se reprochó como había podido ser tan

desfachatado de creer que ella se había metido en su cama en medio de la noche. Como había sido tan estúpido, tan tonto para no darse cuenta del engaño. Se avergonzó de sí mismo.

De pronto se le vinieron a la mente todas juntas aquellas extrañas impresiones que sintió cuando el cuerpo de su amante le había parecido exuberante, cuando su voz le resultó desconocida, pero él la había nombrado –Maru, Maru– y ella se lo había permitido.

Ensimismado en su pandemónium, perturbado, se decía que le hubiera dado igual Priscila o quién quisiera que fuera, cualquiera, pero siempre antes de conocer a la que ahora ocupaba a pleno su corazón, ahora no.

Las encargadas del servicio y los niños ayudantes iban y venían con aire jocosos y entusiastas, los comensales se sentían cómodos, alegres y conversadores, pero Franchesco apenas podía pasar bocado. Hasta Maru que se comportaba con gran delicadeza en la mesa, había comido bastante más que él.

Para la entrada de los dulces y el corte del pastel ya no quedaba ninguno de los invitados sentado, se habían parado y vuelto a sentar varias veces, acercándose a unos u otros con distintos temas de charla como buenos italianos en festejos.

En un momento que Franchesco logró poner en calma su cabeza, ya sosegado se dirigió a la cumpleañera, pidiendo que se le concediera la palabra. Se hizo un silencio notable, puesto que además de ser el cumpleaños de Maru, también era el día fijado por Dante para conceder la licencia de compromiso. Así las cosas se expresó con palabras vibrantes de sentimientos a la vista y en presencia de todos:

–Dante, Pabla, familia Di Rozzi, todos ustedes saben que provengo del norte, qué llegué de pasadas a este terruño, qué no traía intención de quedarme aquí, qué simplemente estaba viajando. Estaba cumpliendo mi cometido cuando vi a esta preciosa criatura –señalándola– y no pude continuar mi ruta,

aquí me sentí prendado, aquí me sentí enlazado y hoy, en este día de cumpleaños, y con todos ustedes por testigos, quiero declarar y manifestar mi compromiso para con ella.

–Maru este es mi obsequio para ti –dijo– entregándole una pequeña caja envuelta en tela azul.

Maru recibió el obsequio sin saber qué hacer, trémula y dubitativa miró a su madre, quién asintiendo la alentaba a aceptar y abrir el envoltorio. Conteniendo la respiración ante el silencio en aumento de todos, después de la declaración abrumadora y convincente del enamorado, Maru deshizo el pequeño paquete y vio en su interior una llave y un anillo.

Francesco tomó la llave y le dijo –Eres la dueña de mi corazón, esta llave representa las puertas de mi alma subyugada a ti y te pertenece. Luego colocándole el anillo en el anular agregó –Este anillo es mi muestra de compromiso para contigo. Pedí a mi padre mi parte de la herencia y me la ha concedido por adelantado con un único encargo, sus palabras de despedida han sido:

–Ve y búscate una esposa que te ame y qué tú también ames.

Mi padre terminó diciéndome:

–Es lo único que tendrás que cuidar verdaderamente, cuida el amor y emprende el viaje mío Francesco, y retorna a casa para que yo pueda conocer a esa hija mía que aún ni siquiera sé dónde está, ni cuál es su nombre.

–Las riquezas materiales las podemos contamos por seguras (había dicho el padre muchas veces tras la muerte de su mujer) –Pero el amor, el amor es el mayor tesoro.

Esas palabras lo habían marcado fuertemente.

Las lágrimas de emoción bañaban el rostro de Maru y las otras mujeres, también el de Priscila, aunque ella aún no se rendía ni estaba dispuesta a dar por terminada la pelea, ese hombre la había atraído particularmente.

Los hermanos, no menos emocionados que todas ellas, apenas se contenían para no exponer su lado tierno ante tantas miradas y testigos.

Maru se dejó besar ambas mejillas por parte de Franchesco, a lo que siguieron los saludos de la madre, los hermanos y demás parentela y comenzaron los cánticos y bailes al toque de las panderetas.

Todos necesitaban algo de divertimento en un país y un continente cargados de revueltas, tumultos y disturbios. Un cumpleaños de quince y un compromiso de amor eran razones más que sobradas para festejar.

Los niños nunca habían participado de un festín igual, ellos estaban de parabienes esa tarde y deseaban que un día así no se acabara jamás. En medio de las panderetas y las diversiones, se hartaron de comer dulces.

El momento culmine se dio cuando Pabla sacó la tela blanca que cubría los cilindros del fonógrafo que había comprado su esposo Fredo y comenzó a escucharse La marcha triunfal de Aída, de Giuseppe Verdi, marcha preferida en los festejos de quince años en la Italia de la unificación y aunque el Danubio Azul de Strauss ya había traspasado varias fronteras en Europa, no había conseguido penetrar el sur italiano, dada la significación emotiva que transmitía para ellos tan magnífica obra musical de un compatriota, en tiempos de tantas furias y rebeldías.

Al desprenderse y expandirse por el aire las notas de tamaña melodía, los ánimos exaltados de unos minutos antes al son de saltos, aplausos y panderetas, se tornaron renovados y calmos.

Dante tomó a su hermana por la cintura y comenzó a llevarla al ritmo de aquella música que embriagaba los sentidos de todos los asistentes, a él le fueron sucediendo sus otros hermanos Augusto y César y le llegó el turno al flamante

prometido que rodeaba por primera vez el cuerpo de Maru sin el apremio y la urgencia del día que quedaba lejano, siete meses atrás, cuándo Dante los sorprendió robándose un beso.

Al primer roce de sus manos, al primer contacto junto con la fragancia de jazmines que emanaba de ella, su cercanía, su calor, su risa, su cuerpo dejándose llevar al ritmo de las notas musicales y una mirada intensa y sostenida, le pareció ascender al paraíso.

Debió contentarse con darle el lugar a Leonardo, el mayor de los niños y ver como se la seguían arrebatando Gino y Doménico también.

La *ragazza* que no consiguió tentar a Dante para seguir bailando, se moría de ganas de atrapar a Franchesco como lo había hecho en los festejos patronales. Se sabía capaz de aparentar un trato inocente sin segundas intenciones usando algunos trucos que le hacían parecer una niña ingenua a los ojos de todos, especialmente a los ojos de Dante que estaba ciego de odio con las cuestiones que atravesaban la situación política de su país, y eso concentraba la mayor parte de sus pensamientos y sus estados conscientes. Atrapar al *uomo*. Lo intentaría.

Franchesco finalmente tenía su oportunidad de continuar cerca de la agasajada, dado que el baile había dado lugar a que todos se fueran serenando y buscaran refrescos y dulces y en el intercambio de conversaciones ligeras, los hermanos de Maru y sus novias se fueran apartando por distintos espacios de los jardines para departir sobre sus propias intimidades, mientras las mujeres mayores hacían lo propio y junto con los niños recogían los desperdicios y seguían sus pláticas.

—Me siento la cumpleañosera más feliz del mundo Franchesco, ¡Qué bello ha sido este día! ¡Todo ha ido de maravillas y tú me has sorprendido tan felizmente! Te estoy muy agradecida, porque has venido a mí, porque me gusta

mucho tu compañía y porque a tu lado siento que puedo alcanzar todo lo que quiero.

—Maru, preciosa mía, desde hoy nada podrá separarnos. — La miró de modo insondable, cuál si a través de aquella mirada pudiera penetrar su alma—. Las campanas de la catedral dieron las siete y comenzaba a ponerse el sol, dando al cielo un conjunto de tonalidades rojizas.

El abrazo y el beso en el que se fundieron sobrevino desesperado después de tantos meses de anhelo, fue un beso breve pero intensísimo, que comenzó con un roce muy suave y subió a niveles de pasión incontrolable, entonces él tomó su mano y la llevó hasta la casa porque no quería que ese día las cosas se desmadraran. Priscila los estaba viendo y se aseguró que Dante también los viera.

Priscila no perdió la oportunidad de hacerle notar a Dante que el prometido de su hermanita era un atrevido, un descarado, que si en su primer día en la casa no ponía cuidados ni reparos para besarla de esa forma, nada bueno podría esperarse en lo sucesivo. Viendo su gesto de enfado y la forma como este resopló al respirar se quedó tranquila. Sonrió

Siendo el momento de despedirse —según le pareció oportuno— Franchesco quedó en volver el domingo siguiente, tal como Dante había precisado: una hora cada domingo. Excepto este primer domingo por haber sido un día tan especial.

Dante apuró el paso y se le acercó para decirle que no se le ocurriera volver a besar a su hermana de la manera como lo había hecho en el jardín. Qué eso se lo reservara para la intimidad cuándo estuviesen casados, porque de repetirse un comportamiento tan obsceno y a la vista de cualquiera antes de la boda él mismo se ocuparía de que no pudiera volver a poner un pié en esa propiedad por el resto de su vida y mucho menos volver a ver a su hermana. Que antes de verla envuelta en una

situación tan escandalosa la entregaría a la Congregación de las Hermanas Agostinas y se aseguraría que la ordenaran monja de clausura. Priscila escuchaba las amenazas y los argumentos de Dante estando unos pasos más atrás y se regocijaba de placer, al tiempo que se le representaba volver a meterse en la cama del sorprendido Franchesco.

Atravesó su propio índice de lado a lado de su boca, lamiéndose el dedo y entornando los ojos de solo pensar en Franchesco tan distinto de Dante. Sonrió nuevamente. No dejaría que esa chiquilla boba, su prima inexperta, novata y principiante, se llevara el premio mayor. Ese hombre la había atraído particularmente, ella había intimado con él, había tenido sexo salvaje y él le había respondido de manera fabulosa. Y contaba con Dante para cumplir con su primer propósito: si era tan celoso de su hermana como para perder la razón y los estribos tan solo por un beso, entonces, si supiera las cosas que ella misma pensaba hacer con Franchesco, lo mataría sin miramientos, le arrancaría los ojos y se los daría a las aves rapaces.

La noche ya estaba cerrada sobre Santa Sofia. Las doce campanadas sonaron lúgubres en los oídos de Priscila.

Gloriosas en los de Maru. Ella no supo lo que Dante le había manifestado a Franchesco.

Inquietantes en los de Franchesco, que se sentía acosado por Dante de manera incomprensible.

Una bandada de aves que se había posado sobre el campanario se desperdigó en un vuelo ruidoso y oscuro como la misma noche.

La intriga de Priscila. Evocaciones

Meterme en su cama, volverlo loco, dejarlo saciarse en mí, enamorarlo, enamorarlo, enamorarlo, abandonar a Dante. ¿Mi madre? No me importa lo que ella diga. ¿Maru? Tampoco me importa Maru. ¿Mis hermanas? No, tampoco me importa lo que ellas digan. Dispénsenme.

Avanzar por el pasillo exterior, deslizar la puerta del salón, atravesar los pasillos interiores, subir al tercer piso por las escaleras del fondo y meterse en su cama. Podía hacerlo las veces que quisiera porque contaba con la llave del pórtico del ala derecha que don Fortunatto le había entregado para que lo visitara una vez al mes a cambio de una buena suma de dinero.

El martes por la noche se bañó y se perfumó con la loción de jazmines que le había pedido a Maru. Aunque su madre ya no tenía control sobre ella, prefirió esperar hasta que se encontrara profundamente dormida para salir de la casa porque no tenía ganas de discutir y ponerse de mal humor. Fue hasta la plaza Cosenza para tomar un coche de alquiler. El cochero ya sabía dónde debía llevarla, aunque le sorprendía que fuera a la misma dirección pese a que don Fortunatto ya no se encontraba en el palacete, pero a fin de cuentas, a él le pagaban por sus servicios y no cabía hacer preguntas indiscretas.

Se arrepintió de haberlo alertado con esas palabras que le susurró al oído el día del cumpleaños de Maru *–Hola rey, detrás de la catedral ha sido bonito pero en tu cama me ha gustado más–* Si hubiera sido más cauta habría callado durante varios

encuentros, para descubrirse y rebelarse a luz del candil o el amanecer, más adelante, cuando ya lo tuviera totalmente atrapado en su tela. Ahora todo podía complicarse un poco, aunque ella confiaba en sus encantos y en su poder de seducción.

Envuelta en un vestido de tela liviana y clara subió las escaleras tratando de no hacer ruidos para poder introducirse en su cama y no darle tiempo de reacción.

Sabía (o creía) que era una maestra en las artes del amor y el sexo y que su instinto y su naturaleza de fuego, con algo de delicadezas, otro tanto de efusividad, unas caricias estudiadas para crear el efecto deseado sabiendo cuando subir o bajar con sus manos cada palmo de la piel y el cuerpo masculino y también cómo hacer para obtener la entrega del compañero en los mismos niveles de atracción, con el mismo ardor, con la misma potencia, con las mismas ganas. Pero...

Al primer intento de acercamiento por su parte consiguió que Franchesco se incorporara violentamente, encendiera el candil para verla y la echara de allí a empujones, loco de ira, tomándola por el brazo con fuerza hasta hacerle doler, bajándola por las escaleras guiado por un impulso frenético y rabioso, gritándole toda clase de insultos y amenazando con denunciarla a la policía si volvía a verla adentro de su propiedad.

Ella se resistía, gritaba, lloraba, imploraba, amenazaba.

Se ligó una bofetada final, y fue a parar desnuda al jardín. Franchesco le quitó la llave y le arrojó el vestido liviano y los calzones desde la ventana de su alcoba del tercer piso. Las prendas cayeron como una estela de luz en la noche. Ella se quedó gritando un buen rato, después se vistió, arrojó algunas piedras —aunque no acertó ni una vez golpear en la ventana del tercer piso— y tropezando con los pozos del camino llegó cubierta de polvo y con ampollas en los pies hasta su casa. Era

cerca de la madrugada.

Antes de acostarse debió preparar la tina de baño despertando a su madre con todo el barullo. Victoria le preguntó una decena de veces que era lo que le había sucedido pero ella guardó un mutismo absoluto y su noche de miel transformada en una noche de espanto quedó en lo secreto de su alma que ya comenzaba a tejer una venganza feroz.

Las semanas siguientes, con tan sólo una hora los domingos para verse, Franchesco y Maru fueron afianzando su relación y aún mucho más, su deseo de estar juntos para siempre.

Bajo la mirada fiscalizadora y amenazante de Dante, mantenían conversaciones junto a Pabla y los niños mientras tomaban algún refresco.

Se contentaban con mirarse de manera profunda y penetrante. Este era el modo que habían encontrado para comunicar la esencia de sus sentimientos, las pasiones secretas que despertaban en el uno por el otro, junto al roce de sus manos y los besos en la mejilla cuándo él llegaba o se marchaba, que a ambos les transmitían una especie de energía invisible y arrolladora. Morían por tener todo el tiempo del mundo para amarse, y no esas míseras migajas de tiempo sacadas del almanaque una vez por semana.

Quienes más hablaban eran Pabla y Franchesco. Maru casi siempre se limitaba a escuchar o responder con algunos monosílabos, aunque su opinión era cada vez más aguda y sus argumentos muchas veces asombraban y dejaban boquiabiertos a todos. Era recurrente el tema de la tierra y los cultivos.

El primer año la tierra no rendiría más que un diez por ciento de lo que Franchesco había estimado inicialmente.

Un domingo Dante y sus hermanos varones no pudieron llegar a la casa. El tren que tomaban los sábados desde Acrí, el pueblo más cercano dónde pasaban la semana trabajando,

había descarrilado.

En ausencia del hermano que llevaba las riendas de la casa, Pabla se distendió y otorgó un permiso muy especial a la pareja. Podrían pasar dos horas juntos y ella no pensaba vigilarlos, también había sido joven y aun recordaba el cosquilleo de los primeros encuentros con Fredo, cuándo ella tenía doce años y él veintiuno. Pronto nacería su primer hijo –al que llamarían Fredo, como su padre– contando ella sólo con trece años de edad cuando fue madre.

No se trataba de entregar a su hija, no era eso, le bastaba con permitirles un rato a solas para que pudieran tener una aproximación menor, algunos besos inocentes tal vez, entendía que los dos lo necesitaban, así se justificaba consigo misma.

La pasión contenida durante casi dos años desde su llegada a Santa Sofía d'Epiro desbordó aquella tarde sobre un colchón de hojas otoñales, bajo el árbol frondoso al final del jardín, distante unos cien metros de la casa. Aturdidos, apasionados, sedientos. Con el sonido de la hojarasca resquebrajándose bajo sus cuerpos, se amaron.

Para ellos ese lugar se había convertido en paraíso, esa tarde incomparable, la más luminosa de sus vidas.

El beso de terciopelo daría lugar a otro más osado y a otros más, claro. Los dedos de Franchesco se atrevían bajos las ropas de Maru de una manera perturbadora para ella. El calor de aquellas manos le despertaban latidos y sensaciones nuevas, parecidas a las que había sentido al explorarse ella misma pero mucho más intensas. Le parecía que el centro del universo cobraba vida en ese punto de su cuerpo.

El desquite de Priscila. Evocaciones

Priscila esperaba su oportunidad, quería devolver a Franchesco el desprecio y hacérselo pagar bien caro.

Le había tomado un buen tiempo observar sus movimientos para que pudiera acontecer su plan: cuando supo que Dante estaba cerca, hizo un rodeo por la propiedad asegurándose de no ser vista al ingresar por propia voluntad en las parcelas privadas de Di Mastro Pietro. Se acercó a Franchesco de forma provocativa, trató de seducirlo y comenzó a quitarse algunas ropas. Comenzó por la parte de arriba sacándose la blusa. Tal como ella esperaba el hombre reaccionó con enfado y le dijo de mal modo que no quería nada con ella, quién lejos de detenerse prosiguió con su plan perverso quitándose la pollera roja. Franchesco se acercó furioso y le exigió a gritos que se fuera inmediatamente. Ella desanudó sus calzones y se le pegó al cuerpo, le buscó la boca, extendió una mano y trató de acariciar su bragadura consiguiendo el estallido colérico del hombre. Al igual que la vez anterior, negándose a sus requerimientos intentó que ella se vistiera y se fuera. Temía que alguien la viera semidesnuda en su tierra y a plena luz del día. Temía que sucediera lo que ella justamente procuraba provocar:

–Te entregas a mi dándome lo que quiero de ti, o simplemente grito y estarás en graves problemas –le dijo maliciosamente, con la voz quebrada por el resentimiento.

–¡Por última vez te exijo que salgas de mi propiedad mujer! ¡Vete! ¡Sal de aquí por Dios! – el estaba exaltado y su

rostro era como un fuego, su voz un trueno ensordecedor, al límite.

–Venga, no seas tonto, llévame a tu cama y todo estará bien –su voz resultó cargada de intención, aduladora, melosa, acompañando sus palabras con algunos contorneos de caderas y pechos.

–¡Fuera! ¡Vístete y vete! ¡No quiero nada contigo! –Él se agachó para levantar su maldita ropa con ganas de matarla. Le arrojó la blusa y la pollera y trató de alejarse de ella a tranco largo. No tenía escapatoria. O se apartaba de allí con urgencia y hacía como si no la hubiese visto o la llevaba a su cama.

Eligió largarse. Fue cuando ella empezó a gritar. Había visto que Dante estaba cerca y sabía que él la escucharía. Su plan estaba funcionando. Ella gritaba y lloraba, aun semidesnuda mientras Franchesco se marchaba. Dante la escuchó. En un santiamén estaba junto a Priscila pensando lo peor. Ella acusaba al hombre que la había rechazado, con toda clase de mentiras y falacias.

Lloriqueando mencionaba que al pasar por la calle lindante entre ambos terrenos, mientras ella se dirigía a casa de su tía Pabla, el hombre la había sorprendido, le había tapado la boca y la había llevado por la fuerza con las más bajas intenciones. Decía que se había defendido con todas sus fuerzas y que apenas había logrado escapar:

–¡Si no me hubieses escuchado no se que habría sido de mi, Dante querido, estoy tan asustada, he temido lo peor! ¡Por fortuna tú estabas tan cerca! ¡Este hombre pudo hacerme cualquier cosa, oh Dios, qué horror! –gimoteaba descaradamente.

Franchesco estaba paralizado, mudo, incapaz de decir una palabra. ¿Qué podía decir si la escena había sido planificada y armada a la perfección? Si ella además, mostraba grandes condiciones de actriz, porque hasta a él le resultaban

convincientes sus acusaciones histriónicas.

Dante lo dejó maltrecho después de la golpiza. Franchesco sabía defenderse y podría haberlo matado de habérselo propuesto pero la situación lo dejó indefenso. No tenía forma de rebatir los dichos de la *ragazza*.

Maru no paraba de llorar, la prohibición para verlo fue definitiva. Pabla tenía algunas dudas acerca de la veracidad de lo narrado por su sobrina, no sabía qué era lo que había pasado exactamente, pero no creía que ella fuera tan inocente, ni el otro tan depravado... no. No le cerraba.

Dante estaba convencido de su buen olfato para olisquear a la gente.

La investigación que abrió la policía no llevó a ninguna parte dado que la violación no tipificaba como delito –en la guerra civil las mujeres e hijas de los adversarios eran ultrajadas como trofeos– y encima apareció un testigo voluntario diciendo que en una oportunidad anterior, antes del hecho, el mismo había llevado en su coche a la señorita Priscila a la casa del señor Franchesco Di Mastro Pietro, a muy altas horas de la noche.

El cochero también se cobraba su parte. Con él la señorita no se había mostrado nada dispuesta, sin embargo ella no había sentido repulsa hacia don Fortunatto.

Así las cosas se cerró el sumario sin que pesara sobre el nombre de Franchesco ningún antecedente pero con Maru... con ella todo estaba irremediablemente perdido.

Las tierras tampoco producían y era impensable venderlas, sería igual que quemar los títulos de propiedad. No valían nada y nadie pagaría más que una miseria. Ni siquiera podría valuar apropiadamente el palacete allí enclavado.

El tiempo transcurría como una carga tan pesada cuántos trenes y cien barcos. Era imposible avanzar en medio de tanta adversidad. Cada atisbo de luz se opacaba como la noche

más oscura. La tempestad no dejaba de azotarlo todo. Inmisericorde. Coletazos filosos parecían cortar el aire allí.

Un año más tarde los síntomas del *gallicus del morbo*, la enfermedad venérea que Priscila había contraído la tenían postrada. Su enfermedad era de reciente contagio pero había evolucionado de una forma alarmante y no le quedaban esperanzas de vida. Tampoco estaba en riesgo la salud de Franchesco. Las relaciones mantenidas con él detrás de la catedral y en su cama habían ocurrido antes de su contagio.

Cuando el cura le tomó la confesión le dijo que sería de mayor bien para su alma si ella enmendara el daño infligido contra un inocente diciendo la verdad.

Priscila dictó su declaración a su hermana menor, Claudia:

En Santa Sofía d'Epiro, siendo octubre tres, de 1883.

Yo Priscila Biancuzzo, en mi lecho de muerte declaro la inocencia del señor Franchesco Di Mastro Pietro, a quien he acusado injustamente.

Nada de lo dicho por mí en aquella tarde ha sido cierto. No daré los detalles de los acontecimientos porque me avergüenzo íntimamente de ellos. Los conocemos Dios, el señor Franchesco Di Mastro Pietro y yo.

Dicho esto pido perdón a Dante que ha sabido quererme.

A mi madre y a mis hermanas por dejarles el dolor de mi partida.

Me voy en paz porque se que Dios me perdonará mis faltas al haber enmendado esta culpa.

Se que llevarme este secreto no haría ningún bien a mi alma.

Cuando me recuerden, rueguen a la Virgen Maria y a Santa Sofía, que quieran interceder por mí ante Dios y Jesucristo nuestro Señor. Amén

Firmado: Yo, Priscila Biancuzzo

a los veintiún años de edad.

P.D.: Es mi voluntad que esta declaración salga a la luz después que me vaya, no tengo el valor para enfrentar miradas acusadoras ni para soportar el abandono de ninguno de mis afectos.

El veinticuatro de diciembre del mismo año celebraron los funerales de Priscila. El día invernal era frío y ventoso. Una fina llovizna caía sobre el cementerio y los deudos. El viento ululando entre las tumbas y los árboles aumentaba los sentimientos de congoja de los allí presentes. Las campanadas de la catedral dando las tres de la tarde sonaron lúgubres y oscuras. Victoria no encontraba consuelo a su dolor y pedía que el agua del cielo lavara su pena. Dante ocultaba su tristeza tras una máscara de hierro desarrollada en su persona a fuerza de sufrir los embates que la vida le propinaba. Bastante ya tenía con la muerte temprana del padre, las pérdidas materiales, los sinsabores que arrastraba su pueblo a causa de la guerra civil del sesenta y uno —que para algunos como él parecía no ceder— los llantos de Maru, la congoja de su madre, el alejamiento de los hermanos mayores, forzados por los cambios de la economía regional y ahora para rematar tan agobiante carga, la muerte de su amada. Dante aún no se daba cuenta que su suerte también estaba echada, el contagio era ineludible y fatal. Sin escape por aquellos años.

Arrojaron flores blancas sobre el montículo de tierra que cubría su cuerpo y se alejaron sumidos en el más profundo abatimiento.

A pocos días la confesión de Priscila vio la luz.

—¡No puede ser cierto! —bramaba Dante— ¡Díganme que esa declaración no es cierta! ¿Cómo que Franchesco Di Mastro Pietro es inocente?

Pabla callaba para no aumentar la exasperación y furia de su hijo, pero recordaba sus propias dudas respecto del suceso.

El testimonio voluntario del cochero y la declaración misma eran pruebas más que contundentes: Franchesco Di Mastro Pietro era inocente.

Mientras tanto las revueltas sociales quemaban los horizontes del reino, con el fuego de los odios y los rencores más profundos que aumentaban cada día su volumen y peso.

Las divisiones entre los propios italianos según su región de procedencia, los diferentes dialectos, la corrupción imperante en el reino unificado de Italia, la larga guerra civil que los había asolado, la epidemia de cólera, los estados agrícolas empobrecidos, la escasez de alimentos y la tierra infértil, eran azotes que golpeaban a las mayorías.

Franchesco Di Mastro Pietro provenía de una familia poderosa, pertenecía a la élite feudal de Italia del norte, no obstante al pedir su parte de la herencia familiar por adelantado había cortado todo vínculo con las arcas paternas. Su espíritu emprendedor y optimista lo llevaban a mirar la vida desde una óptica privilegiada y era incapaz de creer que su fortuna podría acabar. Se daba cuenta de lo improductiva que era la tierra, pero calculaba que de acuerdo a las vastas extensiones que poseía, lograría producir una cantidad de cereales que pudiera arrojar una recaudación anual de quinientas liras. Si bien esas tierras deberían producir diez veces más, aún rindiendo tan pobremente, esa cifra era igualmente altísima si se comparaba con los ingresos de una familia de campesinos con pocas tenencias, que apenas alcanzaba a sumar unas veinte liras anuales.

Evocaciones - Las Bodas de Francesco y María Ursula

Toda la comarca tuvo conocimiento de la declaración de Priscila.

La familia Di Rozzi pidió las disculpas del caso. Dante en persona ofreció una compensación de cincuenta liras de plata – que eran el resultado de sus ahorros obtenidos durante largos años y a fuerza de cuidar hasta las monedas de veinte centésimos de cobre– compensación que Francesco no aceptó, pidiendo en cambio la mano de Maru, que le fue concedida.

Las bodas se llevarían a cabo en menos de dos meses. Se fijó como fecha el día catorce de febrero del año mil novecientos ochenta y cuatro.

Fredo oficiaría de padrino para lo cual había conseguido un permiso especial de dos días, a cambio de trabajar dos horas más durante los diez días anteriores a la licencia. Sumaría doce horas diarias de trabajo en ese lapso de tiempo. El desempleo y las desigualdades eran fantasmas demasiado temibles. Había que aceptar las condiciones y exigencias impuestas por la empresa naval *Príncipe di Piemonte*.

Los hermanos que quedaban por razones laborales, Justo y Priscio enviarían una suma de dinero como presentes.

El novio –a solicitud de Pabla– hizo traer de París una caja que contenía el brocato, las organzas, las puntillas, los

lazos y encajes, como también los zapatos y el sombrero para Maru y los envió a la costurera que apenas contaba con el tiempo suficiente para la confección del traje de bodas.

Es dable aclarar que la exclusividad de la propia moda italiana ya se imponía entre la clase alta, pero la ignorancia y los caprichos de Pabla hacían su parte.

El catorce de febrero amaneció radiante de sol aunque el frío del invierno calaba los huesos.

Era la *belle époque romántica* para una novia.

Maru indudablemente era la joven más privilegiada de toda Santa Sofía.

Tomó un baño en la tina, turbada con pensamientos encontrados. Se envolvió en una toalla de lienzo y se secó el cuerpo, sin lograr tranquilizarse, luego subió los calzones de seda por sus piernas y los anudó, aumentando a cada momento su preocupación y malestar.

Se pasó las enaguas levantando uno y otro brazo y las dejó caer desde la cintura. Su amiga de la infancia Pina, hija de la costurera, le ayudó con el corsé que le realizaba los pechos.

—¿Esto es necesario? —se preguntaba. Arrepentida de haber permitido que su madre decidiera por ella y eligiera su ajuar de novia. Fastidiada.

Desconociendo las razones de su silencio las mujeres continuaron abocadas a la tarea de ayudarle a vestirse. Pina y su madre le colocaron las mangas, con volados y puntillas, de manera individual, primero le pasaron la manga derecha, luego la izquierda. Los guantes de encaje engalanaron el atuendo de los brazos y manos.

—Es una obscenidad ostentar semejante opulencia frente a tanta gente pobre —se dijo.

Pina ayudó también a colocar las faldas de organza, que llevaban otras de brocato, superpuestas, muy recargadas con volados y puntillas, igual que las mangas. El estilo princesa le sentaba de maravillas. Levantaron las capas de ruedos y le

pusieron las medias de seda y los zapatos forrados con organza y un moño importante a la altura del empeine.

–No iré vestida de esta manera a ninguna parte –se decía–. No.

Se sentía ridícula y en total desacuerdo con la ropa elegida por su madre sin haberla consultado. Ella le había preguntado si las ropas que mandó coser serían sencillas y Pabla le había asegurado que lo eran.

La peinaron con la fina raya en el costado derecho y luego calentaron las tijeras para marcar las ondas del pelo.

Casi de costado, inclinado sobre la cabeza le colocaron un sombrero adornado con un lazo y un moño. Dado que daba el efecto de caída, debieron asegurarlo con varias horquillas, ya que además debía sostener durante la ceremonia religiosa una larga cola de tul.

No llevaría más que un par de aros muy delicados que habían pertenecido a la abuela. Ninguna alhaja habría de rodear su cuello, dado que el vestido contaba con unas pequeñas lentejuelas plateadas aplicadas a mano.

Antes de salir la perfumaron con su loción de jazmín.

Entonces toda la adrenalina contenida y toda la furia que habían aumentado dentro suyo estallaron y comenzó a quitarse cada parte de aquella vestimenta tan recargada y ajena a su persona, ante la mirada atónita de la costurera y su hija que no atinaban a decirle nada.

Apenas balbuceaban:

–Maru, por favor, ¿Qué haces? –pero no pudieron detenerla ni persuadirla.

Dios mío bendice nuestras vidas, danos la fuerza para andar juntos en todas las situaciones que se nos presenten, sean buenas o malas –rezó íntimamente –y se dirigió a su cuarto.

Eligió un vestido sencillo y de color claro y se vistió apresuradamente.

Respiraba un aire cargado de luz y perfumes, pinceladas de sol la envolvían. Destellos de plata como polvos brillantes iluminaban sus pasos después de quitarse el atuendo elegido por su madre.

Desistió del carruaje tirado por dos caballos blancos que la esperaban en la puerta de casa, como otra de las locas ideas de Pabla y tomó el caballo de andar que montaba desde niña. Espoleó sus ancas y el animal se lanzó al galope.

Lágrimas de emoción caían por su cara como perlas de lluvia y de sal. Recordaba a su padre enseñándole a montar.

Al llegar a la Catedral pudo oír toda clase de murmullos y comentarios, exclamaciones de estupor y algarabía, aplausos de aprobación y sorpresa.

Pabla se había extralimitado contando a todo el pueblo los detalles del vestido blanco propio de una princesa que llevaría su hija, tanto como del carruaje tirado por dos caballos blancos que habían hecho traer del norte, especialmente, para la ocasión.

Ver a Maru llegar cabalgando y apearse del caballo, vestida con sencillez, fue motivo de incredulidad y asombro.

La Marcha Nupcial invadió los interiores del lugar a su llegada, siendo recibida por los padrinos. El pasmo y aturdimiento de Pabla al verla, casi la llevan al desmayo. La parentela del novio tampoco daba crédito de lo que estaba viendo. –Campesina tenía que ser –pensó con resignación una de las hermanas de Franchesco.

Este se mantuvo completamente ajeno a las vestimentas de la novia, y solo tuvo miradas amorosas para ella.

Los acordes sonoros conmocionaron el espíritu de los enamorados, se mezclaron en su mente y en su piel los recuerdos del amor sobre el colchón de hojas en otoño, las desavenencias que debieron soportar, las calumnias de Priscila, los desencuentros forzados, la declaración de inocencia en favor del novio, la mano de Maru entregada finalmente de

conformidad por su familia. Todo se agolpaba en cierta forma en los pensamientos de los dos, ambos recorrieron como en un libro de pasajes, su historia de amor profundo en medio de tanta contrariedad.

La comarca toda se había reunido para presenciar los esponsales de la única hija mujer de Pabla con el hijo de un señor feudal del norte, quién se había hecho presente para apadrinar junto con Fredo las bodas. Iban de madrinas Pabla y Victoria quién tenía el rostro bañado de lágrimas por la emoción y el dolor.

Los parientes de Franchesco habían llegado en sendos coches. Estaban los hermanos, las hermanas, los cuñados, los sobrinos y la abuela por vía paterna. Sus vestimentas denotaban las diferencias sociales entre la élite feudal y los campesinos. La familia de la novia –no obstante– disimulaba esas diferencias con vestimentas sobrias pero acordes. Las hábiles manos de Pabla y Victoria se habían ocupado de que así fuera, arreglando ellas mismas sus ropas de gala que habían estado guardadas en cofres durante varios años.

Los sentimientos íntimos del gentío allí congregado eran diversos. Algunas mujeres sentían una sincera alegría porque apreciaban a Maru y le deseaban felicidad, otras echaban vistazos cargados de envidia y lamentaban no haber sido ellas o sus hijas las afortunadas, las niñas estaban decepcionadas, boquiabiertas ante una novia tan pobremente vestida, distando ello en demasía de lo que habían imaginado, un espectáculo de ensueño alimentado por la farfullería de Pabla. Los muchachitos intercambiaban comentarios de toda clase. No faltaban los que expresaban alguna grosería.

Los pequeños Leonardo, Gino y Doménico, llevaban los anillos hasta el altar.

La magia del momento se acentuaba con en el brillo y la inocencia que manaba de sus ojos inquietos y vivaces, con sus pasos algo torpes y ligeros, con un leve tropiezo del más chico

y una risita contenida nerviosa y tiernamente.

El novio la esperaba vestido de frac mil rayas en tonos negro y azulino, con camisa blanca y galera. Un pañuelo de seda delicadamente doblado a la altura del corazón completaba su elegante atavío. Hubiera querido lucir un pequeño jazmín perfumado pero la estación del año no se lo permitió.

Sin embargo el perfume se hacía de él por la ternura y embeleso de su mirada, que nacía de sus ojos y llegaba hasta ella como un puente invisible de maderas cítricas, rebosantes de azahares.

En virtud que Franchesco había hecho una importante donación al clero las bodas fueron celebradas por el obispo.

Con su voz de trueno, opaca, monocorde y poco entusiasta, y una actitud distante cuál si una lámina de hielo lo separara de la realidad, el religioso celebró el sacramento matrimonial, como anticipando con su falta de empatía, las penurias que pronto caerían como dagas aceradas sobre los novios.

Los festejos no contaron con la opulencia ni los fuegos de artificio que el padre de Franchesco hubiese deseado en razón del luto y la aflicción que parte de la familia de la novia estaba sobrellevando. La muerte de Priscila era la muerte de una hija, una sobrina, una hermana, una prima y una novia para ellos, pero igualmente hubo un menú acorde a la ocasión y varias horas de danzas.

Los latidos de almas milenarias parecían converger en el lugar por la disparidad de emociones vivenciadas por unos y otros asistentes a la velada.

Dante sólo estuvo presente en la catedral, pero no concurrió al palacete ni siquiera para compartir la cena.

Al son del vals “La Luna en el Río” los novios bailaron como envueltos en un haz de estrellas doradas y diminutas titilando alegremente, esparciendo chisporroteos encendidos en llamas.

Las miradas sostenidas entre ambos hablaban un lenguaje de profunda atracción y deseo. De pronto el mundo era un lugar ajeno y en ese espacio solo cabían ellos dos y sus almas atrapadas en una red de hilos de oro, besándose con infinito encanto.

Siguieron en la danza a los novios, y siempre al son del vals, los hermanos, parientes y amigos, don Fortunato, los dueños del hotel *Vía Reggia* donde él se había hospedado, los hombres que trabajaban esas tierras, los vecinos –campesinos empobrecidos en su mayoría– la almacenera y otros conocidos que los novios habían invitado, convirtiendo el parque en una pista de bailes extensa y profusa, que se ampliaba en ruedas de cuerpos sudorosos y alientos festivos.

Victoria y sus hijas se habían retirado después de cenar.

El clima del *partito* era inmejorable, los convidados pasaron una velada agradable, bebieron buenos vinos, cenaron a cuerpo de rey, se empalagaron con delicias dulces, departieron hasta el hartazgo, a veces sin escucharse, concentrados en el de decir cada uno y bailaron hasta el amanecer.

La suite nupcial había sido especialmente vestida con ropas de cama y cortinados de un estampado bellísimo en el que los colores rojo y manteca en distintos tonos destacaban entre otros de menor presencia.

De ello se habían ocupado los días anteriores las hermanas y cuñadas de Franchesco que las dejó hacer. Sin duda ellas tenían un gusto exquisito para la decoración y tantas liras disponibles en sus carteras como hiciera falta.

El novio cargó a la flamante esposa desde la planta baja. Agitado por el esfuerzo de levantar a su mujer en brazos, se detuvo en el segundo descanso dónde se besaron con pasión. El hada de los enamorados sacudió varias veces su vara de luz, y los envolvió de azules y rosas y blancos y rojos y todos los colores del universo cayeron sobre ellos en un baño de

ensueño.

Más tarde, encontrándose ya exhaustos, rieron cuándo escucharon que tres pisos abajo, desde el jardín, algún invitado ebrio y rezagado gritaba desaforado.

—¡Qué vivan los novios!

Nadie más que el borracho quedaba en el lugar.

Difíciles tiempos sobrevinieron para ellos muy pronto, como he de contarles.

El 15 de noviembre de 1.884 nacería Franchesco Vincenzo, el primogénito de Franchesco y Maru. Aquel fue un parto difícil, de unas doce horas desde su inicio. Por entonces las primerizas poco y nada sabían acerca de los tiempos entre las contracciones y la importancia de la relajación y muy por el contrario, sumaban a sus temores fundados mucho nerviosismo, lo que sólo ayudaba a empeorar el panorama. Los gritos de la madre tronaban hasta los últimos rincones del palacete. La habían acostado en una habitación de la planta baja y mientras la partera daba órdenes, Pabla y sus sobrinas iban y venían con toallas de lienzo limpias que pronto se ensangrentaban.

Mantenían el agua hirviendo para aflojar la sangre que se impregnaba en las telas y se las tendía al sol porque parecía que nada sería suficiente si el niño no llegaba pronto.

A las nueve y veinte de la noche de aquel 15 de noviembre se oyó el llanto del recién nacido para alivio de la madre. En pocos momentos el bebé higienizado, fajado y vestido primorosamente era puesto a su pecho.

En tanto por aquellos días, las familias pobres apenas subsistían, sufriendo necesidades extremas.

Para colmo el gobernante y sus colaboradores veían que el resto de Europa florecía gracias a la revolución industrial. Pero dado el caos interno imperante como consecuencia de años de guerra civil, la antipatía y rispideces del clero contra el gobierno monárquico y la pésima e inequitativa distribución de

títulos de tenencia de tierras, el retraso de esa porción europea era inevitable.

El norte, por su proximidad limítrofe con otros países, no obstante, había adoptado cierta industrialización dando lugar a las primeras acerías y talleres mecánicos. La empresa naviera abocada a la construcción de barcos a vapor estaba en su apogeo, dando oportunidades de trabajo y circulación de moneda a muchos campesinos provenientes del sur, pero la explosión demográfica trajo otros males como el desempleo.

En el sur el retraso fue decisivo para la expulsión de miles de hombres jóvenes y algunas familias enteras dadas las condiciones de pobreza que recayeron sobre ellos.

A la luz de tales circunstancias, adversas para el crecimiento de la Italia Unificada, el propio gobierno estableció acuerdos con países africanos y sudamericanos para favorecer la emigración de aquella gente, pero no fue sólo eso.

El detonante final, la bomba que dispersó en mil pedazos los sueños de los que habían logrado sobrellevar todas las pesadillas impuestas por la monarquía de Víctor Manuel II, primer rey de Italia –obsesionado por dar impulso al reino a como diera lugar– sobrevino con la recaudación de impuestos que se volvió insoportable especialmente para los que habían tomado préstamos bancarios. Muchos de los hombres que emigraron se vieron obligados a trabajar en el extranjero para enviar a sus familias dineros destinados a saldar dichos préstamos a riesgo de tener que vivir en la calle sus parientes, como mendigos, de no poder cumplir con las obligaciones contraídas.

Cuatro meses antes del nacimiento de Franchesco Vincenzo, su padre Franchesco se vio obligado a depositar hasta su última lira de plata y oro, en calidad de pago por los altísimos impuestos que le correspondía como propietario de un palacete y una vasta extensión de tierra, que improductiva no había dado sino pérdidas.

Forzado a tomar un préstamo bancario para saldar deudas con los trabajadores y proveedores antes de la boda, cuándo aún creía en su corazón que Italia florecería por igual para todos y que sus tierras sanarían y se recuperarían de su infertilidad con distintos métodos que estaba ensayando como el abono con estiércol de caballo, ahora finalmente sólo contaba con algunos míseros centavos en su haber.

Con lo poco que le quedaba había comprado provisiones para sustentar durante algún tiempo a su familia: papas, zapallos y harina del norte. Ahí ya no quedaba nada. También había vendido a precios irrisorios mobiliarios y vajillas para hacerse de algo más en sus bolsillos. No le había dicho nada a su mujer para no alarmarla en su estado de gravidez. Ella había permanecido en cama, en la planta baja, con pérdidas y amenaza de aborto.

Entre las pocas pertenencias que quedaban en el palacete, estaba la mesa de noble madera que él mismo había construido en los amargos tiempos que la injusta acusación de Priscila los mantuvo separados.

Cuando Maru pudo comenzar a andar fue descubriendo y conociendo la real dimensión de la miseria que se cernía sobre su cielo y sobre sus vidas.

Con angustia creciente para los jóvenes padres fueron transcurrieron los días.

—Hoy es 6 de enero, fiesta de reyes, quisiera visitar la catedral Franchesco —dijo con un nudo en la garganta Maru — pero queda tan lejos para ir cargando al niño, ¿podrías pedir un coche por favor ?

—No Maru, perdóname —negó Franchesco —ya no queda dinero, solo unas pocas monedas de veinte centésimos, sabes que su valor es inferior a cinco liras de cobre, apenas podría pagar al cochero. No creo que lo que tengo en los bolsillos alcance siquiera para la ida.

—Iré de todos modos, tampoco ganaré nada quedándome

aquí, sintiéndome tan mal *amore*, necesito arrodillarme frente al altar para pedir fuerzas a Dios por nosotros. También quiero pedir el bautizo de nuestro hijo.

–Te acompaño entonces –le dijo.

Se vistieron y partieron juntos. Bajaron la colina que ella conocía desde su más remota infancia, agudizando la vista para leer en la naturaleza tanta belleza escrita sin palabras.

La superficie escarpada, rocosa y polvorienta, que contenía sus colores milenarios entre amarillos, rojos y marrones, los obligaba a poner atención, para no tropezar o caer con el bebé en brazos. Se alternaban para llevarlo.

Árboles desnudos eran compañeros silenciosos del viaje, mientras unos quedaban detrás, perdiéndose como brumas, surgían otros. Eran cientos de testigos mudos al peregrino y doliente andar de los sureños.

Las viviendas campestres que ella tan bien conocía, parecían decir adiós cuándo la decisión de partir aún no había sido tomada. Patios sin flores, granjas sin patos, ni pollos, terrenos sin vegetación de ninguna clase eran la constante en un paisaje aún más desolado por la crudeza del invierno y la pobreza. Hasta los jardines de la catedral sufrían las severas inclemencias del tiempo.

Al entrar los sobrecogió el silencio, la catedral misma parecía a punto de desplomarse sobre sí misma, piedra sobre piedra, tal era el pesado estado de sus ánimos.

Se arrodillaron durante largo rato, ensimismados cada uno en sus plegarias hasta que el bebé buscó el pecho materno llorando con tal potencia, que el llanto retumbó en ecos que se dispersaron hasta confundirse con las campanadas de las tres.

Pidieron el bautizo para su hijo. Lo celebrarían el siguiente domingo oficiando de padrinos Dante y Pabla.

Franchesco jamás reunió coraje para pedir ayuda material a su padre ni a sus hermanos, su orgullo se lo impidió, sentenciando sus destinos a una emigración forzada e

inevitable. Partir o morir de hambre.

Cuando de la bolsa de zapallos Maru sacó el último que les quedaba y ya no había papas ni harina, la sentencia quedó firmada y sellada.

—Nos vamos María Úrsula —manifestó Franchesco, agitando nerviosamente sus manos en el aire. Dio unos pasos fieros que le pesaban como carros en derredor de la mesa de noble madera que él mismo había construido. Volviéndose hundió su mirada en la de su mujer, sintió una densa humedad que le inundaba los ojos, lágrimas espesas y amargas resultantes de su imposibilidad por no poder ofrecer una mejor vida a su familia, el dolor de tener que dejar todo lo que pocos años atrás, él había creído que tanto prometía y el temor de verse urgido a tomar una decisión impensada otrora, cuando Italia en su corazón, parecía florecer por igual para todos.

—¡Mañana mismo! —agregó Franchesco cayendo de cuclillas sobre sí mismo, cubriéndose el rostro con ambas manos para contener el llanto atormentado que lo ahogaba por dentro, mientras ella con el niño en brazos se le aproximó y bajando una mano le acarició el cabello, con ternura infinita y profunda angustia, mientras sostenía al pequeño con lo poco que de fuerzas le quedaba. La criatura percibió el clima doloroso que invadía su hogar. Las emociones y pesadumbres de ambos padres penetraban el aire y las paredes, traspasaban las telas y los muebles e impregnaban el todo como millones de cuchillos minúsculos y envenenados. De ello devino romper en un llanto desconsolado que no era hambre. Claro que no era hambre por Dios y la Virgen de la Piedad.

Franchesco se incorporó y muy juntos, abrazados los tres, finalmente se permitieron llorar en silencio.

Estaba al día con el estado fiscal de sus posesiones pero no tenía caso quedarse a vivir con su familia sin oportunidades de producción. Tampoco era dable pensar en vender lo que le pertenecía porque nadie daría ni el cinco por ciento del valor

que él había pagado a don Fortunatto por aquello.

Dejó los títulos de propiedad a buen resguardo en el bufete del único abogado que residía en Santa Sofía comprometiéndose a girar el tributo anual que el estado le impusiera y las costas que correspondiera en calidad de honorarios en favor del profesional.

También dictó su voluntad de dar en comodato sus posesiones al clero por el tiempo que su familia estuviese ausente, con un manifiesto especial que rezaba:

A mi regreso yo, Franchesco Dimastro Pietro junto con mi esposa María Úrsula Di Rozzi hemos de conceder y otorgar seis meses de prórroga al beneficiario para continuar con el usufructo de esas posesiones tomando nosotros, los propietarios, a nuestra cuenta los gastos y expensas en los que pudiese encontrarse el mismo por la causa de nuestro retorno.

El palacete en poco tiempo se convertiría en refugio para niños abandonados y desamparados.

La despedida fue dolorosa, desgarradora para Maru que había vivido toda su vida bajo las polleras de Pabla y que jamás se había movido de Santa Sofía.

La muchedumbre agolpada en el puerto era el escenario menos pensado poco tiempo atrás. El bullicio reinante, el ajetreo de quienes se disponían a partir, las repetidas escenas de llantos, abrazos y apretujones que se multiplicaban por doquier, aumentaban el sentimiento de congoja que embargaba a todos en mayor o menor grado.

Pabla abrazaba con fuerzas a su hija, a su yerno y a su nieto. Los cuatro componían una oscura pintura de la dolorosa realidad. Entre lágrimas se besaban y se decían palabras de aliento y esperanza, prometiéndose un pronto reencuentro que en lo más profundo de sus almas presentían que nunca sería posible. Cuando los silbatos de los guardas y las bocinas del vapor comenzaron a apurar al gentío, Pabla aferró las manos de María Úrsula, atenazando por última vez esa pequeña y delgada

línea que las unía, luego un empujón de otros que al igual que ellas también se despedían, acabó por separarlas. Franchesco la tomó del brazo y cargó al pequeño apurando los pasos. Maru avanzaba hacia el vapor sin dejar de voltear hasta que finalmente perdió de vista a su madre para siempre y no pudo localizarla desde la cubierta, porque allí mismo, ese día, el lugar albergaba un mundo de gente.

También Pabla buscaba ver entre la multitud a sus familiares embarcados, con un sentimiento de opresión en el pecho que le quitaba el aliento. Le pareció verlos y guardó en su memoria aquella imagen. Los pañuelos eran echados al aire, tanto por los que partían como por los que quedaban, agudizando el clima de hondo pesar. El día era nublado y gris y una llovizna fina y persistente acababa por cubrirlo todo, cuál si de una estela de brumas gigantescas se tratara.

Aquella niebla que todo lo envolvía con su manto húmedo de partículas de aguas amargas, hacía aún más gris el sentir de esa pobre gente que intentaba escapar de la miseria negra.

El bramido del mar era una amenaza temible pero inevitable. Era el rugido de un monstruo que llegaba hasta la costa, para llevarse los tesoros del alma a destinos desconocidos e inciertos como la noche. Las aguas se veían oscuras, de un verde profundo, impenetrable y dantesco.

Revelaciones

Doña Catalina Susana puso a su hijo al tanto de la partida de Franchesco, la cual había sido sorpresiva y sin aviso, noticia que lejos de aturdirlo o preocuparlo, lo alegró. Era frecuente que un peón se cansara y se fuera sin pedir siquiera la paga de un jornal, lo hacían buscando mejores horizontes y a él eso le allanaba el camino para satisfacer su concupiscencia, pero debía ser muy prudente. José León Pérez no lograba contener su deseo de ver a la mujer que no pudo hacer suya a orillas del arroyo a causa de la estampida del caballo montado por el inoportuno y anónimo jinete. Se había metido en la casa de Marcelina López por un lapso de diez días para no enfrentar la mirada de María Úrsula. Pospuso un tiempo más el retorno a la estancia *La Perdida* yéndose a su otra propiedad, la estancia *La Emma*, convencido de que la lascivia que ella le despertaba podría ser irrefrenable. Temía acabar tras las rejas por su impudicia. Sabía que las habladurías contra su persona no eran murmuraciones infundadas, él era el responsable de un acto salvaje y las voces que se multiplicaban tras las ventanas y por los rincones para condenarlo o señalarlo nunca se silenciaban del todo.

Aún así había otros intereses por los cuáles debía hacer como si nada hubiese pasado, que lo obligaban a volver a *La Perdida*. Pero contra su voluntad la primera razón por la que volvía era ella, pese que por cierto ya era urgente hablar con Marcos para ponerse al tanto de las cuestiones relacionadas con el ganado y otros menesteres.

Cuando abrió la tranquera y al tiempo que avanzaba hacia el interior por la perfumada avenida de los pinos, no se la quitaba de la mente.

Sin embargo, pese a su derecho de encontrarse ahí porque era dueño y señor del lugar y eso nadie se lo podría reprobar, se lo reprobaba su propia conciencia y temía de sí mismo, de su propia enajenación y su propia locura.

El coche avanzaba levantando una densa y pegajosa polvareda cuando la vio. Los perros ladraban y corrían jadeando tras el auto.

Ella salía de la cocina sosteniendo al niño con un brazo sobre su cadera y llevando un balde cargado con el otro. Andaba con los cabellos sueltos bajo un pañuelo que usaba para que no le cayera el pelo sobre la cara, un vestido liviano estampado, con un delantal encima, que al volarle con la brisa campestre le marcaba sus formas pese el niño y el balde. Se le notaban los pechos que aún amamantaban y el vientre chato. Esa imagen era para él tentación y lujuria en demasía, no veía a una madre con su hijo, no a una pobre campesina en sus labores, veía a una mujer desnuda, la imaginaba sin ropas y a su merced, en su mente perversa el vestido no existía, el niño tampoco, lo mataría si fuese necesario, aunque siendo tan pequeño no haría falta, en cuánto pudiera tenerla lo haría, por más que el niño gritara.

Tal era el erotismo y la obscenidad que ella despertaba en él que detuvo el coche tan sólo para observarla y fantasear aquello que su bajo instinto le traía a flor de piel. Cuando la perdió de vista puso nuevamente en marcha el vehículo y se apresuró para hablar con Marcos, quién le pasó un informe detallado del estado de cosas. Cuántos animales habían nacido vivos, cuántos muertos, cuántas hembras habían perdido durante las pariciones y cuánto era el ganado en pie que se contaba por cientos de cabezas, como también otras cuestiones

relacionadas con la peonada, los pagos que se adeudaban y las ventas que ya se estaban cerrando en la feria.

Ese día podría haberse marchado rápidamente, dejando en manos del eficiente administrador todas las cuestiones por finiquitar, pero continuaba subyaciendo un interés mayor: la mujer, *esa mujer*, la quería a costas de cualquier consecuencia ulterior.

Recorrió la casa, caminó cerca de los corrales, señaló nimiedades. Se detuvo a contemplar una parte de las riquezas que le pertenecían y entrecruzó algunas palabras con unos y otros hombres. Dio vueltas como un animal enjaulado oliendo la presa deseada. Necesitaba romper furioso los barrotes de la jaula y abalanzarse como una fiera hambrienta sobre la frágil gacela.

Antes del atardecer le habló descaradamente, como si nada hubiese sucedido unas semanas atrás.

–Usted viene conmigo, prepare sus cosas que la llevo con su marido a la estancia *La Emma*.

Una profunda desconfianza y un temor creciente se apoderaron de ella que se atrevió a enfatizar.

–No señor, yo me quedo. Espero aquí a mi marido.

–¡No sea estúpida, no soy el lobo feroz ni pienso comerla, ande, venga le he dicho!

–No lo haré señor, no iré con usted a ninguna parte.

–¿Quién cree que soy yo acaso? ¡Yo soy el patrón, aquí mando yo, las órdenes las doy yo! ¿Entiende? ¿Le queda claro? –vociferaba encolerizado soltando chispas brillantes de sus ojos enrojecidos.

Asqueada y sintiendo nauseas agachaba la cabeza para no verlo y sentía que la furia y las lágrimas le inundaban los ojos. Aún así levantó la voz para gritarle y repetirle que nunca iría sola con él a ninguna parte.

–¡No señor! –negó con firmeza.

Exasperado, furioso, acostumbrado a dar órdenes que nadie le discutía, comparando a esta mujer tan pequeña y tan fuerte, con la otra muy boba que se arrastraba a sus pies y ardiendo de pasión por ella, quien al hacerle frente y resistirse a su voluntad mayor deseo le despertaba, perdió la poca tolerancia que le quedaba. Apretándole con fuerza un brazo la obligó a caminar hasta su coche, abrió la puerta y los arrojó a ella con el bebé adentro, trabó el seguro y partieron.

Marcos, a quién no se le escapaba nada y también había visto lo acontecido a orillas del arroyo, llamó a un par de hombres de su entera confianza y poniéndolos en conocimiento de lo que estaba pasando, montaron sus caballos y fueron detrás del patrón.

El capataz contaba por parte de los demás con una muy alta estima de su persona, gracias a unas condiciones que le eran intrínsecas y naturales, que le permitían que su ascendiente y liderazgo sobre los otros hombres no se pusiera en duda jamás. Con ello rápidamente lo acompañaron, persiguiendo al patrón, que por cierto no gozaba de ningún aprecio.

En el caso que fuese cierto que llevaba a Maru a la estancia *La Emma* volverían sin dar cuentas a nadie de la escolta montada a distancia prudencial, de lo contrario...

El coche parecía completar el recorrido conducente a la otra propiedad. Ya casi llegaban a la tranquera de entrada. El coche continuó un trecho más allá y se adentró en un bosque frondoso y oscuro.

Los tres jinetes apuraron los caballos. Al llegar al punto donde el coche se ocultaba, se apearon y siguieron con todo sigilo hasta que los gritos y llantos de Maru y el bebé los indujeron a correr.

La escena que se les presentó dejaba a la vista la verdadera naturaleza de León Pérez, un hombre brutal e

inescrupuloso.

Abofeteaba a la indefensa mujer, su objeto de deseo, que trataba de defenderse con todas sus fuerzas, pero nada podía contra aquella bestia que le rasgaba el vestido y la empujaba contra un árbol a punto de someterla, mientras el niño lloraba dentro del coche. Todo acontecía rápidamente.

Tapándole la boca con una mano, por puro gusto y sadismo, por torturarla y negarle el único derecho que le quedaba, el de llorar en su desgracia, ya que allí nadie podría escucharla, León Pérez sintió que un par de manos lo tomaban por los hombros y lo arrancaban del lado de la codiciada hembra.

Lo que siguió se transformó en una trifulca en la que Maru tuvo la oportunidad de reponerse apenas, adecentarse como pudo con su vestido rasgado, correr hasta el coche para abrazar y calmar al bebé que era un sólo desconsuelo entrado en pánico y huir.

En la pelea los que más llevaron las de perder fueron el propio León Pérez, por su inferioridad numérica en relación a los oponentes y Marcos que fue agredido por éste con un fuerte piedrazo en la cabeza.

Con Marcos manando sangre y yaciendo inconsciente en el suelo y León Pérez reducido y fuertemente atado de pies y manos con sogas que sacaron del coche, los hombres montaron sus caballos y se internaron en la estancia *La Emma* para denunciar lo que acababa de ocurrir y pedir ayuda.

Los hombres de la estancia en pocos momentos tomaron el control de la situación secundados por los otros dos y llevaron al herido y al atacante al casco de la propiedad.

Uno de los hombres de la estancia *La Emma* fue enviado a dar aviso de los hechos a la patrulla.

Doña Catalina Susana Porcel y Ojeda viuda de León Pérez sufrió un desmayo y las domésticas corrieron a socorrerla con

sales.

Antes que llegara el doctor, la patrulla se llevó a León Pérez.

—A éste lo va a revisar el médico de la policía —dijo el jefe a cargo.

Los miembros de la patrulla lo metieron en el coche policial.

—Tendrán que acompañarme la denunciante y los testigos —carraspeó no muy convencido por tener que llevarse al todopoderoso León Pérez.

A Marcos lo desvistieron y lo acostaron en la cama de una habitación desocupada. Al arribo del galeno doña Catalina Susana se encontraba recuperándose gracias a las sales de amoníaco que las mujeres le acercaban y que por su fuerte olor podían levantar hasta un muerto. No pudieron detenerla. Cuando reaccionó dijo que ella personalmente oficiaría como ayudante del médico.

—Ningún moribundo que se encuentre bajo mi techo tendrá que pedir un vaso de agua, yo misma me ocuparé de atenderlo, aunque haya tenido un altercado con mi propio hijo —lo dijo y se dirigió tan pronto como pudo a la habitación, con las domésticas corriendo detrás suyo.

El herido yacía tendido boca abajo, semidesnudo, cubierto sólo con los calzones por toda vestimenta.

Ante la visión de ese cuerpo quedó estupefacta. Veía a su propio esposo en ese desconocido. Sus ojos no daban crédito de tantas semejanzas. Señas muy particulares: un angioma con la forma muy parecida a una frutilla sobre el hombro izquierdo y dos dedos pegados en el pie del mismo lado.

—No es posible Dios mío —pensó. —Esto no es posible.

—¿Cómo puede ser que este hombre lleve en su cuerpo estas señas? —Creyó que se estaba volviendo loca, se sintió muy mal y rompió en llanto porque un extraño sentimiento se

apoderó de su ser y le recorrió un infinito desasosiego, una honda pena, algo que desde su interior más recóndito le decía la verdad sin necesidad de explicaciones. Pero entonces ¿Quién sería el hombre que llevaba el nombre de su hijo legítimo?

Sospechando que estaba viendo a su propio hijo, al hijo de su sangre y de su vientre después de toda una vida, una fuerza instintiva la llevó a besar su frente y a detener su mano en el aire, sobre la herida, rogando a Dios que con inmensa piedad lo sanara.

–Por favor señora, no toque la herida, debo hacer una limpieza profunda para evitar que se infecte.

–No doctor, quédese tranquilo, solo estaba rezando –dijo –Y el médico debió tomarla del brazo con delicadeza para ocupar el lugar en el que ella se encontraba y poder finalmente atender a Marcos.

–Alcánceme el botiquín por favor, voy a usar mis preparados.

Ella prestamente le alcanzó al médico su caja. El doctor extrajo un frasco marrón oscuro y pequeño que contenía una mezcla de ácido carbólico con arsénico para contrarrestar la acción de organismos bacterianos y usó telas esterilizadas, lo curó y lo vendó.

Informó que no era conveniente trasladarlo a ningún sitio en esas condiciones, por lo que solicitó que se le permitiera al herido continuar en esa cama hasta tanto diera señales de mejoría.

Dio instrucciones a la señora para su atención, pidió la ayuda de un hombre para poder colocarlo boca arriba y aclaró que el estado de inconciencia no era una buena señal.

–Si pasadas las primeras horas no recupera el conocimiento, el cuadro puede empeorar. –Volveré a verlo mañana –terminó diciendo y se despidió.

Doña Catalina Susana no se movió de la habitación, las

muchachas le llevaron el te con galletas porque decidió que no se retiraría de allí hasta verlo reaccionar. Dentro de su alma comenzaba a desatarse una tormenta terrible, de pronto volvieron a su mente los recuerdos que en lugar de darle calma, ayudaron a que su pesadumbre fuese mayor. Recordó que el bebé que ella alcanzó a ver recién nacido tenía las mismas señas particulares que su esposo y eso le había significado una profunda alegría.

"Después estuve al borde de la muerte y no pude amantar al niño... cuándo lo sostuve en mis brazos me pareció tan pequeño... parecía un niño de pocos días... mi hijo ya tenía cuarenta días creo... lo sostuve por primera y sentí una extraña sensación que me recorrió el cuerpo y el alma. Llevaba cuarenta días de nacido y se veía tan chiquito, tan pequeño, *tan cambiado*... no era esa la imagen del bebe recién nacido que yo guardaba en mi memoria, el color de la piel, la carita, pero estaba claro que yo no lo había amamantado y eso era razón más que suficiente para que el bebé no hubiese crecido mucho. Tampoco me lo llevaban por temor a que se contagiara de mi fiebre y mi mal estado."

"Para cuando vi sin ropas al chiquito, completamente desnudo para darle un baño, el angioma se había borrado, los deditos de los pies se habían separado... el angioma se había borrado, los deditos de los pies se habían separado..."

"—¡Micaela! ¡Micaela! ¡Ven pronto!"

"Mi sorpresa no me permitía pensar, ¿Era un milagro? ¿Qué había pasado con mi hijo? yo había visto las señas particulares, de eso estaba segura..."

"—¡Micaela! ¡Micaela! apúrate por favor."

Dado que Micaela no respondía, invadida por una terrible ansiedad, bañé al niño con premura, lo envolví en ropas livianas y salí enloquecida a compartir con las mujeres de la casa lo que acababa de descubrir."

"¡Micaela! ¡Micaela! Seguí bramando...

Se me acercaron la cocinera y las mucamas y me dijeron:

–Perdón Señora, a Micaela la hemos buscado pero no pudimos encontrarla, no sabemos dónde se ha metido esa chica."

Las cavilaciones que le acometían como llamaradas de recuerdos le amargaban cada instante de ese día. Ella había retenido en su memoria lo que había intentado olvidar cuando descubrió en el cuerpo del niño que crió como propio, la ausencia del angioma y los dedos unidos. Mil veces se había preguntado si había un secreto por desvelar y se respondía que Dios le había hecho un milagro, necesitaba convencerse de eso para apaciguar y calmar su espíritu. Las dudas nunca se fueron porque no encontraba en su hijo, el hijo que ella había criado, ningún parecido con su esposo ni con ella misma, ni en lo físico ni menos aún en el carácter, incluso muchas veces se había dicho que ese muchacho no parecía hijo suyo. Tenía que admitir que esos pensamientos pugnaron por salir durante más de cuarenta años y ella misma los sepultaba. Una vez pensó en hablarlo con el padre Cayetano, pero enseguida desechó la idea, Y de pronto un hombre herido en su casa, tendido inconsciente, estaba allí trayéndole una enorme y dolorosa verdad: nunca estuvo segura de tener frente a sí a su hijo... y éste que yacía moribundo en su presencia parecía gritarle – ¡Madre!

Milagrito –Micaela Paz– aún era una mujer joven que se había quedado soltera y acompañaba en su vejez al matrimonio que les había dado albergue y amparo.

Pocos años atrás, desesperada por la culpa que le carcomía el alma contó la verdad a Doña María, quién la trataba como a una hija al igual que a Marcos.

Estaban tomando mate amargo y comiendo tortas fritas calientes en un atardecer lluvioso, viendo desde los cristales de

la ventana de la pequeña cocina cómo se sacudían los árboles y cómo volaban las hojas que se desprendían de aquellos, cuando lo dijo.

–Debes presentarte en la casa de doña Catalina Susana y revelarle la verdad hija, no puedes quedarte con esa culpa, además Marcos tiene derecho de conocer su verdadero origen, no puedes quitarle el derecho a su fortuna y a su herencia legítima, tu hijo tampoco es culpable de nada... prométeme que no te irás de este mundo con el secreto.

–¡Tengo tanto miedo de decir la verdad! ¡Doña Catalina Susana no podrá perdonarme el mal que le he causado, eso me entristece tanto como la culpa María! ¡Ella me crió bajo su techo cuando mis padres, pobres como las ratas me entregaron para que yo pudiera tener ropa y comida y mire cómo le he pagado, por Dios, qué dolor siento María!

Las lágrimas anegaban sus ojos y los secaba con un pequeño pañuelo bordado con diminutas flores blancas.

–Ningún dolor puede ser mayor al que condena tu conciencia hija, debes decir la verdad, la madre y el hijo tienen el derecho de saberlo. Piénsalo –le dijo mientras le cebaba otro mate.

Cuándo Micaela escuchó la noticia de los altercados que llevaron preso a José León Pérez y dejaron inconsciente a Marcos precisamente en aquella casa, se postró a rezar en su habitación aterrada, pensando que esa era una advertencia de Dios. No podía seguir ocultando su secreto porque imaginaba las terribles calamidades que caerían sobre ella.

–Ha llegado la hora –aseveró María.

El día siguiente Marcos entreabrió los ojos. Doña Catalina Susana estaba ahí, viéndolo. Había descansado apenas tres horas y con firmeza había vuelto a la habitación del herido, una fuerza desconocida la llevaba hasta él. El sol que entraba por la ventana le permitió ver el color de esos ojos que se

tornasolaban como los suyos y una nueva opresión profunda dolió en su cansado pecho.

Al pensar y saber a su “hijo” José León Pérez preso se sintió muy mal. Se había ocupado ya de enviarle un buen abogado para que lo representara (lo necesitaría en el caso que el herido muriera) dado qué aunque él fuera el responsable de los sucesos, ella, con todo igualmente lo amaba. Lo amaba aún cuándo mil veces había sentido dudas y sospechas sobre su identidad. Inmediatamente que los presagios y conjeturas la asaltaban, desestimaba con fuerza todo juicio o reflexión que la alejara de su sentir materno.

Cautiva de tales tormentos espirituales, se mostraba entera. Al ver a Marcos entreabrir los ojos se levantó con cuidado de no hacer ningún ruido que lo alterara y dominada por emociones encontradas se le fue acercando. Nadie le había dicho la verdad y tampoco la entendía, pero ella ahora finalmente la conocía. Esos ojos que comenzaban a percibir la luz después de la oscuridad y la inconsciencia la llamaban por su nombre: Madre.

Tomó las manos de Marcos entre las suyas y reparó en una dramática impresión, que no había experimentado cuándo tomó por primera vez en sus brazos a su hijo José. Mirándolo con mansa y tierna delicadeza le dirigió las primeras palabras de su vida a su verdadero hijo. Consciente de la trascendencia de aquel momento único e irrepetible su voz sonó trémula y débil pero denotaba un palpitante sentimiento nuevo e indescriptible, como también desconocido.

—Buen día... ¿Cómo se siente querido? ¿Recuerda lo que ha pasado?

Su entonación al hablarle era una canción de cuna nunca cantada, una caricia propagándose en el aire hasta penetrar el centro del corazón del hijo recién nacido nuevamente, la expresión de un amor irrefrenable que sentía crecer dentro

suyo como un manantial de aguas claras.

Le hizo esos comentarios livianos y sobre todo esa pregunta última, porque el doctor se lo había recomendado. "Si despierta pregúntele qué recuerda, si sabe quién es, cómo se llama, pero no lo apure, una pregunta por vez, dele tiempo, yo volveré a verlo mañana."

—Si señora, el hombre... El patrón... Estaba atacando a la mujer... Pobre mujer... La defendimos... Ella lloraba... El chiquillo lloraba... No recuerdo nada más. ¿Dónde estoy?

—Tranquilo querido, *está en su casa*, ¿recuerda su nombre?

—Marcos, me llamo Marcos Juan Gabriel Paz.

El apellido fue como una detonación en la cabeza de la pobre mujer, una explosión, un estallido. Micaela Paz. Recordó aquel nombre nunca borrado que vino al presente como una tempestad feroz barriendo a coletazos todo lo que hubiera a su paso. Fragmentos del pasado se agolparon desordenados y anárquicos dentro de su cabeza. En sus pensamientos no cabía orden ni gobierno que pudieran sosegarla, todo era un rompecabezas imposible de armar, un caos de enormes proporciones que ella no podía acomodar, ni entender, ni comprender.

—¿Paz? ¿Se apellida Paz?

Tuvo que apoyarse sobre el bastón y sentarse porque se sintió caer.

"Perdón Señora, a Micaela la hemos buscado pero no pudimos encontrarla, no sabemos dónde se ha metido esa chica" —recordó.

"Micaela faltó de la casa... ¿Cuándo ?... Cuándo me sentí recuperada y bañé al niño ella ya no estaba en la casa..." — Seguía recordando.

En ese momento entró una de las domésticas acompañando al doctor, que examinó al herido, le hizo las curaciones y lo encontró mucho mejor de lo que esperaba.

De pronto la madre se encontraba azorada frente a una verdad que le gritaba, silenciosa.

Los ladridos de la jauría de perros los puso en alerta. Un coche se aproximaba a la casa. La mucama salió a recibir a los recién llegados, eran forasteros.

–Buen día, venimos con Milagrito, perdón digo, venimos con Micaela Paz, ¿Sería tan amable de anunciarle a doña Catalina Susana de nuestra visita? –preguntó el anciano comerciante. Venimos de los pagos de Carmen de Areco, díglele que traemos noticias muy importantes para ella.

–Ya mismo los anuncio, pasen por favor.

Los tres visitantes siguieron a la mucama, Micaela con ojos desorbitados reconocía la estancia palmo a palmo, como si se hubiera ido de ahí el día de ayer.

Cuando doña Catalina Susana supo que Micaela Paz se encontraba en la casa se sintió asaltada por toda clase de dudas y emociones. Habían transcurrido cuarenta y dos años desde su desaparición y nunca había recibido noticias de ella.

Despidió al médico quien quedó en pasar al día siguiente para ver la evolución de su paciente y encargó a la mucama que no se apartara de la habitación dónde se encontraba Marcos. Le pidió que se mantuviera atenta por cualquier cosa que el muchacho pudiera necesitar.

Se dirigió al recibidor tan rápido como pudo, pues sentía urgencia por ver a Micaela y conocer los motivos de su visita.

Antes de poder hablar, las dos mujeres se miraron, extendieron los brazos una hacia la otra y se confundieron en un abrazo que parecía ir más allá de los cuerpos. Era un abrazo del alma, las dos lloraban en silencio, conmovidas.

El matrimonio de ancianos también lagrimeaba.

Fue la dueña de casa quién recuperándose de tanta sorpresa pudo tomar la palabra. Doña Catalina Susana pidió a las mucamas que trajeran el servicio.

–Micaela necesita hacer una confesión muy delicada señora –dijo María.

–¿Y bien? –preguntó en un hilo de voz–. Cuéntame querida, ¿Qué ha pasado? ¿Por qué te fuiste así, sin despedirte?

A las preguntas siguió una respuesta de silencio y suspenso por algunos instantes que a todos se les hicieron eternos.

El anciano visitante se puso de pié incómodo, dirigiéndose a su esposa.

–Mujer creo que sería mejor dejarlas conversar a solas.

Micaela miró a los ojos a María, a quién con un leve movimiento de su cabeza le confirmó que prefería quedar a solas con doña Catalina Susana. Ésta sentía un presagio expandiéndose muy dentro.

Sin embargo la confirmación de sus sospechas traería más sufrimientos, un infinito sentimiento de impotencia por haber perdido toda oportunidad de conocer, educar y amar a su hijo. En su alma había espacio para amar también al otro niño, los habría criado a ambos con el mismo cariño si hubiese tenido la posibilidad de elegir. Lo habría hecho con la certeza de que eso era lo correcto.

Una vez que ambos salieron de la sala para dejarlas a solas aprovecharon para hacer una caminata en derredor de la casa, ver las plantaciones, tomar algo de fresco y oler la agradable brisa que traía el aroma del parque frutal.

Micaela refirió los hechos del pasado. Había llegado hasta la casa para sacarse la carga de una culpa de la cual no se había liberado en todos esos años y por fin pudo contarle todo con lujo de detalle. No le importaba si después le llegaba la muerte.

Cuando el peso de lo callado durante cuarenta y dos años comenzó a alivianarse las palabras pugnaron por salir de su boca.

–No se imagina lo que sufrí después de aquella mañana

que fui a dar de comer a las gallinas –sollozaba –las espinas, las piedras, los arbustos que me lastimaban la piel cuándo ese hombre abusó de mí, después también lo supe, se me habían metido en el cuerpo y en el alma. Me quedé embarazada y yo no quería al hijo de la vergüenza, pobre ángel de Dios, con el tiempo me di cuenta del error, debí llevarme a mi propio hijo, no debí cambiar los niños. Todo ha sido terrible doña Catalina, pero en aquel momento no pude darme cuenta. Se arrodilló a sus pies, se postró y lloró pidiendo perdón, las lágrimas de sus ojos bañaban los pies de doña Catalina Susana y ella los secaba con sus cabellos como dos mil años antes, la ramera lo había hecho con los pies de Cristo.

El dolor que las dos mujeres experimentaban laceraba sus almas, doña Catalina Susana no cesaba de llorar por el hijo que Micaela le había arrebatado, pero no podía culparla. En su grandeza y por la sabiduría que le aportaban los muchos años vividos comprendía que una gran desgracia había caído sobre ellas y sus hijos cuando el malhechor cometió el aberrante y antiguo ultraje.

No pudiendo soportar tan amargas verdades que la habían convertido a ella y a su único y bien amado hijo en víctimas inocentes de una trampa brutal del destino, se sintió descompuesta y pidió que Micaela y la mucama la acompañara a su cama.

Hacerlo no le sirvió de mucho, sólo y simplemente le ayudó a no caer al suelo por la pérdida del equilibrio en esa circunstancia que se encontraba de repente. Sentía los latidos del corazón acelerados, el aire no parecía llenarle los pulmones, el aliento le quemaba por dentro, quería escapar y correr hasta dónde yacía su propio hijo herido. Se sentía morir, las piernas no la llevarían, tampoco quería que él –ajeno a la revelación que acababan de hacerle y que lo colocaba en la cima de un pedestal– la viera a ella, una señora mayor, desconocida para

él, tan desencajada y atormentada. Al muchacho no lo ayudaría en su recuperación y lo que ella más anhelaba era eso, la recuperación de Marcos. ¿Porqué Marcos, si su verdadero nombre debió ser José León Pérez, como su padre? ¿Y el otro muchacho, él que llevaba el nombre de José León Pérez? ¿Por qué llevaba una identidad que no le correspondía?

Lamentaba que ambos niños no hubiesen crecido juntos, podrían haberse criado como hermanos capaces de cuidarse y defenderse y cuidarla y defenderla a ella misma de cualquier amenaza que les presentara la vida.

No condenó a Micaela. Ésta quería morir en ese mismo momento, ya nada le importaba, había cumplido con el pedido de su ser interior que clamaba por decir la verdad.

Micaela rogó poder quedarse, quería conocer al hijo que había gestado en su vientre, como también atestiguar con el Juez de Paz en los asuntos relacionados con la identidad de los muchachos.

Dos días después el matrimonio de ancianos partía hacia Carmen de Areco sin Micaela.

En tanto el Juez de Paz ad honorem en Pergamino dictaba sentencia en cuanto a los sucesos que mantenían herido a Marcos Juan Gabriel Paz y preso a José León Pérez. Con el informe del médico que confirmaba la recuperación del primero y que en su párrafo principal rezaba:

“El paciente presentó traumatismo de cráneo con pérdida de conocimiento. Al día de la fecha se encuentra recuperándose satisfactoriamente” bajó el martillo.

—Pongan en libertad a José León Pérez. Aquí no ha muerto nadie. Caso cerrado.

Mientras tanto Maru y el pequeño Franchesco Vincenzo fueron alojados en el convento de la Congregación del Huerto por disposición del mismo juez, ya que las circunstancias y acontecimientos recientemente acaecidos indicaban que eso

sería lo más adecuado hasta que alguna familia acomodada la requiriese como doméstica con cama adentro. Tal como estaban dadas las cosas el juez no encontraba mejor solución.

Ya liberado José León Pérez entró en su casa en la estancia *La Emma* e inmediatamente percibió que algo no andaba bien. No se imaginaba que Marcos se restablecía de su herida en una dependencia de la casa, tampoco podía siquiera tener la más remota idea de los acontecimientos que se habían precipitado durante esos pocos días ni las revelaciones que habían salido a la luz, por las cuáles estaba postrada y descompuesta su madre doña Catalina Susana.

Antes que nada comió con voracidad queso, salame y pan, tomó dos vasos de vino tinto de excelente cosecha y mejor bodega, mordió una manzana y se dirigió a la habitación de su madre.

—¡Buenas y santas viejita! —le dio un beso en la frente y agregó —¿Qué le anda pasando? ¿Desde cuándo está en cama? ¿Cómo se siente?

—Hay querido, querido... me siento muy mal, me falta el aire, no sé si salgo de esta, no sé si mi corazón va a soportar tanta tristeza. ¿En qué líos te has metido? Dime.

—No ha pasado nada viejita, una pelea nada más, un asunto de polleras, usted sabe.

—No hijo, yo no sé bien que ha pasado pero no me gusta nada que hayas golpeado al capataz de la otra estancia, el encargado de *La Perdida* ¿Por qué lo hiciste? Cuéntame.

—Ahora no, ahora póngase fuerte, tranquilícese que no ha pasado nada, quiero verla andando por la casa como siempre, haga un esfuerzo, póngase bien, hágalo pronto viejita.

Al salir de la habitación se cruzó con una mujer pocos años mayor que él, y aunque nunca la había visto en su vida, sintió un estremecimiento, cómo si ella guardara un gran secreto. Tal vez fue la mirada de Micaela Paz, tal vez un

llamado interior, una voz escondida que lo puso en alerta.

Se volvió preguntándole.

—Oiga, ¿Quién es usted, la conozco?

La mujer negó con la cabeza a uno y otro lado, entristecida y llorosa.

—No señor, usted no me conoce —dijo y se refugió en la habitación de Doña Catalina Susana porque no sabía cómo explicar quién era ella y qué estaba haciendo ahí.

León Pérez se alejó rápidamente hacia la parte trasera de la casa y cómo si presintiera que más sorpresas lo esperaban, le dio por husmear en las habitaciones y cuál fue su desconcierto y asombro al encontrarse con Marcos, recuperándose y aún con los vendajes en la cabeza allí, en una dependencia de su casa.

—¿Qué significa esto? ¿Qué esté haciendo usted aquí, en mi propiedad? ¡Levántese ya mismo y salga de mi casa! ¡No me importa si usted está convaleciente o lo que sea! ¡Usted solito se metió en esto! ¿Quién lo mandó seguirme y meterse a interrumpirme cuando estaba a punto de tomar a esa mujerzuela? Vamos, salga ya mismo si no quiere que lo asesine, que por supuesto ganas no me faltan.

Marcos apenas si estaba en condiciones de levantarse, no obstante hizo el intento cuándo la voz de la anciana mujer irrumpió en la estancia.

—No, no... Usted m'hijo se queda en cama hasta que el doctor le dé el alta.

—¡Pero no viejita, si por culpa de este entrometido estuve preso! ¡Ya le dije que fue un asunto de polleras! Éste seguro quería tomar la misma prenda que yo vamos, salga de mi casa —agregó con tono amenazante.

La anciana haciendo gesticulaciones y aspavientos negó decididamente.

—No hijo, él aquí se queda y punto. No se hable más del asunto. Sígueme al comedor, tenemos que hablar.

Protestando a voces León Pérez siguió a su madre.

–Maldita suerte, llegar por fin a mi casa y encontrarme con éste entrometido, si no fuese porque él me siguió yo ya habría hecho mía a esa hembra –pensaba con encono y resentimiento.

Eso no sería lo peor que tendría que soportar... lo peor estaba por venir...

La anciana había logrado levantarse porque su intuición materna la impulsó a defender a su propio hijo temiendo cualquier cosa por parte de José León Pérez.

Reponiéndose con una fuerza inusual le dijo a éste último que se sentara mientras ella buscaba algo muy importante.

–Espérame, vuelvo pronto, quédate aquí mismo –le dijo y se dirigió a su habitación.

En poco rato volvió con un cofre de madera lustrada que acomodó sobre la mesa y comenzó a buscar entre algunos informes un documento médico, se trataba de un papel amarillento, fechado cuarenta y un años atrás, tenía un sello de la Santa Federación con la imagen de Rosas en el margen superior derecho y una réplica del escudo nacional en el margen opuesto. Entre otros datos de suma importancia como el sexo y la edad del aludido, el documento señalaba como fecha de emisión el 23 de octubre de 1.842 y rezaba.

Acta de defunción...

...Y siendo las dieciocho horas de este día, constato el fallecimiento por infarto masivo de miocardio de José León Pérez, qué por la documentación que se encontró entre sus pertenencias y al decir de los testigos que lo conocieran en vida aseguran que se trata de dicha persona. Su cuerpo presenta señas particulares que paso a detallar para certeza de sus deudos, se trata de un angioma con forma de frutilla sobre el hombro izquierdo y dos dedos pegados en el pie del mismo lado...

Firmado Dr. Juan Carlos Agustín Fernández

Le habían dado cristiana sepultura en Entre Ríos, provincia en la cual se encontraba en la hora de su muerte.

–Léelo por favor hijo –dijo doña Catalina– y le extendió el documento que José tomó con manos ávidas y gesto perplejo.

Después de leer y releer el documento preguntó.

–¿Por qué me muestra esto viejita? ...no entiendo

–Es algo muy difícil de explicar –adujo la madre y continuó expresando –De casualidad al ver herido e inconsciente a Marcos en esta casa pude descubrir las mismas señas físicas allí descriptas en su cuerpo. Me llamó poderosamente la atención, demasiadas coincidencias, algo muy raro ¿no? tuve dudas, sensaciones muy extrañas, presentimientos, miré al cielo ese día tratando de encontrar una explicación...

–¿Qué me quiere decir con esto? ¿Sospecha que se trate de un bastardo, un hijo de mi padre con alguna ramera acaso?

–No m'hijo, no es eso –negó –es algo más delicado y más doloroso para todos.

–No entiendo, a ver, explíquese por favor –dijo– mientras cortaba un trozo de queso y se servía el tercer vaso de buen vino, echándose para atrás en la silla. No tenía idea del abismo que estaba por abrirse bajo sus pies.

–Has visto a Micaela, la cruzaste cuándo salías de mi habitación, es tu verdadera madre – explicitó con vehemencia.

León Pérez se removió en su silla interrogando a la anciana con una mirada intensa.

–Marcos es mi propio hijo –remató.

José León Pérez escupió el queso y el vino, que expulsó igual que un volcán en erupción y sintió una ebullición, una efervescencia que le subía hasta la cara de modo incontenible.

De un salto estaba en pié vociferando y preguntando enardecido qué clase de embuste era ese, qué demonios estaba

diciendo su madre, haciendo otros tantos cuestionamientos del mismo tenor con una furia en aumento que podía atemorizar a cualquiera pero no a doña Catalina.

—¿Es qué va a permitir que una usurpadora venga y le diga un dislate tan grande? ¿Y usted va a creerle? ¿Ha perdido la razón o qué? —tronaba y golpeaba la mesa con un puño.

Uno de los pobres perros salió escapando del lugar espantado, la perrita más pequeña, la Blanquita, que dormía en la habitación, gruñía y le mostraba los dientes al enajenado hombre. La anciana madre se mantenía firme y altiva como un mástil, segura de la verdad.

—¿Qué locura piensa cometer? ¿Por qué va a creer ese cuento? ¡Dígame!

—Ninguna locura, siempre tuve sospechas, yo vi las señas particulares de mi esposo en el cuerpo de mi hijo recién nacido, al principio estuve muy enferma y no pude amamantarlo, para cuándo me repuse y te di el primer baño noté con extrañeza que las señas ya no estaban. Tuve muchas dudas desde ese momento m'hijo, me encerré en la idea de un milagro, una sanación, no se... me parecía que eras muy pequeño para los cuarenta días que debías llevar de nacido... Micaela se había marchado sin despedirse y no supe más de ella hasta ahora.

—¡Es un locura! —exclamaba el hombre.

La anciana hizo una pausa y continuó.

—Cuando vi a Marcos inconsciente, boca abajo, tendido sin camisa y vi las señas como marcadas a fuego en su cuerpo, sentí una certeza pero no encontraba la explicación. Cuando se recuperó y abrió los ojos noté el tornasolado de su mirada, tan igual a la mía que sentí como si me estuviese viendo frente a un espejo, él lleva mis ojos en el rostro m'hijo. Después vino Micaela trayéndome esta verdad y confirmó mis sospechas. Tú no tienes ninguna culpa, eres un inocente igual que Marcos.

Habrá que decirle la verdad también a él. La historia que me contó tu madre es muy triste, escúchame...

 No es cierto, no le creo a esa embustera, quiere que su hijo usurpe mi lugar para quedarse con nuestra fortuna, no se deje engañar tan vilmente viejita, por favor se lo ruego  dijo  y se arrodilló desesperadamente.

Ni los ruegos, ni la furia, ni las súplicas fueron suficientes para convencer a doña Catalina Susana de la verdad que era una certeza inconsciente y remota en su psique y que ahora la vida le verificaba con pruebas demoledoras.

Ese día José León Pérez llor  amarga y sinceramente, como quizá nunca había llorado en toda su vida.

Transcurridos unos quince días y por consejo del abogado de confianza la anciana dictó su testamento declarando a ambos hombres como sus herederos por partes iguales del total de su patrimonio. Esto lo hizo para evitar que un juicio de filiación que pudiera tardar años en resolverse la llevara a la tumba sin poder ver finalizado el trámite. El abogado había sugerido que declarara como heredero universal de sus bienes a Marcos Juan Gabriel Paz pero doña Catalina no se sintió capaz, pese las demenciales conductas de José que mucho la alarmaron tantas veces a lo largo de esos cuarenta y dos años y la certeza actual que ninguna gota de la sangre de los León Pérez corría por las venas de éste. Ella no podía desampararlo porque consideraba que él era ajeno a las oscuras circunstancias que tiñeron sus cielos cuándo fue concebido.

También dispuso que los dos podrían convivir bajo el mismo techo si lo deseaban junto a ella, especialmente qu n nunca había gozado de sus derechos de hijo legítimo: Marcos.

José no soport  la humillación, fue hasta lo de Marcelina López y la poseyó con violencia en su cama, con odio y con saña. Al acabar, ella le reveló que tenía listo su vestido de novia y le rogó casamiento.  l soltó una carcajada estruendosa, su

risa fue tan siniestra como su pensamiento.

—Ponte el vestido —le dijo—. Ella obedeció como una muñeca sin capacidad de raciocinio. Buscó la caja que llevaba años guardada y se vistió con premura, sin idea de lo que estaba haciendo. Vestirse de blanco delante del novio antes de la boda traería desgracia en la creencia popular, pero Marcelina no tuvo presente tal superstición en ese momento de profunda embriaguez mental. Después de diez años en la caja, por fin se lo pondría para él. Se quitó lo poco que le quedaba puesto. Intentó ataviarse a la ligera, aunque había ganado mucho peso durante ese tiempo y le costó bastante esfuerzo colocárselo.

No le importaba, estaba tan emocionada tratando de entrar en el vestido que no sintió el puñal que se le hundió en el pecho. El rojo carmesí cubrió las blancas telas instantáneamente y a poco el suelo era un río de sangre.

José León Pérez volvió a reírse cuando la vio caer, los ojos abiertos, vidriosos y ciegos. Después trató de reanimarla porque estaba completamente fuera de sí. Se quedó al lado de la muerta un buen rato, después se metió el cañón de la escopeta en la boca y se descerrajó un disparo que lo dejó fulminado en el instante. Su cabeza estalló en mil pedazos desparramándose hasta el techo y contra las paredes.

Otras revelaciones

La anciana entró en la habitación de su hijo Marcos llevando una bandeja con te y galletas recién horneadas por Micaela. Acababa de hablar con José León Pérez, quién después de escucharla había montado uno de sus caballos saliendo como mil demonios sin rumbo claro.

—No importa —pensó doña Catalina —ya se le pasará, tendrá que comprender cómo son las cosas.

Miró a su hijo con una ternura inconmensurable que la transportaba en el tiempo permitiéndole imaginar al niño detrás de aquellos ojos.

—¿Cómo está querido, cómo se siente?

—Señora no hace falta que se moleste en atenderme, ya estoy bien y le ocasioné demasiadas molestias. Estaba pensando en irme mañana. Si el doctor no viene me iré igual, no quiero abusar de su hospitalidad, ya me siento fuerte. Ya estoy bien, se lo aseguro.

—Antes de irse tendrá que escuchar lo que tengo que decirle —afirmó con el rostro iluminado de paz —Hace cuarenta y dos años...

Marcos la escuchaba conteniendo la respiración, cada palabra que la anciana expresaba era como un bálsamo que le cubría la mente, dándole las respuestas que *Milagrito* le había negado toda su vida.

“¿Cómo se llamaban nuestros padres, qué les sucedió?”

Su interrogatorio de niño curioso en búsqueda de la verdad, era inacabable. Las respuestas que Micaela podía

ofrecer cada vez, eran vacías o mudas.

“¿Porqué llevo una frutilla grabada en la piel? ¿Porqué mis dedos pegados? ¿Quién era así? ¿Quién llevaba estas marcas en su cuerpo, mi madre, mi padre, quién? Mis ojos que cambian de tono con el sol. ¿De quién los he heredado?”

Cuando con suma entereza la anciana terminó su relato se sentía veinte años más joven si no más, de pronto se sintió con fuerzas renovadas y una salud recuperada que creía perdidas para siempre. José le daba muchos disgustos con sus comportamientos. Si bien a ella nunca le faltaba el respeto, la madre sufría viendo las injusticias y atropellos que él cometía contra la gente que los rodeaba en infinitas oportunidades. Peones, vecinos, proveedores, mucamas, administrativos, bancarios. Nadie se salvaba de sus abusos y malos tratos. Él era el amo y señor del mundo en su omnipotencia y poderío, la gente le pertenecía, el podía tomarla o dejarla y tratarla como le diera la gana y nadie podía detenerlo, era un hombre impetuoso, desmedido, irrazonable, odioso.

Afortunadamente doña Catalina no veía cómo trataba a las mujeres cuándo él decidía que les pertenecían. Se volvía un ser depravado y abominable, inescrupuloso, procaz, atrevido. Los calificativos en ese sentido podrían aumentar la penosa lista.

Marcos en cambio se podía describir de muchas maneras en cuanto a su personalidad y trato con la gente, pero la mayoría de las palabras con las que se lo pudiera definir serían halagos ya que las personas que lo conocían y trabajaban con él, generalmente habían coincidido en valorarlo de manera favorable sin imaginar siquiera su verdadera identidad.

Las palabras de la madre fueron expresadas con suavidad, casi como un susurro, un arrullo, un vuelo delicado de mariposas blancas, tal como si caricias invisibles y encantadas recorrieran las manos y el rostro del hijo.

Después de semejante revelación Marcos trató de ordenar sus memorias, sus pensamientos e ideas. Era un buen cristiano, educado por aquel matrimonio de nobles sentimientos y el sobreprotegido de *Milagrito*, que lo había elegido a él en el delirio de su inconciencia, pero sintió gruesas lágrimas rodar por sus mejillas al tomar noción de la gravedad y dimensión de la confesión de su madre, de quién jamás pudo recibir en tantos años todo su caudal de amor y enseñanzas, sus arropes y besos, sus consuelos cuando una angustia o un dolor lo aquejaron tantas, tantas veces.

De pronto esa anciana afable y desconocida, de mirada insondable, movía sin quererlo todas las bases de su identidad. Sus estructuras que creía firmes sobre roca, ahora temblaban sobre una superficie de arena. Se le hacía muy duro, tanto como inexplicable. ¿Qué sentimientos se mezclaban? Algunos como la rabia o el rencor contra *Milagrito*, profanaban su interior pacífico y en absoluto y en nada le agradaban.

No obstante ese era un día claro y soleado. Era un día brillante, iluminado por un torrente de verdades cristalinas fluyendo hacia ríos de aguas mansas, a veces turbulentas, pero más allá de las correntadas y piedras del cauce atravesado, encontraban reposo en hondonadas suaves y llanas donde finalmente el barro se aquietaba y el agua limpia brillaba con mil reflejos espléndidos.

El convento

María Úrsula cumplía con tantas obligaciones como la Madre Superiora le encomendaba. Muchas veces trabajando en la cocina, el huerto o los claustros de las Hermanas se encontraba lagrimeando. La Superiora era una mujer severa y enferma de sadismo que la obligaba a dejar al niño llorando en su cuna por horas. *“Por algo habrá querido tomarla el hombre”* – pensaba–. *“Primero les coquetean y después chillan, irameras! ¡Mujeres que tienen que arder en el infierno!”* –tales eran sus pensamientos en las horas de los rezos, varias veces al día.

Maru también participaba de los momentos de oración. Más de una vez se ligó una bofetada de la Superiora por no lograr calmar al niño. Las Hermanas bajaban la vista en silencio, presas de temor, tristeza y compasión.

–“Ten piedad de nosotros Señor, cuida de mi niño te lo ruego, tú conoces mis padecimientos, mis tristezas, mis temores, la soledad tan grande que siento por el abandono de Franchesco. Cuida también de él Señor mío, tú sabes cuánto lo amo. Perdona su olvido. En domingos de sol lo esperé ilusionada desde la mañana. También hubo domingos de lluvias y vientos pero nunca dejé de esperarlo. No conozco las razones de su alejamiento, pero tú si mi dulce Señor, ampáralo te lo imploro. Bendice a mi familia allá en el mediterráneo, cuida del niño en esta tierra nueva y si fuera de tu santa voluntad, devuélveme a mi querido esposo perdido. No nos abandones nunca. Amén ”.

Cada vez que oraba y se sentía invadida por una soledad y angustias tan dolorosas como estar sepultada viva, los ojos se

le nublaban de lágrimas. La compañía del niño, no obstante, que ya balbuceaba la palabra *mamá* le brindaba algo de las fuerzas que necesitaba para enfrentar las adversidades de cada largo y penoso día.

Después de su llegada una de las Hermanas se le acercó mientras trabajaba regando el huerto.

—Se por lo que has pasado —le dijo—. Da gracias al Señor que oyó mis ruegos y ese hombre malvado, ese sirviente del mal, no pudo consumir el ultraje —agregó.

Maru se la quedó mirando con la pregunta en los ojos: —*¿Qué es lo que sabes tú? No comprendo.*

La Hermana siguió hablando.

—Yo tenía doce años y fui a buscar un balde de agua por encargo de mi madre esa mañana. Me había alejado de la casa pero estaba en el terreno de mi padre, quien trabajaba en el campo mientras ella amasaba los panes que acompañarían nuestros almuerzos de toda la semana. En un momento sentí que me tapaban la boca. Lo que siguió fue horrible y yo no pude gritar ni defenderme. El hombre que me lastimó era José León Pérez, mi padre trabajaba para él y yo lo conocía. Al día siguiente mi padre me entregó a esta congregación acusándome de haberlo deshonrado. Mi madre lloró y le imploró que se apiadara de mi pero él no quiso escucharla, dijo que si quedaba encinta sería una vergüenza mayor y él no me quería en su casa con un hijo bastardo.

La monja quedó en silencio recordando su pena y Maru lloriqueaba a su lado, luego aquella retomó su monólogo y dijo unas palabras que a Maru le quedaron grabadas a fuego en el alma.

—Desde ese día le pedí a Dios que nunca ese hombre volviera lastimar así a nadie y ahora sé que me oyó.

La Hermana se alejó en silencio y Maru se dio cuenta de lo afortunada que fue, al reparar en la oportuna intervención de

Marcos y los otros peones, entonces dio gracias al cielo, a los hombres y a las oraciones de la desdichada Hermana a la que Dios había escuchado y respondido.

–Levántese ya, son las cinco de la mañana y debe preparar los desayunos para la Hermanas. Sabe bien que después de Laudes de seis, tomamos el te amargo con pan sin sal y sería bueno que ya estuviese en la cocina ¿O piensa que está en un hotel? –sermoneó la Superiora.

Maru se quitó el camisón de lino color natural igual al que usaban las Hermanas y también la cofia elastizada de la cabeza. Hacía un frío insoportable porque eran los últimos días del invierno y los leños del hogar se habían apagado durante la noche. Además las habitaciones estaban alejadas de la sala principal, en la que hasta un rato antes, los leños habían estado ardiendo.

La noche anterior la Superiora autorizó a las congregadas para llevar a la cama un ladrillo caliente envuelto en telas gruesas para paliar el frío, pero no concedió a Maru ese beneficio.

La sombría mujer reflexionó.

–Usted debe purgar culpas sometiendo su cuerpo a los padecimientos que yo le imponga según la iluminación de mis pensamientos. Empezará no llevando a su cama más que una manta. Asegúrese de abrigar bien a su hijo que sabrá Dios si se le conoce el padre al pobre chico –concluyó.

Maru se hizo la señal de la cruz para invocar fuerzas en ese nuevo día que comenzaba tan amargo como los anteriores. Una sorpresa la esperaba.

Mediando la mañana y haciendo alardes de sus capacidades actorales la Superiora se dirigió a Maru de manera encantadora.

–María Úrsula, querida acérquese por favor a mi despacho –la llamaba en un tono de voz amable y desconocido

que la dejó perpleja— por un momento pensó que se estaba dirigiendo a otra persona con su mismo nombre.

—Pase querida por favor, tiene visitas —dijo la bruja con una sonrisa que podía engañar a cualquiera, parecía un ángel o quizá la mismísima virgen.

—¡Ah! ¡Pero traiga a su hijito, esa preciosidad, rápido apúrese tesoro mío, vaya!

Embotada y confundida Maru se apresuró a buscar al bebé que al verla dibujó una sonrisa franca y bella en su carita y balbuceó *ma—má, ma—má* levantando los bracitos. La esperaba parado en la cuna tomado de los barrotes.

Al entrar al despacho vio sentados a Marcos y a una anciana mujer a su lado que la esperaban con rostros esplendentes de luz. La anciana, doña Catalina Susana Porcel y Ojeda viuda de León Pérez entregó a la Superiora un sobre con dinero. Se trataba de una suma importante por el asilo prestado, que la mujer agradeció y guardó en una bóveda empotrada en la pared bajo llave.

La Superiora explicó a María Úrsula que sus servicios eran requeridos para la casa de la visitante. Cuando Maru escuchó tal apellido, comenzó a temblar y estuvo a punto de negarse pero la mirada de Marcos le infundió esperanza y confianza.

Al partir ellos, la agriada mujer saludó desde la puerta del edificio y mandó a dos Hermanas que abrieran el pesado portón que comunicaba con el mundo exterior. Era la única entrada, los demás eran paredones de cinco metros de altura, rodeando los interiores del convento.

Durante el viaje hacia la estancia *La Emma* pensamientos tormentosos cruzaban la mente de Maru pero tenía certeza de que Marcos la había defendido del patrón y eso en algo la tranquilizaba.

Al llegar no pudo evitar el sobrecogerse extasiada viendo las verdes hiedras que cubrían las paredes del caserón. Le

recordaron las que recubrían los empedrados del palacete donde la vida había sido fugazmente hermosa, dónde su hijo había nacido y su Franchesco la había amado. Trepaban hacia los balcones del mismo modo. Suspiró y sospechó que él no estaba allí. Sintió un miedo incontrollable al darse cuenta de eso. Si él no estaba ahí, entonces ¿Dónde podría encontrarlo?

Marcos ayudó a bajar del coche a las dos mujeres, el niño estaba hambriento y buscaba el pecho materno. La anciana ofreció un lugar de la casa para que pudiese amantarlo tranquila.

Ella estaba al tanto de todo porque Marcos se lo había contado.

En muy poco tiempo madre e hijo parecían conocerse desde siempre y entablaban una franca relación de amor y confianza que les permitía rescatar a la luz, como de un hondo abismo, expuestas a la claridad del sol, las verdades y secretos del alma más impensados de desvelar poco antes. Marcos confiaba en esa mujer y ella en él de un modo arrollador, el instinto y el llamado de la sangre los reunía con un hilo invisible, pero fuerte como el acero y valiosos como el oro. También le contó a su madre lo que había visto aquel domingo, seis meses atrás y la anciana comprendió las razones por las cuáles Franchesco se fue del modo que lo hizo.

Ya era tiempo de terminar con aquella trampa del destino que los había separado a poco de su llegada a la Argentina, hacia ya más de siete meses.

Fue Marcos quién tomó la palabra para explicar a Maru aquellos enredos. Lo hizo con paciencia, tratando de no confundirla, poco a poco, dado que eran muchas verdades.

—María Úrsula, su esposo no está aquí y nadie sabe dónde ha ido —comenzó diciendo.

Maru empezó a sollozar queda y silenciosa, tapándose la boca con un pañuelo, no quería prolongar más su

incertidumbre, necesitaba saber cuánto fuera posible y no quería interrumpir ni hacer preguntas. Estaba hambrienta de respuestas y sabía que no necesitaba formular sus dudas y cuestionamientos, Marcos sabía por lo que ella había estado pasando.

—Es largo de explicar y este no es el momento, pero le aseguro que tengo autoridad en esta casa para tomar decisiones y para garantizarle que José León Pérez no la molestará —continuó. Maru no pudo evitar una pregunta.

—¿Cómo es eso posible don Marcos, usted y yo somos empleados, simples trabajadores? Se bien que usted lleva años al servicio del patrón pero...

No terminó de completar el planteo, doña Catalina Susana Porcel y Ojeda viuda de León Pérez terció con solemnidad.

—Marcos es mi primer y único hijo querida, cómo él le ha dicho es largo de explicar pero confíe en lo que él le manifiesta, aquí estará segura hasta que logremos dar con su esposo.

Maru boquiabierta pasó de los sollozos al derrame de una copiosa lluvia de lágrimas, algo de esperanza y emoción comenzaba a extender sus raíces bajo aquel manto de tanta negrura. A ella no había que explicarle cómo era que Marcos se erigía en una autoridad mayor que el propio León Pérez, le alcanzaba con saberlo.

Para doña Catalina la joven mujer era quién le había devuelto a su hijo verdadero, ya que era por ella que su bien amado hijo había llegado hasta su propia casa y después de la contienda del 8 de septiembre pudo descubrir por si misma las señas particulares en el cuerpo del muchacho que le abrían como una prueba documental su verdadera identidad.

—La búsqueda de Franchesco ya ha comenzado —dijo Marcos recuperando el hilo de la conversación. —He enviado a dos de los hombres de mi mayor confianza para que lo busquen

en las estancias y en los pueblos vecinos. También les he pedido que pasen la voz de la búsqueda. No tardaremos en dar con él María Úrsula, tenga fe.

Después de pronunciar tales palabras saludó a las mujeres y salió de la sala.

El día 26 del mismo mes y año, una patrulla policial llevó a la casona la noticia del hallazgo de los cuerpos descompuestos sin vida de varios días, de José León Pérez y Marcelina López.

Las ventanas de la casona se cerraron en señal de luto y doña Cata llevó vestidos negros durante un año por la muerte de José. Micaela Paz guardó luto para siempre arrepentida por el amor y los cuidados que le negó a su hijo desde el día de su nacimiento.

–“Desde ese día le pedí a Dios que nunca ese hombre volviera a lastimar así a nadie y ahora se que me oyó” –fueron las palabras que había dicho la Hermana en el convento y Maru las recordó impresionada.

Tan lejos de mí

Franchesco en tanto, trabajó un tiempo en la estancia *La Laura* y de ahí pasó a desempeñarse en *El Fortín Salto*, otra estancia de la familia Anchorena ubicada en un punto del mapa que daría en llamarse partido de Leandro N. Alem. Estaba ubicado a unos 130 kilómetros de la estancia *La Emma* en Pergamino. Si bien no era una distancia importante, las comunicaciones no eran fáciles en aquellos tiempos y los baqueanos tampoco sabían qué rumbo tomar, qué dirección seguir para encontrarlo, ni podían imaginar dónde éste se hallaba.

Seguramente eligieron tomar los puntos cardinales opuestos al iniciar la búsqueda porque cada mes los hombres regresaban a *La Emma* sin noticias del paradero de Franchesco.

El trabajo hacía que los días y los meses se sucedieran monótonos pero intensos y a veces agotadores. Era exactamente lo que Franchesco necesitaba, extenuarse para no pensar, exigir a su cuerpo el máximo para caer medio muerto en la cama cada noche.

Al cabo de dos años Maru se sentía completamente desolada y su única razón de vivir era el pequeño Franchesco Vincenzo que con sus monerías y ternura le regalaba caricias para el alma cada anocheecer. Los días también eran agotadores para ella, quién se ocupaba y se sobrecargaba de trabajo para acostarse rendida y no largarse a llorar eternamente.

La criatura también era la alegría de doña Catalina Susana Porcel y Ojeda viuda de León Pérez y un consuelo para Micaela Paz que seguía atormentada por la culpa del amor negado a su

hijo y que ya jamás podría compensar porque él, un alma atormentada al fin de cuentas, hasta se había quitado la vida. Amargos pensamientos oscurecían sus días y noches.

"—*iSi no me hubiese marchado cuando nació mi pobre hijo! iSi hubiese encontrado el valor para contarle a doña Catalina lo que me había pasado cuando fui a dar de comer a las gallinas! iSeguramente los dos niños se habrían criado juntos! iTodo habría sido tan distinto! ¿Qué culpa tenía ese pobrecito que se gestó dentro de mí? Él no tenía ninguna culpa —se respondía a sí misma— Si yo le hubiese dado amor todo habría sido diferente.*"

Esas ideas dentro suyo eran recurrentes, carcomían sus pensamientos. Especialmente durante las noches cerradas y oscuras se obsesionaba, enloquecía. El chillido del búho o el aullido de un perro la aterraban. Imaginaba una presencia maligna acechando su lecho. Se persignaba con la señal de la Cruz y trataba de rezar cien Padrenuestros pero se quedaba dormida antes de terminar de decir el primero, porque en su confusión olvidaba las oraciones y antes del Amén volvía a comenzar, rendida.

No podía siquiera reconocer o admitir que junto a doña Catalina no pudo faltarle amor, tampoco podía darse cuenta que su hijo se había quitado la vida porque llevaba una disposición genética para hacerlo, no se le habían negado derechos, no le había faltado lo necesario para crecer y ser feliz, lo había tenido todo, incluso cuando doña Catalina supo la verdad tomó una decisión más que justa al hacerlo heredero de sus bienes por partes iguales junto a Marcos, su verdadero hijo.

Mientras tanto...

Erase un día que en *El Fortín Salto Franchesco* no se cansaba de admirar el hermoso y extenso verde pinar que rodeaba el extremo derecho de la propiedad hasta perderse de vista en el ondulado horizonte azul. Al amanecer había tomado

un mate cocido y se llegó hasta allí saboreando la fresca de la mañana.

Estaba parado en un punto que le permitía apreciar la riqueza natural de la llanura pampeana junto a la tranquera vieja de la entrada. Era domingo y muy temprano, pero se apreciaba que sería un día soleado. El arrullo de las palomas y otras aves invadía el aire con sus notas monótonas y acompasadas. Parte de la peonada tomaba descanso. La avenida larga rodeada por perfumados y frescos eucaliptos a ambos lados conducía a la edificación principal. Hacia la izquierda los sembrados de trigo amarillo hacían que el paisaje fulgurase como oro, detrás de la casona se distinguían las aspas del molino de viento. Más atrás estaban los corrales con cientos de precioso ganado vacuno. Él sabía de la supremacía de la humanidad sobre los animales a lo largo de todos los siglos pero prefería no mirar a los ojos de esos majestuosos animales, porque si cruzaba su mirada con uno de ellos sentía que ellos le hablaban de alguna manera y eso lo apenaba como identificándose por su condición de condenado. Los animales y él estaban sentenciados. La suya era una lenta y dolorosa agonía. Su carácter naturalmente alegre y optimista del pasado se había ensombrecido por los reveses que la vida le había estado asestando como cachetazos uno tras otro desde la temprana muerte de su madre, aunque él siempre había intentado sobreponerse al dolor.

Sin tener muy en claro que haría ese domingo comenzó a adentrarse por el camino largo. Quizá se tiraría en la cama. Arrojaba un palito delante de sí y al alcanzarlo se agachaba para levantarlo y arrojarlo diez pasos más adelante. Distrayéndose de ese modo retornaba, pateando el polvo suelto del suelo.

En la casona vivían el administrador don Manuel Fernández y su esposa doña Mafalda. Estaban al servicio de los patrones desde hacía tres décadas y se habían granjeado el respeto y la amistad de muchos otros lugareños.

Hacia la izquierda, inmediatamente saliendo por el costado de la galería se encontraba la generosa huerta que doña Mafalda cuidaba igual que si se tratara del edén, lo mismo que al jardín de rosas ubicado en el frente.

Del lado derecho, algo alejadas, estaban las habitaciones de los peones. También había emplazado un enorme galpón para guardar herramientas, un saladero de cueros que a Franchesco siempre le parecía que olía espantoso, otra casa deshabitada y las caballerizas.

Él llevaba el nombre de Maru y el de su hijo en los pensamientos. Calculaba que el niño ya estaría grande y sentía enormes deseos de verlo. Más de una vez había pensado en quitarse las dudas, enfrentar a su mujer, saber la verdad.

Atormentado y presto a enfrentar lo que fuera, en lugar de acostarse, decidió tomar el caballo que había comprado y se llegaría hasta *La Perdida*. No tenía caso vivir bajo la sombra de una duda clavada dentro suyo. No tenía idea de los sucesos acaecidos en esos largos meses. Desconocía la muerte de José León Pérez.

Le confió a don Fernández su decisión de partir. Éste que conocía las vicisitudes del muchacho, que había ganado su confianza y lo consideraba un excelente empleado para lo que se lo requiriera, le hizo algunas recomendaciones en relación al estado de los caminos y los cuidados que debería tener para que el noble animal no saliera lastimado de una pata por causa de algún pozo, ni le faltara agua durante el día. Le concedió permiso hasta el viernes a primera hora para que se reintegrara a sus tareas. El administrador de la estancia calculó que Franchesco necesitaría un día y medio para recorrer algo más de veinte leguas –distancia aproximada que separaba *El Fortín Salto* de *La Perdida*– y que debería detenerse al menos dos veces en el día para que el animal pudiera beber lo suficiente. Tendría tiempo para hablar con su mujer y traerla con él si todo salía bien. Andando despacio volvería con tiempo sobrado para el

viernes.

Franchesco no habría sabido explicar si se sentía entusiasmado, ansioso o desanimado, era como si un torbellino de diferentes sensaciones le pasaran por la cabeza y el corazón y no podía identificar qué era lo que prevalecía, se vistió con presteza y partió al galope.

En el camino después de andar un buen rato se cruzó con dos jinetes que lo saludaron a la usanza de los paisanos, se quitaron las boinas, las levantaron y agitaron, luego las volvieron a colocar sobre sus cabezas, Franchesco respondió del mismo modo.

Pasada una media hora éstos llegaron a la estancia y preguntaron por Franchesco Di Matro Pietro.

–No se encuentra aquí en este momento. ¿Qué asunto los trae si se puede saber? –preguntó el administrador.

–Tenemos un mensaje para él, de parte de Marcos Juan Gabriel Paz –respondió uno de ellos.

Don Fernández les refirió que quién ellos buscaban había salido de allí unas dos horas antes y que por el rumbo que él había tomado y el camino por el cual ellos habían llegado seguramente se habían cruzado.

Los jinetes dejaron un recado, informaron sobre la búsqueda del muchacho, del tiempo que les había llevado poder dar con él finalmente y hasta lamentaron el desencuentro. Luego de profundizar algunas otras precisiones al respecto, dieron de beber a los caballos, tomaron un refresco y partieron agradecidos.

–Por fin hemos dado con este hombre, Marcos se alegrará –dijo uno de los dos.

–Lástima no haberlo conocido, si es el jinete que cruzamos cuando veníamos nos lleva la delantera por un buen rato y no sabemos a dónde se dirige –respondió el otro.

–Es cierto, pero ya sabemos dónde encontrarlo, volveremos con Marcos y que sea él mismo quién hable con el

tal Franchesco, creo que ha de ser lo mejor.

—Sí, creo que tienes razón, de todos modos será Marcos quién decida qué hacer, nosotros nos limitaremos a informarle, llevamos mucho tiempo buscándolo.

Cuando Franchesco llegó a *La Perdida* nadie supo sobre ella, allí nadie la conocía, había pasado más de un año y medio. Los peones golondrinas eran otros. Marcos ya no estaba. Uno de ellos aseguró que la anterior cocinera ahora estaba viviendo en la casa del patrón. En la memoria de Franchesco el patrón era José León Pérez, significaba que Maru estaba viviendo con él, en su casa. Desconocía los acontecimientos del pasado reciente. No sabía que el capataz que los había recibido a él y a Maru se llamaba Marcos y mucho menos, que el patrón a quién los peones se estaban refiriendo era precisamente a Marcos y no a León Pérez.

En el pensar de Franchesco, Maru estaría con León Pérez en la estancia La Emma. Ahí no quería volver. No quería ver a León Pérez. No quería humillarse preguntando por ella en esa casa. Ni quería seguir pensando.

Hizo noche en el camino. En cuánto amaneció volvió para *El Fortín Salto*, cuándo don Manuel Fernández lo vio a la tardecita del día martes se sorprendió.

—¡Epa! ¿Qué ha pasado que regresó tan pronto? ¡Lo esperaba el viernes! ¡Debe haber reventado al caballo amigo!

Franchesco no respondió y el administrador comprendiendo que el hombre no quería hablar. Tratando de dar un giro en sus ánimos, le contó que lo habían estado buscando dos jinetes de parte de un tal Marcos Juan Gabriel Paz. A él ese nombre no le significaba un ápice, había conocido mucha gente en las estancias *La Laura* lo mismo que en *El Fortín Salto*, incluso había conocido gente en la estancia *La Perdida* y tampoco podría decir cómo se llamaban o apellidaban aquellos trabajadores, bien podría tratarse de cualquiera de esos hombres, no creía que nadie lo buscara por un tema de interés.

–Permiso don Manuel, tengo algo importante que hacer – se disculpó y se dirigió a la piecita. Contó y recontó el dinero ahorrado, alcanzaba para enviar el pago de los impuestos a Italia. Recibía los envíos de documentación en la casilla personal de correo de don Manuel Fernández en el poblado llamado Lincoln, dónde éste había nacido –antes conocido como paraje del Chañar– Desde el mismo correo hacía sus envíos. De ese modo mantenía contacto epistolar con su abogado en Italia.

Había logrado ahorrar una suma que no solo le permitía hacer el pago de sus impuestos, sino también poder viajar él mismo hacia la misma Italia. En esta tierra nueva dónde habitaba lo ataba un amor, sin embargo llevaba mucho tiempo haciéndose a la idea de que todo había concluido. Tenía grabada en sus retinas la imagen del patrón besando a su mujer. ¿Qué lo ataba? ¿Qué esperaba? Ella ahora vivía con él, en su propia casa. Eso era demasiado duro para seguir enlazado al pasado, debía acabar con ese infierno.

Decidió terminar con la agonía. Se despidió ese mismo día de don Manuel Fernández quién lamentó perder un buen trabajador, un hombre de franqueza y valía singulares. Franchesco dejó sus saludos para doña Mafalda y salió en su caballo por la avenida de los eucaliptos. Dejaría el caballo en el almacén de ramos generales en Lincoln, e iría en tren hasta Buenos Aires.

Dos días más tarde llegaba a la estancia *El Fortín Salto* un baqueano que traía el caballo de vuelta y una carta:

Lincoln, 2 de noviembre de 1.887.

A mi apreciado amigo, don Manuel Fernández le hago llegar mi caballo alazán llamado Tormento, como prueba de mi gran confianza en un hombre generoso, de trato justo y humano como pocos de los que he conocido.

Sé que usted sabrá cuidar de este potro como si fuera el suyo propio. Es mi deseo que éste le pertenezca a mi hijo Franchesco Vincenzo Di Mastro Pietro si por gracia de Dios alguna vez usted tuviese noticias de él, que como bien sabe apenas tiene dos años de edad. El caballo también es joven y aprenderán a ser uno solo si la ventura permite que un día ellos se encuentren y se conozcan. Sé que es mucha la responsabilidad que le confío, pero haberlo conocido a usted me permite creer que a través de la mucha gente que alterna o se llega hasta la estancia, tendrá la oportunidad de cumplir con mi encargo. Si nada de eso fuera posible en el término de tres años dejo a su entera libertad disponer de este hermoso animal.

Ruego a Dios bendiga a usted y a doña Mafalda y les agradezco por haberme brindado su amistad. Hasta siempre.

Yo, Franchesco Di Mastro Pietro.

P.D. Haga saber a mi hijo –si fuera posible– que ni un solo minuto he dejado de pensar en él. Dígale que le he amado al igual que a su madre, más que a mi propia vida.

Una sensación de humedad en los ojos le dio a don Manuel Fernández la pauta de cuánto quería a ese muchacho. “Buena suerte amigo” –pensó.

La vuelta a Italia

El vapor *EUROPA* del empresario italiano Matteo Bruzzo y fundador de *LA VELOCE LINEA DI NAVIGAZIONE ITALIANA A VAPORE* partió del puerto de Buenos Aires el quince de noviembre de mil ochocientos ochenta y seis. Ese mismo día Franchesco Vincenzo cumplía dos añitos de vida. Su padre volvía a la tierra dónde el precioso niño había nacido.

Era una mañana primaveral en Buenos Aires y a medida que el vapor se internaba mar adentro y la ciudad comenzaba a perderse de su vista hasta convertirse en un punto lejano, el sentimiento de dolor que oprimía el corazón de Franchesco lo obligó a vomitar lo poco que tenía en el estómago, trayéndole el amargo sabor de la hiel hasta su boca. Acababa de darse cuenta de lo definitivo de su partida. De su desaparición también definitiva en la vida de su hijo. Ahora no tenía modo de regresar y comenzaba a imaginar los brazos de Maru extendiéndose hasta él, gritándole:

—¡No me dejes amore, no te alejes, no me dejes sola, no te vayas tan lejos de mí!

Probablemente saber que ese viaje lo alejaba para siempre, lo hiciera sentirse acorralado íntimamente, con más dudas que certezas.

Por la tarde de ese mismo día en la estancia La Emma había dos motivos de celebración, era el segundo cumpleaños de Franchesco Vincenzo, el chiquito rubio de ojos azules que tenía toda la gracia y la simpatía de una criatura de su edad, que se trepaba a las faldas de doña Catalina a quién él llamaba

Nana, o las de Micaela a quién el pequeño nombraba Ela y que se colgaba del cuello de Maru nombrándola con un *mamá* perfectamente pronunciado. Hablaba casi todo en media lengua y era un festín para las tres mujeres, cada vez que el mimado adquiriría un nuevo aprendizaje por pequeño o insignificante que este fuera.

El otro motivo que tenía a todos de buen ánimo y muy especialmente a Maru, era saber que finalmente después de tan larga búsqueda, los hombres habían dado con el paradero de Franchesco.

Marcos se sentía profundamente enamorado de ella y ya se le hacía difícil disimularlo, incluso su madre se había dado cuenta pero guardó sus sentimientos personales bajo siete llaves y se ofreció para llevar a Maru hasta la estancia *El Fortín Salto* el domingo siguiente. Los acompañaría doña Catalina Susana. Maru llevaría sus pertenencias y las del niño por si él aceptase recibirla. También le ofrecerían conchabo en la estancia *La Emma*, dejarían que fuese Franchesco quien tuviese la última palabra en relación al lugar dónde el matrimonio habría de constituir su techo.

Marcos daría testimonio de cuánto sabía y había visto junto al arroyo, suceso ocurrido un año y medio antes, en la estancia *La Perdida*. Remataría su testimonio con lo que él y otros dos peones habían presenciado cuando José León Pérez pretendió abusar de su mujer y le narraría todo lo demás. Franchesco era un hombre sumamente orgulloso, pero también podría entender lo que significaba el testimonio de Marcos y el de doña Catalina Susana en favor de la inocencia de Maru.

Cortaron el pastel de cumpleaños y le cantaron al niño, lo pasaron de brazo en brazo para besarlo, aunque él se mostraba esquivo de tanto manoseo y hasta le bailaron unos pasos de tarantella, con aplausos y una vieja pandereta de la que Franchesco Vincenzo se adueñó y no quiso soltar en los días siguientes.

–E mía, e mía... –decía y se aferraba al instrumento sonoro que lo fascinaba.

El domingo por la madrugada Maru se levantó antes que todos los demás, de hecho eso era así todos los días porque ella preparaba el desayuno y se ocupaba de la cocina para los patrones junto con Micaela. También atendía la huerta que Franchesco había dejado preparada con toda clase de almácigos y ella se ocupaba de esa porción de tierra como si a través de lo que su amado había sembrado, recibiera su tibieza y su compañía. Las mucamas y la cocinera se ocupaban del resto de los quehaceres domésticos.

Se dio un baño y se vistió con una blusa de color beige claro y una pollera entallada del mismo tono. Estaba fresco y se puso un saquito de hilo tejido en color blanco, se peinó con su raya al costado y se apresuró a calentar las tijeras para marcar las ondas que a Franchesco le gustaba ver en su peinado. Mientras vestía al niño, medio dormido aún, preparaba el desayuno. Se había colocado un delantal de tela para no manchar la ropa de salir.

Cuándo Marcos la vio y percibió el aroma de jazmines que la envolvía no pudo evitar sonreír. Hubiera dado toda la fortuna que la vida le había restituido a los 42 años por tener la oportunidad de hacerla su legítima mujer, pero sabía que eso era un imposible, ella era casada, tenía un hijo y amaba a su esposo. Debía enterrar sus sentimientos de cualquier manera. Jamás podría tenerla. Trataba de no verla, no pensarla. Se le hacía muy difícil saberla tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

Tenía que olvidarse de ella. Olvidarse de ella viéndola cada día. Atrozmente doloroso. Debía hacer un gran esfuerzo para no exponer sus sentimientos y tratarla como una empleada más. Se había dado cuenta de sus sentimientos la mañana que la vio correr bajo la lluvia para preparar los desayunos en la estancia *La Perdida*. La vio tratando inútilmente de no mojarse, ella corría con el bebé en brazos y apenas podía

cubrir al pequeño, la ropa empapada y adherida sobre su cuerpo le hizo ver sus formas, sus curvas, sus pechos. Pero eso no era nada comparado con lo que ella le hacía sentir cuando la escuchaba hablar, no era el timbre de su voz lo que la hacía tan delicada o atractiva, era lo que ella decía y cómo lo decía, lo que le mostraba el alma desnuda de esa mujer tan madura y sensible a pesar de su juventud, ella detentaba una personalidad que lo enternecía hasta su última fibra y desde la ternura que ella le inspiraba, nacían para él todos los demás encantos y exquisiteces de su ser tan femenino, tan vulnerable y sin embargo tan fuerte, para hacerse cargo de su vida, con un niño pequeño y mil obligaciones en un país que no conocía.

Y aún contra su voluntad y la de su esposo, sola.

Ese día él le entregó un viejo par de botas usadas, y en ese acto fraterno trocó la indiferencia que pretendía sentir hacia ella, por un amor que lo empezó a quemar y arrollar por dentro cuándo ella le agradeció el gesto con una sonrisa preciosa e iluminada y él le descubrió las pequeñas pecas sobre la blanca piel.

Aún recordaba que ese día tuvo un pensamiento inquietante. Se obligó a mirar desde la ventana y al ver la lluvia a través del cristal, una lluvia torrencial, pensó que ni mil días debajo de aguas brillantes como aquellas, terminarían por apagar el incendio que empezaba a quemarle las venas.

Después de los desayunos se despidieron de Micaela y partieron hacia *El Fortín Salto*.

Maru tuvo un mal presentimiento, un estado de angustia se apoderó de ella, un presagio que parecía gritarle y llamarla desde el Atlántico la sobrecogió. Al sentarse en el coche entrecerró los ojos y le pareció sentir el oleaje del mar, los movimientos del barco durante la travesía hacia América se le hicieron nítidos en el alma, los vientos y las tormentas marinas se desataban a su alrededor. La voccita de Franchesco Vincenzo la sacó de ese estado espantoso y la volvió a la realidad. El sol

ya estaba en lo alto del cielo y hacía brillar sus rayos sobre la pradera con sus trigales espigados o sus maizales de un verde único e indescriptible.

–¡Mi á ma má! ¡A va qui ta! ¡A va qui ta! ¡É i co! ¡É i co!

–Si mi ángel, ¡Las vaquitas, el ico! ¡Chau vaquitas, chau ico!

–Pero qué niño tan inteligente –terció doña Catalina cuando el chiquito pronunció alguna palabrita para decir que estaba contento.

–¡An ten to! –repetía en su lengua, mientras Maru le hacía suaves cosquillas para entretenerlo durante el viaje que llevaría muchas horas.

Mientras las dos mujeres conversaban Marcos se abstraía en sus propios pensamientos y ponía atención al camino por dónde conducía y a los mecanismos de freno. Ellas hablaban de todo un poco, intercambiaban los ingredientes que no podían faltar en sus recetas de cocina, lo rápido que pasaba el tiempo, los adelantos y monerías de Franchesco Vincenzo, el calor que estaba empezando a hacerse sentir ese mes. La voz de Maru sonaba como un murmullo que el viento se llevaba. El coche solo tenía la protección de un parabrisas y una capota. A Marcos se le representaban arroyos de agua fresca corriendo entre piedrecitas blancas, redondeadas y pequeñas, tal la delicadeza de esa voz susurrada y deliciosa. La voz de doña Catalina también sonaba suave y cálida y el fragor del viento parecía alejarla. A través de aquella voz la madre le inyectaba torrentes de amor cada día, tratando de compensar los años robados que eran tantos, tantos, tantos.

Ambas mujeres levantaban su tono natural para poder oírse, aún así, seguían charlando permanentemente.

Marcos no podía quitarse la obsesión que lo carcomía y se daba cuenta que su atracción y su necesidad de ella aumentaban dentro suyo teniéndola tan cerca cada día.

Comenzaba a pensar en hablarle seriamente. "¿Hasta

cuándo seguirá pensando en Franchesco? ¿Cuánto más lo esperará?" se preguntaba. Si las cosas no salían como Maru esperaba, él estaría a su lado. Empezaría hablándole del tiempo que llevaba amándola. Esperaría el momento oportuno para decírselo, sería cuidadoso, él era un caballero y quería que ella supiera de sus nobles intenciones, él la cuidaría hasta el fin.

Acababa de descubrir que su apuro por encontrar a Franchesco no tenía las altruistas intenciones con las que hasta él mismo se había autoengañado, terminaba de darse cuenta qué hacía aquello con la oculta intención de dar un corte a la espera de Maru que se le hacía eterna, mientras ella esperara a Franchesco, él a su vez tendría que seguir esperando a Maru. Las cartas pronto estarían echadas.

Estaba enamorado de ella y adoraba a su hijo, su madre también la aceptaba. ¿Qué más debía esperar?

Casi anochecía cuando llegaron a la estancia donde el extenso pinar del cuál tenían referencia aún podía divisarse y admirarse. Imponente. Era un monte de pinos del tipo ibérico que lindaba por uno de sus extremos con los campos vecinos.

La desazón que invadió a María Úrsula cuando don Manuel Fernández le extendió la carta de Franchesco la dejó temblando. Los ojos se le abrieron extremadamente y enmudeció. Derrotada y en estado de quebranto se refugió en doña Catalina, tal como lo hubiera hecho con su madre.

La escena incomodó a todos. El matrimonio ofreció albergue a los viajeros, tal como era la usanza de la época, pese que eran gente desconocida entre si. Así eran esos tiempos de puertas abiertas, confianzas fraternas y contratos de palabras.

Pernoctarían en la estancia hasta el día siguiente. La cena servida por doña Mafalda fue de una exquisitez sencilla y extraordinaria. Las preparaciones y delicadezas de aquella campesina trabajadora y sencilla inspirarían muchos años más tarde un sentido escrito.

Te recuerdo

Con tu figura tan frágil y bella, contrastando en mil labores diversas, pesadas, agobiantes, pero nunca una queja.

Temprano en las mañanas de campo fresco y verde, tu lavadero rústico de tabla y de batea se adornaba de espuma, de jabón blanco en pan, que olía delicioso en mi ropa de niña.

Tu cocina, tu reino, tu lugar prodigioso, de aromas y sabores que jamás he olvidado. La mesa preparada sobre el mantel de hule, los bancos a los lados, tu fineza al servir, cobran vida en escenas imborrables y eternas que el tiempo transcurrido no ha logrado vencer.

Con tus ojos de cielo me hablabas de bonanzas, al mirar transparente hacia mi corazón y tus labios divinos apagando una vela eran mi última imagen en cada anochecer.

Esa infancia lejana galopa hasta el presente, trayéndome manjares de inocente niñez, te abrazo, te recuerdo, trepo sobre tu falda, tu voz me cuenta historias que nunca olvidaré...

Vos honraste la tierra que Dios te había confiado, de múltiples maneras, con amores sagrados: la familia, el trabajo, el respeto, el buen dar.

Elegiste la tierra para el descanso eterno, hoy te acuna en sus brazos, mañana habrá una flor, Dios bendiga tu alma y escuche mi oración.

Para mi abuela Mafalda, con amor.

Este escrito fue dedicado a doña Mafalda por la autora de esta obra, después de su fallecimiento.

Pero retornemos a la historia que les estoy contando:

Todos excepto María Úrsula elogiaron a doña Mafalda por la cena que acababa de servir. Ella no pudo pasar bocado. Su hijo Franchesco Vincenzo en cambio pidió más.

—¡Maá! —y los presentes festejaron la gracia e inocencia del chiquito, aunque su madre apenas podía sostenerse.

Para descansar después del largo viaje, ofrecieron a las damas la habitación de los huéspedes.

Tenía dos camas de madera lustrada de color oscuro, vestidas con cobertores de color blanco, una cómoda y una mesa de luz ubicada entre ambas camas, haciendo juego con las mismas por el lustre y el color. El piso era de ladrillos encerados y en el techo se apreciaban los tirantes y ladrillos a la vista, todo pintado de color blanco, al igual que las paredes. El perfume del campo invadía cada rincón, flores, cítricos, resinas, que durante el día se metían por todas las aberturas y durante las noches se transformaban en pócimas invisibles y mágicas.

Un espejo oval enmarcado en madera oscura y un cuadro familiar que reflejaba los rostros sonrientes de doña Mafalda y sus hijas a cada lado, completaban la sobria decoración de la alcoba.

A Marcos le ofrecieron la amplia habitación contigua, dónde había dos camas cubiertas por mantas a cuadros en las que prevalecía la gama de los azules, una mesa de luz sobre la cual estaba la lámpara de aceite, un escritorio, dos sillas y una pequeña biblioteca. Todos los muebles estaban lustrados en marrón oscuro. Al igual que en las otras habitaciones de la casa, las carpetas tejidas al crochet por doña Mafalda vestían las mesitas, las cómodas y las ventanas. Un cierto olor escondido a naftalina impregnaba el aire de la estancia.

—Lamento que estés pasando por todo esto María Úrsula por causa de José, de sus atropellos, de sus errores, de su descontrol —expresó con tristeza doña Cata, quién prosiguió

con su monólogo. Desde que era un niño tenía comportamientos que yo no podía controlar, no me obedecía, era caprichoso, cuando se le metía una cosa en la cabeza no lograba detenerlo, lo reprendía pero no se me hacía fácil ponerle límites, los que necesitaba un chico como él, me decía "quédese tranquila viejita, no es para tanto, no se me enoje" y así terminaba haciendo lo que le venía en gana. Dejaba pasar un tiempo y hacía lo que él quería, aunque yo se lo hubiese prohibido. Trataba mal a la gente, yo lo reprendía, me sentía muy avergonzada. Dios lo perdone, pobre hijo.

Doña Catalina Susana se desahogó de su propia angustia, luego pudo dormir profundamente tras aquel viaje agotador. María Úrsula en cambio empapó de lágrimas la almohada hasta que el cansancio la venció.

Franchesco la tomaba de la mano. La llevaba por una escalera en caracol que conducía a la alcoba al final de un pasillo angosto. La estancia contaba con ropas de cama y cortinados de un estampado rojo intenso que destacaba entre otros colores también intensos pero de menor presencia. En uno de los rincones se veía un jarrón con un ramo de rosas de un color indefinido y cambiante. Al quedar tendida en la cama veía a Franchesco moverse con lentitud, quitándose la ropa. Ella estaba completamente desnuda, mientras una ola gigante de mar los cubría, los arrastraba y los separaba dejándolos en superficies distantes y lejanas. Ella intentaba gritar su nombre pero no tenía voz, se arrastraba sobre rocas que lastimaban su piel y le provocaban dolor, veía que el agua lo llevaba y lo alejaba. Una sensación de ahogo la despertó de la pesadilla. Sollozó y se aferró al cuello de su hijo que dormía junto a ella. Besó la frente del niño y sintió que sus ojos lloraban mares.

Cerca del amanecer una terrible jaqueca la tenía levantada, vestida y sentada en la cama, esperando que el día comenzara. No quería hacer ruidos ni molestar a los demás,

que aún descansaban. Recordó sus ilusiones del día anterior.

En cuanto se dio cuenta que doña Mafalda estaba levantada fue hasta la cocina para ayudarla con la preparación de los desayunos.

–Siéntese María Úrsula, póngase cómoda, del desayuno me ocupo yo, ustedes tienen otro largo día de viaje por delante –dijo doña Mafalda.

–Es que por mi causa está usted sobrecargada de trabajo, somos tres personas más esta mañana, bastante tiene ya con el desayuno para los peones, déjeme ayudarla, dígame que puedo hacer por favor –replicó Maru.

–Está bien, si usted quiere puede armar los bollos para hornear el pan –respondió doña Mafalda dándose cuenta que Maru se sentía mejor colaborando, que permaneciendo sentada. Hoy será un lindo día, está clareando sin nubes –prosiguió intentando distraerla.

–Así parece, será un día soleado –musitó más por cortesía que por convicción. Para ella el día se presentaba tormentoso y oscuro pero no quería que los demás lo notaran, se había propuesto comenzar a decir adiós a Franchesco que la había abandonado sin darle ninguna oportunidad de defensa.

–Buenos días –saludó Marcos que tampoco había descansado bien, había pasado más tiempo despierto que dormido esa noche, dadas las novedades conocidas el día anterior acerca de la partida de Franchesco. La noticia, lejos de alegrarlo, le partió el corazón al ver la reacción de María Úrsula, el estado de quebranto y soledad en la cual notó que ella se encontraba. Le hubiera gustado darle refugio entre sus brazos pero ella era una señora, una dama que no podría buscar protección por el abandono de su esposo en los brazos de otro hombre. Eso se daría con el tiempo, tal vez.

Una vez que desayunaron emprendieron el regreso a la estancia *La Emma*. Al despedirse don Manuel Fernández puso

en las manos de Marcos un papel en el que había anotado la dirección postal que Franchesco utilizaba cuando realizaba algún envío epistolar a Italia.

–Tal vez pueda servirle señor, guarde esta dirección, nunca se sabe –le dijo y le apretó la mano de manera confidencial.

–Gracias don Manuel, guardaré esta anotación, téngalo por seguro. Por supuesto tiene usted razón, nunca se sabe. Enviaré un par de hombres por el caballo –agregó.

–Qué tengan buen viaje. Vayan con Dios –fueron las últimas palabras de doña Mafalda cuando se despidió de doña Catalina Susana y de María Úrsula.

Así como lo había anunciado aquella, era un lindo día de sol. Maru estaba silenciosa pero aprovechaba el frescor que se generaba a causa del movimiento del coche para respirar profundo y dominar su angustia. Observaba los tonos platinados que iluminaban algunos árboles que estaban a la vera del camino y que mezclados con otros de tonos verdes en su más amplia gama de claroscuros le representaban un cuadro precioso. El pequeño Franchesco Vincenzo se había dormido y ella descansaba su mente viendo el paisaje siempre verde de la extensa llanura, que no obstante ello, no se le hacía monótono sino que estaba atenta a la permanente sucesión de imágenes nuevas, árboles altos y antiguos, frondosos y ondulantes, desaparecían para dar paso a otros más jóvenes e inclinados por la constante acción del viento. Luego podían verse sembrados de trigo o maíz, campos con ganado, montes oscuros, pinares bellísimos, algún arroyo o laguna que le traían diferentes sensaciones, casas de campo perdidas de tanto en tanto, los primeros molinos de viento que se habían traído a la provincia recientemente.

Se abstraía con tantos estímulos para sus ojos, como así también con los distintos aromas que le traían el viento y el

permanente sonido en sus oídos de las corrientes de aire en la atmósfera, con el coche desplazándose.

Le alegró darse cuenta que podía ver la belleza de la naturaleza y que podía disfrutar de esa magia única que da el mimetizarse con el entorno y sentir que se puede formar parte de él.

–¡Mí–á–ma–má–a–va–qui–ta! –la vocecita del niño que acaba de despertar y atrapaba con sus ojitos el panorama que se le presentaba ese día, al igual que el anterior en su viaje de ida, la trajo a la realidad y se sintió feliz de tener ese hijo tan hermoso junto a ella.

Franchesco venía a su mente y ella luchaba por quitarlo.

–Adiós –le decía en silencio.

Sin embargo, esa misma noche cuando estuvo a solas en su habitación escribió:

“Te he amado de manera inconmensurable. Cada mirada tuya ha desatado pasiones dentro de mí. Has atravesado todo mi ser con tu luz. Pude beber de tu piel dorada y de tu voz ronca y viril, manantiales de placer.

La tinta dibujó un manchón cuando una lágrima suya mojó el papel de su cuaderno.

Los días se fueron sucediendo pesados y amargos para ella.

Era consciente de su debilidad en esa situación. No lograba sobreponerse. Veía las necesidades de su hijo pero no podía con ella misma.

Se entregó a la nada de sus horas y días, como la nada misma en la que se había convertido sin él.

Franchesco

A medida que se alejaba de Sudamérica y se acercaba al mediterráneo, sentía que se enfermaba.

La imagen de Maru extendiendo sus brazos hacia él se le hacía real.

Viendo en la cubierta del barco una joven de rostro ovalado, con la piel blanquísima y algunas pecas rosadas dibujadas en las mejillas se sintió movido a dirigirle la palabra pero apenas avanzó unos pasos y vio que un hombre se le acercó y tomándola por la cintura, desde atrás le señalaba un horizonte de mar continuo. Era evidente que el hombre era el esposo y sintió dolor al darse cuenta que su orgullo lo había quitado del lado de su mujer sin una explicación.

El bramido del oleaje, la turbulencia de la masa azul, celeste o verde, según las corrientes atravesadas, el olor salino, el aire y el viento lo habían acobardado y buscó sosiego a su malestar internándose en su camarote.

Recordó con nitidez la tarde que Maru colgaba las ropas. Llevaban pocos días de casados. Él la tomó por detrás apoyándole sus manos sobre la cintura. Le habló al oído con voz ronca

—Olvida la ropa, déjala para después, ven conmigo amore mió
—le había dicho.

Ella se había reído y abandonando el trabajo lo siguió en su juego apasionado. Dándose la vuelta le colgó los brazos al cuello y mientras las bocas se unían en un beso descarado y febril, él comenzó a desabotonar la blusa que ella llevaba

puesta debajo de un grueso chaleco tejido. El frío los invitaba a apurar los pasos. Una vez dentro de la casa él la levantó en sus brazos y la depositó con cuidado sobre la mesa.

—*No, acá no* —había dicho ella, divertida.

A poco, los calzones de seda se perdieron a los pies de la cama.

Habían pasado tres meses de la boda cuando Maru ordenando la ropa los vio y se dio cuenta que nunca había lavado sus apósitos menstruales. Los pechos habían aumentado su tamaño y los sentía pesados, los pezones se le erectaban sin estímulos externos, también los sentía más calientes, a veces le parecía que hervían afiebrados. Su cuerpo estaba cambiando sutilmente, el hijo anunciaba su llegada, la casa se preparaba para albergar un nuevo habitante, una vida se gestaba dentro de ella quién acababa de descubrir que se le estaba regalando algo maravilloso.

—*Tendremos un hijo amore mío* —había anunciado después de cenar, y él dejó su plato para amarla.

En el sexto mes comenzaron las pérdidas de sangre que atemorizaron a la joven pareja. Por consejo de la partera, la futura madre permaneció en cama hasta el momento del alumbramiento.

El amor y el deseo no se calmaban con la esposa haciendo reposo. A Franchesco le bastaba tenerla cerca para sucumbir al hechizo que ella le despertaba, era como un encantamiento imposible de controlar.

La mañana que ella comenzó su trabajo de parto sintió tanto miedo de perderla como jamás lo había sentido antes. Parir y morir al hacerlo era una posibilidad cierta. El mundo seguía andando y los niños seguían naciendo pero también muchas mujeres morían desangradas, por complicaciones en esa proeza que entrañaba la maternidad.

A las nueve y veinte de la noche de aquel quince de

noviembre se oyó el llanto del recién nacido para alivio de la sufrida madre y todos los demás.

Franchesco había dado gracias a Dios. Besó a su mujer suavemente en los labios y miró al bebé con adoración.

¡Ahora todo estaba tan vivo en su memoria y el amor franco y transparente de Maru se veía tan claro! ¡Le resultaba imposible pensar que ella pudiera haberlo traicionado! ¡Sabía que su mujer lo adoraba y aún así la dejó sola y la perdió sin escuchar una palabra de su boca confirmando que ya no lo quería! ¿Qué importaba si los hombres de la estancia *La Emma* le habían dicho que ella estaba en la casa del patrón? Bien podría haberla llevado como doméstica. Se daba cuenta que había actuado por impulso y sin certezas. Las dudas que a veces se le habían hecho presentes en el pasado ahora comenzaban a verse menos catastróficas. Debería haber sabido más, exigido más, averiguado más. Había tragado demasiado veneno por causa de la visión junto al arroyo y unas pocas palabras dichas por hombres que él no conocía.

Durante el año y medio que pasó en la Argentina alejado de su mujer, loco de celos, abrumado y agotado por los trabajos excesivos que se impuso, para caer medio muerto por las noches en la cama, no pudo discernir nada de lo que finalmente comenzaba a vislumbrar como posible y le torturaba el alma.

—*Maru ¿Qué clase de sortilegio te ha llevado tan lejos de mí?*
—se preguntó.

Sus cavilaciones lo llevaron a pensar que hay amores destinados a la eternidad, que hay amores que viven a pesar de las tormentas. Que nunca se van del todo. Que se quedan a vivir para siempre dentro de uno, pase lo que pase, son amores sin fin, nada los destruye, porque la razón no cuenta. Lo inexplicable de su perpetuidad escapa a toda fórmula conocida para tratar otros males. Hay medicinas para los dolores, pero el

fuego en las venas puede ser la mayor felicidad o la peor desgracia si ese fuego no se puede apagar cuando debiera.

Después de haber desembarcado comenzó a reconocer los olores de su tierra, su vegetación, las colinas y las praderas, la brisa de la cual había respirado con gozo en los tiempos vividos allí hasta que la miseria negra los expulsó impiadosa. Respiró hondo tratando de recuperar en esa inhalación el tiempo que la vida parecía haberles robado, tiempo de esperanzas y sueños que no pudieron concretarse y ya no tenía caso añorar.

Tomó el tren que lo llevó hasta Santa Sofía d'Epiro y se dirigió al estudio del abogado. Se trataba de una oficina solemne con muebles del mejor estilo italiano, paredes estampadas con diseños de flores y hojas en delicados tonos amarillos. Los cortinados oscuros iban a tono con los muebles y la biblioteca que ocupaba toda la pared del fondo.

Se apilaban muchos documentos sobre el escritorio principal formando varias columnas. Entre ellos se veía un tintero y varias plumas, algunos sellos y unas miniaturas de bronce. Damas, caballeros, coches y caballos, que no tenían otra finalidad que no fuera decorativa. Una campanilla del mismo metal era utilizada por el profesional para llamar a su secretario que trabajaba en el cuarto contiguo. Los préstamos bancarios que los campesinos habían tomado tratando de eludir la miseria, los juicios de confiscación de propiedades iniciados por el rey contra la gente del pueblo, las discrepancias entre el clero y el monarca en relación a la posesión de la tierra en aquella comarca, todo contribuía a que los pobladores tuviesen que recurrir al patrocinio de un letrado. Aún así los comunes muchas veces terminaban en la ruina. Algunos ancianos se suicidaban al darse cuenta que ya no podían mantener a sus familias. Las mujeres eran echadas a las calles sin miramientos y los soldados del rey elegían y tomaban a las

más jóvenes para abusarlas y desecharlas como basura. Algunas de ellas se suicidaban siguiendo los pasos de sus padres antes de caer en manos de esos hombres.

Francesco golpeó con los nudillos la portada principal y el secretario le indicó que espere unos momentos.

–Pase señor Di Mastro Pietro –dijo a secas al cabo de unos minutos.

–Adelante, pase y tome asiento –dijo el abogado asomando su rostro entre una gran cantidad de papeleo. El centro del escritorio estaba iluminado por una lámpara y mientras éste acomodaba la lupa que usaba para leer le extendió la mano a Francesco sin levantarse de su silla.

–¿Cómo está señor Di Mastro Pietro?, me sorprende su llegada a Italia cuando tantos compatriotas están emigrando para Sudamérica o África –adujo en tono de interrogación y curiosidad.

–Bueno eso es cierto, tiene usted razón, pero en fin, yo estoy de regreso y quiero saber cómo están los estados de mis impuestos, póngame al tanto de cuanto considere de interés por favor, he ahorrado algún dinero y quisiera cumplir con todo lo que el rey mande, no quiero perder mi propiedad, es lo único que me queda –le respondió circunspecto.

–Lo suyo está en orden, usted ha enviado puntualmente la paga del año pasado, además ese préstamo que usted hizo al clero lo ha beneficiado. Mire ha ocurrido que con tanta hambruna hay muchos hombres que han dejado a sus familias o han tomado puestos al servicio del rey. Los hijos de esos hombres han quedado en la calle y la iglesia ha recogido a muchos de esos chiquillos que fueron albergados en su casa al cuidado de mujeres voluntariosas, viudas o solteras que se ocupan de atenderlos, alimentarlos y educarlos. Los gastos de su manutención corren por cuenta del clero y el monarca no quiere entrometerse con el orfanato porque ya tiene

demasiados altercados y aristas de disidencias con el obispo, así que para este año creo que puedo conseguirle una eximición o reducción de impuestos, es algo que venimos evaluando con monseñor. Yo lo mantendré al tanto Franchesco. Vaya tranquilo –concluyó y lo saludó del mismo modo que lo había recibido, extendiéndole la mano sin ponerse de pie.

Antes que Franchesco pudiera reponerse de su asombro y viendo que éste no se movía del sillón de madera dónde también permanecía sentado, el abogado hizo sonar la campanilla.

Cuando el secretario asomó por la puerta le pidió que trajera la documentación rotulada Franchesco Di Mastro Pietro & Clero. Orfanato para varones. Santa Sofía d'Epiro.

El secretario volvió rápidamente con la caja que contenía la documentación que se le había solicitado. Franchesco observó el rótulo con letra prolijamente caligrafiada con tinta china en uno de los lados de la caja, seguramente tarea del secretario. El abogado por fin se levantó de su silla, tomó una pila de papeles y documentos que esperaban resolución por orden de prioridades, los acomodó en otro escritorio de la sala y ubicó la caja en su lugar. Sacó de ella cuanto contenía, todo estaba ordenado y con separadores numerados. Encima de todo había una carátula con anotaciones donde se discriminaba cada apartado según la numeración correspondiente. El apartado número uno se denominaba: *Manifiesto del señor don Franchesco Di Mastro Pietro*.

El abogado le extendió el documento que él leyó como si nunca lo hubiera visto, y que al final rezaba "A mi regreso yo, Franchesco Dimastro Pietro junto con mi esposa María Úrsula Di Rossi hemos de conceder y otorgar seis meses de prórroga al beneficiario para continuar con el usufructo de esas posesiones tomando nosotros, los propietarios, a nuestra cuenta los gastos y expensas en los que pudiese encontrarse el mismo por la causa de

nuestro retorno.”

Sintió un puñal clavado en el centro de su corazón al leer y redimensionar las dos últimas palabras del escrito que decía claramente “nuestro retorno”.

El letrado continuó dando al cliente los detalles de los archivos y gestiones en curso.

El último apartado mencionaba cuestiones relacionadas con el trámite de eximición o reducción de impuestos, que a Franchesco poco le interesó en ese momento aunque se daba cuenta de la importancia que ello revestía y de la eficiente tarea llevada a cabo por el prestigioso hombre de leyes.

Le pagó los honorarios correspondientes por los trabajos efectuados y le informó que no tenía interés en tomar posesión del palacete una vez transcurridos los seis meses estipulados en su manifiesto.

Salió de ahí atormentado por esas dos palabras que resonaban en su mente: *nuestro retorno* y la pregunta que retornaba una y otra vez sin pedir permiso –Maru ¿Porqué tan lejos de mí?

Después tomó el tren que lo llevaría hasta el Véneto. Al aproximarse a la provincia de Verona los paisajes bellísimos y conocidos que se le presentaban después de tanto tiempo de haber partido lo conmovían, le complacía ver la sucesión de colinas cubiertas de vegetación en todos los verdes, con sus relieves escarpados y las playas extensas que su vista recuperaba extasiado. La prevalencia de los castillos, las torres, los monasterios, los santuarios y las antiguas parroquias que guardaba en su memoria lo embelesaban, él sentía su pertenencia a esa tierra que había inspirado la historia romántica más hermosa jamás conocida.

Avanzando hacia el norte, la llanura le ofrecía a sus sentidos un paisaje natural que lo fascinaba, el de los bosques de hayas rojizas y amarillentas semi desnudas y plateadas según

la perspectiva desde dónde se las viera. Subyugado bajo la poderosa belleza que nacía de lo profundo de la tierra, su tierra, pensaba en el reencuentro con sus raíces y con su familia.

No lo esperaban buenas noticias. Su padre, a quién tanto anhelaba abrazar había fallecido.

Sus hermanos se alegraron al verlo nuevamente en la provincia de Verona. La pertenencia de la familia a la élite feudal les garantizaba a todos ellos bienestar y buen pasar. Se dedicaban especialmente a los viñedos por causa de la prodigiosa producción de uvas en la zona. Obviamente los Di Mastro Pietro solo se ocupaban de negociar las ventas y llevarse las ganancias, no se ocupaban de la uva, ni de la vendimia o recolección. Simplemente eran los dueños de las tierras y contaban con trabajadores experimentados a su servicio.

Francesco guardó silencio sobre las razones por las que había regresado. Nadie sabía sobre la miseria que había padecido en el sur de Italia ni acerca de las penurias vividas en Argentina. Lo había ocultado por orgullo, para no volver a la casa de su padre con las manos vacías.

Se estableció junto a sus hermanos y se puso al tanto de los negocios, las ganancias y la eximición de impuestos de las que gozaban los Di Mastro Pietro gracias a su posición privilegiada.

La carta

Transcurrido dos meses desde la visita de Franchesco a la oficina del abogado, no bien llegado de Argentina, en febrero de mil ochocientos ochenta y siete, el secretario del estudio revisó la correspondencia recibida esa semana. La carta procedente de Pergamino, provincia de Buenos Aires en Argentina estaba dirigida al señor Franchesco Di Mastro Pietro.

Nadie supo del contenido de aquella, ni siquiera el propio Franchesco, dado que pasarían cuatro meses más hasta que el sobre fuese abierto y la carta leída por el destinatario:

Pergamino, 12 de enero de 1887

Señor Franchesco Di Mastro Pietro

El motivo de esta carta es de suma importancia. Tengo la obligación de anoticiarle que su esposa la señora María Úrsula Di Rozzi se encuentra gravemente enferma. Cuenta entre mis obligaciones morales también ponerlo al tanto de acontecimientos que usted ignora y que es preciso los conozca.

Mi nombre es Marcos Juan Gabriel Paz y he sido testigo de los padecimientos que ella ha soportado desde el día en que tomando un descanso a las orillas del arroyo que cruza la estancia La Perdida, hace ya dos años y siendo domingo, el señor José León Pérez intentó propasarse con ella y abusarla. Eso nunca hubiese llegado a suceder porque yo observaba desde lejos, listo para intervenir de ser necesario, temiendo las malas intensiones de aquél de quién ya conocía yo, sus pésimos antecedentes por la deshonra ocasionada

contra una niña muchos años antes.

La llegada de un jinete al lugar y la espantada del caballo encabritado la libraron del ultraje que León Pérez se proponía llevar a cabo. La señora tomó al niño tan rápido como pudo y se refugió en su piecita hasta el día siguiente.

No conforme con eso, poco tiempo después la obligó a subir a su coche dominándola por su superioridad física, aunque ella lloraba y se negaba a acompañarlo. Dos hombres y yo, todos trabajadores de la estancia los seguimos de a caballo hasta un bosque dónde nuevamente intentó someterla. Peleamos con José León Pérez para defender a esa pobre mujer y así yo fui a caer inconsciente y malherido en casa de la señora doña Catalina Susana Porcel y Ojeda de León Pérez, propietaria de la estancia La Emma dónde usted trabajó un breve tiempo.

Es largo de contar pero en esas circunstancias doña Catalina Susana supo que era mi madre y que León Pérez no era su hijo legítimo.

Las cosas se precipitaron y José León Pérez se descerrajó un tiro. Antes asesinó a su amante de una puñalada. Los encontraron muertos después de algunos días.

Mi madre consideró que por ventura yo había regresado a ella gracias a la señora María Úrsula y así es que la requirió en su propia casa como dama de compañía.

Viendo sus penurias de amores, las cuáles ella nunca pudo disimular, destiné dos hombres para que a usted lo rastrearán y lo regresaran junto a su mujer pero llegamos tarde, usted había partido de la estancia El Fortín Salto con intenciones de regresar a Italia.

Don Manuel Fernández le entregó a su esposa la carta que usted mandó desde Lincoln antes de marcharse y a mi me dio la dirección de su correo postal por si fuera necesario.

—"Nunca se sabe" —me dijo aquel hombre de campo que parecía saberlo todo.

Me consta por las confesiones de doña María Úrsula a mi señora madre que ella ha intentado sobrellevar su pena aferrándose a su pequeño hijo, el que por cierto se ha convertido en un hermoso niño que le alegra los días a mi madre y también a la otra gente de la casa y a mí mismo.

Está a la vista que ella no ha logrado sobreponerse al dolor. Ya no se levanta de la cama, come muy poco y se encuentra afiebrada. Aún en la enfermedad ella sigue pronunciando su nombre: Franchesco. Mi madre personalmente les brinda los cuidados necesarios a ella y al niño.

Pongo a usted en conocimiento de cuanto se y doy fe, para que el pequeño Franchesco Vincenzo no quede huérfano de padre y madre.

Firmado Marcos Juan Gabriel Paz

P. D. Mandé traer para su hijo el caballo Tormento a mi estancia, conforme su voluntad y deseo. Le enseñaré a montarlo si usted no regresa.

Marcos Juan Gabriel Paz tomó la decisión correcta cuando escribió y envió la carta. Era un hombre de bien y se daba cuenta que no era eso lo que él quería de Maru. Si ella hubiese dado señales de comenzar a olvidar a su esposo, él la habría esperado. No quería las sobras de un amor maltrecho.

Franchesco leyó la carta cuatro meses más tarde y vivió las horas más amargas de toda su vida.

Se despidió con urgencia de sus hermanos enviándoles una misiva con don Fortunatto que seguía viajando de norte a sur y de sur a norte por Italia.

Partió hacia Sudamérica desde el puerto de Génova, destrozado por la culpa y la angustia. Creía que si cruzaba a nado el océano lo haría más rápido que en aquel barco a vapor. Una tarde en plena alta mar se dijo que ni la eternidad podría

ser tan interminable como ese maldito viaje.

La profunda depresión en la que había caído Maru era la causante de su mal. Había procurado decir adiós pero el esfuerzo que eso le significaba se le hacía insoportable.

Había recordado muchas veces las palabras que su madre le había transmitido regalándole una rosa roja:

–“Tu sabes que una flor de este color significa que hay un secreto entre quién la ofrece y quién la recibe... y este es mi secreto: idibuja tu preciosa sonrisa todos los días! y esa será siempre tu receta de la felicidad.”

A su madre parecía haberle dado buenos resultados ese posicionamiento frente a la vida pero a ella evidentemente no le había servido en absoluto.

El siete de agosto de ese año Franchesco volvió a pisar suelo argentino y tan pronto como pudo se apersonó en la estancia La Emma donde fue recibido por el propio Marcos.

–Por el amor de Dios señor dígame ¿Cómo se encuentra ella? –preguntó de inmediato, estaba con el corazón en la boca desde que había leído la carta, sin saber siquiera si ella aún vivía. Tenía que volver de todos modos para llevarse a su hijo si ella muriera. La impaciencia por obtener esa respuesta se reflejaba en su gesto y en sus movimientos.

–Ella lo está esperando, nunca dejó de pronunciar su nombre, venga, mi madre lo acompañará a su lado –fueron las sinceras y nobles palabras de Marcos.

Doña Catalina lo recibió como al hijo pródigo, lloró de alegría, sorpresa y emoción, le recriminó la forma como se había marchado, de noche y sin despedirse, lo tomó de un brazo con firmeza y lo llevó hasta la habitación donde María Úrsula miraba pasar la vida a través de los cristales de la ventana que daba al jardín.

Allí los dejó solos.

–Pase Franchesco, creo que usted es el remedio para la enfermedad de su esposa, el niño está con ella, se entretiene con un caballito de madera que le ha comprado mi hijo Marcos –agregó.

Parado desde la puerta la contempló por unos instantes. Lo invadió el aroma de la loción de jazmines que alguien se ocupaba de rociar en las ropas de la mujer. Llevaba un camisón claro con puntillas en los puños y el cuello. Tenía la mirada perdida en la distancia. Su hijito cruzó una mirada interrogativa con él, dejó el caballito de madera y corrió junto a su madre.

–¡Mira mamá vino un señor! ¿Quién es éste señor mami? –preguntó señalándolo.

María Úrsula se dio vuelta para verlo y trémula de emoción, enmudecida y boquiabierta, sintiendo su corazón latir al galope le sostuvo la mirada haciéndole mil preguntas a través de sus ojos. Las palabras estaban demás en ese momento. Ella sólo atinó a responder la pregunta que había hecho el hijito de ambos:

–Es papá hijito querido, el señor es tu papá –le expresó.

El niño contaba casi tres años de edad y su inteligencia se estimulaba y acentuaba al crecer en la compañía de varios adultos, había escuchado cuando doña Catalina y Micaela conversaban y decían que tal vez sólo el regreso del esposo, el padre del niño, podría sacar a María Úrsula de su encierro y su tristeza. La fiebre había remitido varios meses atrás pero aún así, ella no se levantaba.

–¿Ha venido para que mi mamá se cure señor? –inquirió con su más tierna inocencia.

Franchesco avanzó los pasos que los separaban y los abrazó, los colmó de besos, levantó a su hijito y lo apretó contra su pecho después de tanto tiempo.

–A eso he venido. Perdóname amor mío, perdón, perdóname –eran las únicas palabras con las que él atinaba

dirigirse a su mujer.

El abrazo que los reunió llevaba la fuerza de todos los amores prohibidos de todos los tiempos.

Desde la vuelta de Franchesco, lentamente y día a día ella comenzaba a levantarse, permanecía cada vez más tiempo fuera de la cama y recuperaba su vida y su salud, como se recuperan respiro a respiro, las vidas que a punto de sucumbir, renacen con los alientos de otra boca.

Franchesco también recuperaba el tiempo robado a su hijo y se llevaban de maravillas. El niño lo seguía o lo llamaba toda vez que su padre no se encontrara trabajando. La risa infantil dibujaba colores por los aires y por los suelos.

Una tarde María Úrsula y Franchesco hablaron de todo y de nada. Ella ya no mostraba ningún signo de enfermedad. Se sentía feliz, dichosa, plena.

Por fin por propia voluntad, la mañana siguiente tomó un baño y se vistió como si nunca hubiera enfermado. Se perfumó y se sentó en la mesa para compartir el almuerzo.

Hasta entonces, convaleciente, María Úrsula dormía en la habitación junto a su hijo. Franchesco esperaba que ella sanara completamente y dormía en la misma piecita que doña Catalina Susana le había asignado antiguamente.

Franchesco había vuelto a la Argentina con moneda fuerte, producto de sus ahorros y una buena parte que sus hermanos le habían adelantado por las ganancias que pensaban obtener ese año con los viñedos. A su arribo a Verona le habían hecho toda clase de bromas por su aspecto deplorable y habían resuelto adelantarle su parte.

A un mes de su regreso compró unas chacras en Pergamino para trabajarlas, aprovechando la ayuda del gobierno argentino para los que quisieran establecerse definitivamente en el país. En las tierras se levantaba una buena

edificación. Era una típica casa de campo con una amplia sala cocina-comedor, un pasillo y varias habitaciones. También contaba con un baño instalado, un corredor techado, y otras dependencias menores como despensa y lavadero de ropas. Además adquirió un sulky y un caballo para tirar de él, por cierto ya contaba con Tormento, el potro traído de la estancia El Fortín Salto. Con el tiempo y el ahorro devolvería a sus hermanos el adelanto de dinero, que se contaba en varios cientos de liras de plata.

Después del almuerzo, como siempre en la casa de doña Catalina Susana Porcel y Ojeda viuda de León Pérez, invitó a María Úrsula y a su hijo a dar un paseo, quería darles una sorpresa. Ellos aceptaron la invitación y partieron. Las chacras estaban ubicadas cerca de la estancia y eso sería bueno para que Maru no perdiera el contacto con la familia que la había amparado.

Se adentraron en la propiedad recientemente adquirida y Franchesco bajó al niño a pocos metros de la casa, luego ayudó a su mujer a descender del sulky. Mientras el niño correteaba sin alejarse de sus padres, estos se unieron en un beso suave y delicioso que a poco se convirtió en uno procaz y profundo.

—¡Bienvenida a su casa *signora*! —dijo Franchesco gesticulando con un brazo que se extendía desde el corazón, en apertura rápida, formando un semicírculo palmas hacia arriba.

A ella le costaba creer que en verdad esa casa les pertenecía. Finalmente la vida recomenzaba y renacía como renacen la primavera o el otoño, como renacen todas las estaciones del año, como renacen todos los ciclos de la vida, como renace cada día o cada noche, dándoles una nueva oportunidad.

La primera noche en su nueva casa, fue su primera noche juntos desde el lejano día en que por un capricho del destino se

vieron separados. En pocas semanas funcionarían como tantas familias, tendrían días de obligaciones, esfuerzos, sacrificios y alegrías. A los días seguirían noches encantadoras de placer, de lunas plateadas irradiando su brillo sobre los cuerpos desnudos de dos amantes locos, que dejaban abiertas las ventanas para alcanzar con sus ojos las estrellas mientras se amaban, porque sentían que tanto amor no podía encerrarse dentro de cuatro paredes.

Al contemplarla dormida, sensual, hermosa y suya, muchas veces Franchesco se preguntaba –¿Maru cómo ha sido posible sobrevivir tanta pena y dolor, sabiéndote tan lejos de mi?

Las veces que ella lo veía dormir a su lado porque al amanecer habitualmente despertaba primera, no podía evitar el deseo de acariciarlo y besarlo. Sabía que sus mimos más sutiles despertaban vientos huracanados en la alcoba. Las pasiones largamente contenidas en el pasado desbordaban como torrentes irrefrenables fuera de sus cuerpos, nada de aquel amor podría guardarse, era un sentimiento divino que exigía regalarselo continuamente, inagotable.

–Eres una obra maestra de la naturaleza amor mío –le susurró un millón de veces, por un millón de madrugadas, enamorada eternamente.

–Hermoso –acababa repitiendo al amarlo.

Fuego en las venas

El fuego que corría por las venas de la pareja los convirtió en padres de una numerosa prole. Franchesco y María Úrsula concibieron doce hijos, once de los cuáles fueron varones y sólo una fue mujer. La llamaron Sofía en honor a Santa Sofía d'Epiro, su tierra natal, a la cual nunca regresó, aunque guardó fragmentos de aquella en su alma, que le llegaban con el aroma de los jazmines o el verde de la hiedra trepando por las paredes o rejas.

La pasión de los años de juventud fue menguando con el tiempo dando lugar a un sentimiento sublime y tranquilo que pudieron disfrutar largamente junto a sus muchos nietos y bisnietos.

Franchesco Vincenzo aprendió a montar su caballo Tormento a partir de sus tres años de edad que fue cuándo ocurrieron sus primeros contactos con el hermoso animal. Su padre le fue enseñando las destrezas necesarias para mantener el equilibrio y el balance de su cuerpo. Más tarde comenzó a practicar la dirección y el trote bajo la guía de su padre. A los seis años podía recorrer importantes distancias al galope sobre su lomo.

Su vida también amerita ser contada bajo el formato de una novela. Correría mucha tinta para ello. Debíó sortear innumerables obstáculos para alcanzar el amor de su adorada María Florencia.

En 1913, un año antes de la primera guerra mundial desatada principalmente en Europa, Franchesco realizó su

último viaje a Italia para vender sus propiedades al abogado que se mostró interesado en ellas, al saber que Franchesco se había radicado definitivamente en la Argentina. Lo hizo por una cantidad de liras de plata muy por debajo de su valor, teniendo en cuenta las características edilicias del importante palacete que funcionó como orfanato para varones por el lapso de seis meses más después de la venta, única condición de Franchesco para finiquitar el contrato.

Pudo saldar la deuda que mantenía con sus hermanos y quedarse con un resto de moneda fuerte que le permitió acrecentar su patrimonio en Argentina.

Pabla murió ese mismo año sin haber vuelto a besar el rostro de su amada hija María Úrsula, al apagarse y con su último aliento alcanzó a nombrarla para despedirse de ella. Los que la acompañaban junto a su lecho en ese momento dijeron que una estela luminosa se había desprendido de su cuerpo.

Dante había muerto varios años antes por causa de la peste que le había pegado Priscila.

La hiedra y los jazmines debieron beberse la esencia del amor de Franchesco y María Úrsula, que hubo de quedar flotando en el lugar por años, porque aunque fuera invierno, el verdor de la hiedra y el blanco perfumado de los jazmines, hacían que la casa donde ambos se habían amado, luciera como si fuese primavera.

La fuerza con la que vivieron desde que se instalaron en la chacra, el amor exquisito que se prodigaban el uno al otro, los años de gozo que acompañaron sus noches de luna y estrellas, aún perduran en medio de la vegetación exuberante que continúa enredándose en las antiguas rejas de la casa de campo.

Marcos contrajo matrimonio con Clara, una joven que conoció en un viaje a Buenos Aires. Ella trabajaba como mucama en el hotel dónde él se hospedaba. Su rostro era

ovalado, su piel blanquísima, y unas pequeñas pecas rosadas poblaban sus mejillas.

Doña Catalina Susana Porcel y Ojeda pudo conocer la prolongación de su propia vida y la de su hijo al nacer su primera nieta, hija de Marcos y Clara, a quién llamaron Clara Catalina. La niña fue la luz de sus ojos.

Las estancias La Laura en el partido de Chacabuco (Buenos Aires) y El Fortín Salto en el partido de Leandro N. Alem (Buenos Aires) pertenecieron a la tradicional familia de Anchorena hasta los años 1990.

Don Manuel Fernández y su esposa doña Mafalda vivieron y trabajaron en la estancia El Fortín Salto durante más de treinta años. La presencia recreada de ambos en esta obra es *extemporánea*.

La somera descripción de la estancia El Fortín Salto, responde a los recuerdos de infancia conservados en la memoria que de aquella propiedad mantiene la autora. La avenida de los eucaliptos con sus colores y perfumes, son de sus primeras huellas mnémicas.

Fin

Agradecimientos

A mi adorada madre, quien sabedora de mi gusto por la lectura siempre puso a mi alcance revistas y libros.

A mi padre que con su ejemplo nos enseñó que la lectura es fuente de saber. El diario en papel de tirada nacional siempre llegaba a nuestra casa. Una casa dónde nunca sobró nada, pero donde tampoco nunca faltó un libro.

Y a todos los autores que llegaron hasta mi con sus mundos de fantasías y realidades, trayéndome pedazos de sí, de sus lugares, de sus culturas, algunas muy lejanas y que con palabras encadenadas maravillosamente, me permitieron entrar en cada personaje, en cada escena, en cada diálogo y en cada sentimiento.

Índice

Capítulo I	13
Al otro lado del mundo	
Capítulo II	33
Bajo distinto techo	
Capítulo III	43
Dos alumbramientos	
Capítulo IV	53
El acecho	
Capítulo V	67
Llegada a la estancia La Laura	
Capítulo VI	81
Atracción mutua. Evocaciones	
Capítulo VII	91
Siete largos meses. Evocaciones	
Capítulo VIII	99
La ragazza...	
Ese hombre la había atraído particularmente.	
Evocaciones	
Capítulo IX	111
La intriga de Priscila. Evocaciones	
Capítulo X	115
El desquite de Priscila. Evocaciones	
Capítulo XI	121
Evocaciones	
Las Bodas de Franchesco y María Ursula	

Capítulo XII	135
Revelaciones	
Capítulo XIII	159
Otras revelaciones	
Capítulo XIV	163
El convento	
Capítulo XV	171
Tan lejos de mí	
Capítulo XVI	179
La vuelta a Italia	
Poema.....	185
Te recuerdo	
Capítulo XVII	191
Francesco	
Capítulo XVIII	199
La carta	
Epílogo.....	207
Fuego en las venas	
Agradecimientos.....	211

***Hacemos realidad el sueño de todo escritor.
Publicar su libro.***

Ediciones de las Tres Lagunas

España 68 – Tel 54 – 236 – 4631017 // 154 648213

Junín (6000) – Buenos Aires – Argentina

E-mail: ediciones@delastreslagunas.com.ar

www.delastreslagunas.com.ar